

Erid Blyton

**QUINTO
GRADO
EN
SANTA
CLARA**



se

En Santa Clara, las alumnas de quinto grado tendrán que aprender a convivir con sus compañeras y deberán asumir las responsabilidades que supone ser las mayores del internado. Sus privilegios crearán, en algunos casos, situaciones difíciles con las alumnas de grados inferiores. Un curso repleto de divertidos malentendidos y anécdotas inolvidables.



Enid Blyton

Quinto grado en Santa Clara

Santa Clara 6

ePub r1.2

Ishamael 18.07.13

Título original: *Fifth formers of St. Clare's*

Enid Blyton, 1945

Traducción: María Dolores Raich Ullán

Ilustraciones: José María Bea

Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

COMIENZA EL TRIMESTRE DE INVIERNO

El pensionado de Santa Clara había permanecido desierto y silencioso durante las ocho semanas correspondientes a las vacaciones de verano. Aparte del rumor de los cepillos y estropajos de la limpieza y de algún que otro timbrazo de los proveedores, el lugar había sido un remanso de paz. El gato del colegio echaba de menos a las muchachas y estuvo una o dos semanas vagando por las aulas con aire compungido.

Pero ahora, todo había cambiado. Los autocares de la escuela ascendían por la colina, abarrotados de niñas locuaces y risueñas. ¡En Santa Clara iba a dar comienzo un nuevo trimestre invernal!

—¡Nadie diría que empieza el trimestre de invierno! —dijo Pat O’Sullivan a su hermana gemela Isabel—. El sol calienta tanto como en verano. Creo que incluso podremos jugar unos partidos de tenis.

—Yo, desde luego, pienso nadar en la piscina —declaró Bobby Ellis, cuyo rostro estaba más pecoso que nunca—. Supongo que habrán cambiado el agua hoy. Es posible que me bañe después de merendar.

—¡Caramba, Bobby! —exclamó Claudina, la pequeña francesita—. ¡Tú siempre estás a punto de jugar al tenis o nadar, correr o saltar! ¡Y cuántas pecas tienes! ¡Jamás había visto tantas juntas en la misma cara! Éstas vacaciones he procurado esconderme del sol... ¡y no me ha salido ni una!

Las muchachas se echaron a reír. A Claudina siempre le habían horrorizado las pecas, a pesar de que nunca le había salido ninguna ni en su pálido rostro ni en sus blancas manos.

Las colegialas irrumpieron en el pensionado, mientras se llamaban unas a otras, dejaban sus raquetas de *lacrosse* por doquier y se precipitaban a la familiar escalera para subir a las aulas.

—¡Hola, Hilary! ¡Hola, Janet! ¡Mira, ahí está Carlota, con más aspecto de gitana que nunca! Eh, Carlota, ¿dónde has pasado las vacaciones? Estás más morena que una gitanilla.

—He estado en España —explicó Carlota—. Unos parientes míos viven allí. Lo pasé divinamente.

—¡Allí está Mirabel! —exclamó Isabel—. ¡Canastos!

¡Cómo ha crecido! Gladys parece un ratoncito a su lado.

—¡Hola! —saludó la alta y rolliza Mirabel, al acercarse.

¿Cómo estáis todas?

—Hola, Mirabel; hola, Gladys —saludaron las muchachas—. Habéis pasado las vacaciones juntas, ¿verdad? ¡Seguro que os habéis dedicado a nadar y a jugar a tenis todo el tiempo!

Tanto Mirabel como Gladys eran muy aficionadas a los deportes, y aquel trimestre Mirabel estaba decidida a ser delegada de deportes de Santa Clara. Llevaba dos trimestres en el quinto grado, y Annie Thomas, la delegada anterior, le había permitido que la ayudara. Como Annie

había dejado ya el colegio, cabía la posibilidad de que Mirabel ocupase su puesto, pues en el sexto grado no había ninguna alumna más capacitada para el cargo.

—Vamos a ver nuestra clase —propuso Bobby Ellis.

Dijeron que iban a arreglarla estas vacaciones. Me gustaría saber qué aspecto tiene.

Todas subieron en tropel a la espaciosa aula de quinto grado. Estaba realmente preciosa, pintada de color amarillo pálido, en un tono plátano. La luz era clara y límpida, y desde las ventanas se admiraba una bella vista.

—¡Sólo nos queda este trimestre aquí y luego pasaremos al sexto grado! —exclamó Hilary—. ¡Parece mentira que hayamos llegado ya hasta aquí! Recuerdo que la primera vez que vine a Santa Clara, las alumnas de quinto y sexto grado me parecieron chicas mayores. Casi no me atrevía a hablar con ellas.

—Probablemente las pequeñas piensan lo mismo de nosotras —intervino Janet—. La mayoría de ellas se apartan de mi camino cuando me ven, como conejos asustados.

—Éste trimestre tengo una hermanita en el segundo grado —declaró Claudina, la francesa—. Ha venido conmigo de Francia. ¡Miradla, allí está! Se llama Antoinette.

Desde las ventanas, las muchachas vieron a una niña de unos catorce años, muy parecida a la pálida y morena Claudina, que permanecía de pie observando a las demás. Daba la impresión de estar muy segura de sí misma.

—¿Por qué no bajas a enseñarle la casa? —sugirió Pat a Claudina—. Estoy segura de que se siente muy sola y desplazada.

—No —repuso Claudina—. Antoinette no es nada apocada. Sabe arreglárselas sola como yo.

—Querrás decir «*valerse sola*» —corrigió Bobby con una risita—. ¿Es que nunca vas a aprender correctamente nuestros modismos ingleses, Claudina? ¡Ah, ahí está la querida *Mademoiselle*!

En efecto, la profesora de francés salía al jardín en aquel momento con expresión ansiosa.

—¡Está buscando a la pequeña Antoinette! —dedujo Claudina—. No la ha visto en dos años. ¡Le prodigaré mil muestras de cariño y afecto! ¡Sin duda, considerará a su sobrinita Antoinette tan excelente como yo, su sobrina Claudina!

Mademoiselle era tía de Claudina, circunstancia que a veces resultaba una ventaja para ésta y otras un engorro. Esto último fue, de hecho, lo que representó la buena mujer para Antoinette en aquel momento. La pequeña francesa había pasado un buen rato dedicada a la contemplación de las excitadas niñas inglesas, mientras éstas se abrazaban y besaban unas a otras, persiguiéndose y comportándose con el habitual dinamismo escolar, un dinamismo al que la seria y formal Antoinette no estaba acostumbrada. Luego, de improviso, cayó sobre ella un verdadero alud.

Dos brazos rollizos estuvieron a punto de estrangularla, y una recia y excitada voz vertió en sus oídos una serie de frases cariñosas en francés. Sonoros besos se estamparon en sus mejillas y un nuevo abrazo la obligó a tomar aliento.

—¡*Oh, la petite Antoinette, mon petit chou!* —exclamó *Mademoiselle* a voz en grito.

Todas las niñas interrumpieron sus juegos y contemplaron regocijadas a Antoinette y a *Mademoiselle*. Saltaba a la vista que a Antoinette no le gustaba ni pizca ser saludada en público de

aquel modo. La prueba es que, así que pudo, se zafó de su efusiva tía.

En aquel momento, la francesita acababa de descubrir a su hermana mayor, Claudina, asomada a una ventana de los pisos superiores, con una complacida sonrisa en los labios. Entonces, señalándola con el dedo, Antoinette dijo a su tía:

—Querida *tante* Matilde, allí está mi hermana Claudina buscándome. Como ha visto que me saludabas, seguramente desea que vayas a saludarla a ella también.

Mademoiselle levantó la vista y vio a Claudina. Sin soltar a Antoinette, procedió a agitar la mano frenéticamente y a lanzar besos a su sobrina mayor.

—¡Claudina! —gritó—. ¡Ahora subo a abrazarte!

Entonces, Antoinette aprovechó para desasirse y perderse entre la multitud de muchachas, mientras su tía encaminaba sus pasos hacia la puerta que conducía a la escalera.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó a Claudina.

—Y yo voy a eclipsarme —murmuró Claudina, empujando a sus risueñas compañeras—. Éste trimestre *Mademoiselle* va a pasarlo muy mal con dos sobrinas aquí.

Total que, cuando la pobre *Mademoiselle* entró jadeando en clase de quinto grado para abrazar a su otra sobrina, Claudina había desaparecido.

—¡La he perdido, pero la encontraré! —dijo *Mademoiselle*, sonriendo a las alumnas reunidas—. ¡Ah, Bobby! ¿Has vuelto? ¡Y tú, Ángela, y Alison, y todas vosotras, queridas muchachas! Éste trimestre vais a trabajar mucho en mi clase, pues el trimestre que viene debéis pasar al último grado, ¡y eso ya son palabras mayores!

La profesora de francés salió del aula en busca de su querida Claudina. Las muchachas prorrumpieron en risas.

—¡Pobre *Mademoiselle*! —exclamó Hilary—. ¡No la olvidaré aunque viva cien años! ¡Cuántas bromas le hemos gastado! ¿Recuerdas, Janet, aquellas bombas fétidas que tenías cuando hacíamos el cuarto grado? Lloré de risa al ver la cara que ponía *Mademoiselle* cuando le llegó el olor.

—Éste trimestre sólo hay una alumna nueva —declaró Janet—, quiero decir en nuestro grado, claro está. He visto su nombre abajo, en la lista. Se llama Anne-Marie Longden. Además, Felicity Ray ha pasado de cuarto a quinto grado.

—Ya era hora —comentó Mirabel—. Es mayor que casi todas nosotras. Creo que es un poco corta.

—No, no es cierto —replicó Gladys—. Lo que ocurre es que es un verdadero genio de la música. Tú misma lo has dicho montones de veces, Mirabel. Al parecer, sólo le interesa ese tema. Las demás asignaturas resbalan sobre ella como el agua sobre el pescuezo de un pato. Siempre va a la cola de todo, excepto en música.

—Pues a la señorita Cornwallis no creo que le guste mucho que Felicity sólo se interese por la música —masculló Bobby, que sabía por experiencia que la profesora de quinto grado era lo que las muchachas denominaban entre ellas «*una auténtica tirana*». Apuesto a que Felicity aprenderá más geografía, historia y matemáticas este trimestre que en todo el tiempo que lleva en la escuela.

—¿Alguna otra nueva? —inquirió Mirabel.

—Sí —asintió Janet—. Y es curioso. El nombre de Alma Pudden figura también en la lista de

quinto grado. No obstante, pertenece al sexto grado, ¿verdad? Quiero decir que el trimestre pasado fue incorporada a sexto y, sin embargo, ahora su nombre está entre los nuestros. Tal vez la han bajado al quinto grado por algún motivo.

—Ojalá no fuera así —gruñó Bobby—. La verdad es que no me cae nada simpática. No cabe duda que su apellido le va que ni pintado^[1]. Parece un pudding seboso. En mi vida he visto chica más insulsa y cargante.

—Para colmo, tiene un genio tremendo —intervino Hilary—. No creo que le haya gustado mucho bajar a quinto grado.

El ama apareció en la puerta del aula en compañía de una muchacha alta, delgada y de ojos oscuros, que parecían casi negros en contraste con su pálido cabello rubio.

—¡Hola, alumnas de quinto grado! —saludó la mujer, dirigiéndoles una radiante y jovial sonrisa—. ¿Ya estáis todas de vuelta? ¡Muy bien, muchachas! ¡Ahora procurad no pillar paperas, sarampión o viruela! Aquí os traigo a vuestra única compañera nueva de quinto grado, Anne-Marie Longden.

Anne-Marie sonrió nerviosamente. No era bonita, pero su cabello dorado y sus ojos oscuros le conferían un aspecto en extremo atractivo.

—Hola —murmuró la recién llegada con torpeza—. ¿Sois todas de quinto grado? ¿Cómo os llamáis?

Hilary, la delegada de la clase, se las presentó una a una al momento.

—Éstas son las mellizas O’Sullivan, Pat e Isabel. ¡Probablemente necesitarás mucho tiempo para distinguirlas! Ésta es Janet, y ésta Roberta, aunque la llamamos Bobby. ¡La conocerás por sus pecas! Ten cuidado con las dos, porque son muy aficionadas a las bromas.

Anne-Marie sonrió cortésmente. Hilary continuó, empujando sucesivamente a otras dos muchachas:

—Ésta es Doris, capaz de imitar a quien sea. ¡No tardará en imitarte a ti también, Anne-Marie!

La advertencia no pareció afectar demasiado a la aludida. En su opinión, Doris tenía aspecto de muchacha algo zafia y estúpida. No se fijó en la inteligente mirada y en la retozona boca de actriz nata que poseía la desenvuelta muchacha.

—Y ésta es Carlota, morena como una gitana —prosiguió Hilary.

Carlota esbozó su procaz sonrisa.

—Permíteme que te diga, Anne-Marie, que hace tiempo fui artista de circo y montaba a caballo en una pista circense —declaró—. Seguramente, Ángela te lo dirá tarde o temprano, por lo que prefiero anticipártelo ahora.

La bella muchacha de cabellos rubios llamada Ángela se ruborizó con enojo. Era cierto que siempre había despreciado a Carlota, pero confiaba en que ésta no se lo recordara los dos últimos trimestres. Carlota tenía una lengua mordaz y la desataba despiadadamente contra cuantas personas no eran de su agrado.

Hilary se apresuró a continuar las presentaciones, deseosa de evitar una discusión entre la irascible Carlota y la enojada Ángela.

Ésta es Ángela —declaró—. ¡Nuestra reina de belleza!

—Olvidas el tratamiento —espetó una voz maliciosa, la de Carlota—. ¡La «Honorable» Ángela Favorleigh! ¡Ángela necesita título!

—Silencio, Carlota —ordenó Hilary.

Ángela se enfurruñó, afeando momentáneamente su hermoso rostro. Luego, meneó la cabeza y salió de la estancia.

Había aprendido ya que la hermosura y la riqueza no podían competir con el agudo ingenio de Carlota. Ángela era sin duda la muchacha más bella y más rica de la escuela, pero Carlota podía vencerla siempre en una disputa.

—Ésta es Pam, el talento de la clase —prosiguió Hilary, empujando hacia adelante a una muchacha bajita e insignificante, con unos ojos miopes provistos de gruesas gafas.

Trabaja demasiado, pero nadie consigue frenarla.

Alguien se asomó a la puerta. Era Claudina, deseosa de comprobar si su tía seguía allí.

—No temas —la tranquilizó Carlota—. *Mademoiselle* todavía te está buscando, pero no aquí. Anne-Marie, te presento a Claudina, la oveja negra de la clase. Sólo estudia lo que le apetece y siempre consigue lo que quiere, sin reparar en medios. Lleva ya mucho tiempo aquí tratando de aprender lo que ella denomina «el sentido del honor inglés», pero, a estas horas, todavía no tiene idea de en qué consiste.

—¡Qué mala eres, Carlota! —exclamó la jovial Claudina—. ¡Siempre te estás burlando de mí! Ni soy tan mala, ni tan buena.

Luego les llegó el turno a Mirabel y a Gladys, y a la sencilla y apacible Pauline, que en otro tiempo había sido tan fanfarrona como Ángela, si bien había cambiado mucho tras recibir una amarga lección.

—Bien, ya están todas —declaró Hilary—, excepto Felicity, nuestro genio musical, que procede del cuarto grado y no ha llegado todavía; y Alma Pudden, que viene del sexto. Tampoco la he visto aún.

—¡Supongo que no tienes ninguna habilidad especial! —dijo Bobby a Anne-Marie—. La verdad es que en este quinto grado, con el talento de Pam, la belleza cinematográfica de Ángela y el genio musical de Felicity, nos sobran compañeras sensacionales. Confío en que seas una persona normal, Anne-Marie.

—Pues no, no lo soy —repuso Anne-Marie, sonrojándose—. Soy... soy poetisa.

Ésta declaración fue acogida con un profundo silencio. ¿Poetisa? ¿Qué quería decir exactamente Anne-Marie con aquello?

—¿Qué insinúas, que escribes poesía o algo por el estilo? —preguntó Bobby—. ¡Oh, Dios nos asista!

—Nadie puede evitar el haber nacido poeta —repuso Anne-Marie—. Mi abuelo fue un famoso poeta y mi tía abuela una gran escritora. Viene de familia, y me imagino que yo he heredado ese don. Siempre estoy componiendo poesías y, generalmente, me inspiro a altas horas de la noche.

—¡Dios nos asista! —repitió Bobby—. Hemos tenido muchos fenómenos en Santa Clara, pero nunca un poeta, al menos que yo sepa. ¡Harás pareja con Felicity! Ella también se levanta por la noche a componer canciones. En fin, así os haréis compañía mutuamente.

En ese momento, otra muchacha asomó la cabeza por la puerta.

—¡Alison! —gritaron las mellizas—. ¿Dónde has estado?

Ven, te presentaremos a nuestra poetisa.

Una linda y elegante muchacha entró sonriente en la estancia. Era Alison, la prima de las mellizas.

—Ésta es Alison —presentó Pat—, nuestra eterna coqueta. Sólo piensa en su pelo, en su cutis y en si le brilla la nariz.

Unos trimestres atrás, Alison se hubiera enfurruñado o echado a llorar ante aquella cándida presentación, pero, ahora, ya estaba más curtida y, en consecuencia, se limitó a propinar una amistosa torta a Pat y a dirigir un cordial saludo a Anne-Marie.

—Te aconsejo que tomes precauciones, Claudina —advirtió Alison—. Tu tía viene por el pasillo.

—Ahora no tienes escapatoria —observó Hilary—. Tendrás que conformarte y complacer a la vieja *Mademoiselle*.

En realidad, te tiene mucho afecto, ¡sabe Dios por qué!

Mademoiselle irrumpió en el aula y, al ver a Claudina, se abalanzó sobre ella, exclamando:

—¡*Ma petite Claudina!* ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus queridos papás y toda la familia? He visto a la pequeña Antoinette. ¡Qué sola y encogida parecía, pobrecilla! En mi habitación tengo pastas y galletas para las dos. ¡Venid conmigo ahora mismo y nos las comeremos juntas!

Claudina se dejó llevar sin oponer resistencia. Las otras se echaron a reír.

—¡No concebimos a Claudina en quinto grado! A lo mejor ahora se enmienda, en vista del elevado puesto que ocupa en la escuela.

Pero Claudina no tenía la menor intención de corregirse. Seguiría haciendo la suya y diciendo lo que se le antojase. No, nunca cambiaría. ¡Lo sorprendente era que contase con tantas simpatías!

Capítulo 2

SALA DE ESTUDIO PARA DOS

Una norma de Santa Clara consistía en que en cuanto cualquier alumna estuviera ya en el quinto grado tuviese un pequeño estudio propio y lo compartiese con otra compañera. Aquéllos estudios eran diminutas salas y las muchachas podían, si lo deseaban, amueblarlas a su gusto, aparte de la mesa, sillas, alfombras y estanterías que proporcionaba la escuela.

La mayoría de las muchachas se contentaban con colgar uno o dos cuadros y traer unos jarrones de flores, un tapete y un reloj.

Otras, más ambiciosas, se traían una alfombra de su casa e incluso un sillón.

Las propias muchachas elegían la compañera con quien querían compartir el estudio. Por lo regular, esto no resultaba difícil, pues, para cuando las jóvenes llegaban a los grados superiores, todas tenían, más o menos, sus amigas y, ya en cuarto grado, hacían planes respecto a su futura compañera.

Era muy divertido proceder a aquellos preparativos. Las parejas debían acudir al ama para anunciarle su propósito de compartir un estudio y entonces ella les asignaba uno.

—Pero ¿es posible que ya dispongáis de un estudio? —solía exclamar la mujer—. ¡Dios mío! ¡Si parece que era ayer cuando estabais en primer grado y casi me veía obligada a daros una azotaina por no informarme de que teníais anginas!

Pat e Isabel O'Sullivan pensaban compartir un estudio juntas, naturalmente. Mirabel y Gladys, otro. Y Ángela había solicitado a Alison por compañera, ya que ambas tenían los mismos gustos refinados.

—¡Apuesto a que todas las paredes de vuestro estudio estarán llenas de espejos! —dijo Bobby a Alison.

Era inevitable que Alison se mirase siempre en cuantos espejos hallaba a su paso, e incluso en el cristal de los cuadros, para comprobar si iba bien peinada.

Bobby y Janet debían compartir otro estudio. Ambas eran muy jocosas y amigas de las bromas. ¡Qué travesuras maquinarían en su estudio!

La pareja más rara la formaban Pam Boardam, la primera de la clase, y Doris Edward, que siempre iba a la cola. A pesar de sus brillantes condiciones de mimo y actriz, Doris no lograba aprender bien las lecciones y, por tanto, admiraba profundamente a Pam. Ésta había intentado ayudarla en ocasiones y esta actitud había suscitado una viva amistad entre ambas, cosa que indujo a Doris a sugerir la posibilidad de compartir un estudio. Pam había dejado Santa Clara una vez, pero echaba tanto de menos el pensionado, que sus padres accedieron a mandarla de nuevo a su antiguo colegio algún tiempo después.

La solitaria Pam, que nunca había tenido una verdadera amiga, acogió con entusiasmo la idea de compartir un estudio con Doris. Ésta la hacía reír con sus bromas, una de las cuales consistía en

ponerse sus grandes gafas e imitarla. Se portaba muy bien con Pam.

—¿Con quién irá Carlota? —preguntó Pam—. Tal vez con Hilary. Las dos simpatizaban mucho.

Pues no. Hilary, como delegada de la clase, tenía el honor de disponer de un estudio individual. Por consiguiente, Carlota no podía compartir el suyo con ella y, en efecto, al fin eligió a Claudina.

El ama se mostró abiertamente recelosa ante semejante elección y fruncía el ceño como augurando raros acontecimientos.

—Será contraproducente para ambas —vaticinó—. Las dos sois terriblemente atrevidas y despreocupadas. No sé lo que ocurrirá si compartís un estudio. Pero recordad esto: si rompéis algún mueble o me entero de que armáis alboroto, pasaréis al dormitorio común de las alumnas de cuarto grado.

—¡Oh, ama! —exclamó Claudina, adoptando la expresión más ingenua de su repertorio—. ¿Cómo puede pensar que armaremos jaleo? El nuestro será el estudio más limpio y ordenado de todos. Sepa usted que durante las vacaciones he bordado dos tapetes y tres fundas de cojín para adornarlo.

Anne-Marie y Felicity debían compartir otro estudio, pese a que Felicity no llevaba aún dos trimestres en el colegio y Anne-Marie acababa de ingresar en él. El ama no quiso que fuesen las dos únicas alumnas despojadas de aquel privilegio.

—Dos genios juntos —comentó Bobby, riéndose—. ¡A buen seguro se quemarán las cejas componiendo poesías y canciones! Ninguna había pedido a Pauline que compartiera un estudio con ella, y la muchacha no tenía amigas a quienes proponérselo. De hecho, gozaba de pocas simpatías, pues era envidiosa y se había mostrado muy jactanciosa hasta que las demás descubrieron que todas las grandezas que contaba eran mentira. Ello la indujo a encerrarse en sí misma, de tal suerte que, a la larga, nadie conocía su verdadera personalidad.

—Tendrás que compartirlo con Alma Pudden —decidió el ama, que marcó sus nombres en la lista—. Sois las dos únicas que quedáis.

—¡Oh! —exclamó Pauline de un modo lúgubre.

Alma no era santo de su devoción. En realidad, Alma contaba con escasas simpatías. ¡Era tan gorda y tenía tan mal genio! Pero no había ninguna más disponible y Pauline tuvo que conformarse.

—Bien, ya estáis todas emparejadas —dijo el ama, cerrando su libreta—. Supongo que sabéis el reglamento sobre a los estudios, ¿no? Si no queréis ir al comedor, podéis merendar allí. Tenéis derecho a solicitar los servicios de cualquier alumna de primer o segundo grado, si hay alguna pequeña tarea que hacer. Podéis estudiar allí vuestras lecciones por la noche y acostaros cuando lo deseéis, con tal de que no sea después de las diez.

Las muchachas se sentían libres e independientes en aquellas pequeñas instalaciones dobles. Los estudios eran rincones acogedores, guaridas propias, retazos de hogar dispuestos a gusto de las internas, con diminutas chimeneas que proporcionaban un agradable fuego para sentarse a leer frente a él.

Como es de suponer, Ángela amuebló el suyo como un palacio en miniatura. Desechó todo el mobiliario de la escuela y rogó a su madre que le mandase muebles de su propio dormitorio. Luego fue a la ciudad con Alison y ambas lo pasaron divinamente eligiendo tela para cortinas, fundas para cojines y alfombras.

Gastaron mucho dinero. Alison tenía poco, pero Ángela había ahorrado para aquel fin todas las respetables cantidades con que la habían obsequiado sus adinerados tíos y tías durante las vacaciones. Gastó a manos llenas y no permitió que entrase nadie en el estudio hasta que todo estuvo listo.

Entonces, ella y Alison dieron una fiesta de «*inauguración*». Encargaron pasteles y bocadillos al panadero local y compraron limonada y cerveza de jengibre. La mesa aparecía atestada de comestibles, y en la chimenea ardía un magnífico fuego, pese a que aquel día hacía mucho calor.

Las demás muchachas entraron en el aposento, llenas de curiosidad, y se quedaron boquiabiertas al ver los bruñidos muebles, los hermosos espejos y cuadros, los dos sillones y las bonitas alfombras. Palparon las sedosas cortinas y contemplaron los hermosos crisantemos, colocados con mucho gusto en los jarrones.

—¡Caramba! —exclamó Bobby—. ¿Qué cara pondrá el ama cuando vea todo eso? Dirá a la señorita Theobald que dispones de demasiado dinero, Ángela.

—¿Y qué le importa al ama si dispongo de dinero o no? —repuso Ángela muy envarada—. Alison y yo opinamos que en Santa Clara hay muy pocas comodidades y detalles bonitos. Y como estamos acostumbradas a un ambiente mejor en nuestras casas, ¿qué tiene de particular que, ahora que disponemos de un estudio propio, procuremos arreglarlo a nuestro gusto? Dime la verdad, Bobby, ¿no te gusta?

—Resulta demasiado ostentoso para mí —declaró Bobby—. ¡Ya conoces mis gustos sencillos! Pero reconozco que has conseguido un conjunto muy bello, Ángela, aparte de que este té es excelente.

Las demás muchachas añadieron lo que quisieron a sus estudios. Claudina trajo unos tapetes y cojines bordados. Carlota lo arregló con varios objetos que había traído de España, uno de los cuales, un mantón bordado en Sevilla en un tono rojo oscuro, prestaba singular color y carácter al pequeño aposento.

El único estudio sencillo y amorfo era el compartido por Pauline y Alma. Ninguna de las dos tenía gusto ni dinero y, excepto un jarrón azul aportado por Pauline y una protección para la tetera tan voluminosa como su propietaria, Alma, el pequeño estudio presentaba el mismo aspecto desolado de la época de las vacaciones.

Alma Pudden tenía un apellido desafortunado. La cosa habría carecido de importancia si la muchacha no hubiese tenido aquella apariencia de pudding seboso que tanto recordaba al nombre en cuestión. Con su túnica escolar parecía un saco atado por en medio. Para colmo, tenía los ojos casi ocultos en su redonda cara pastosa.

Las alumnas de quinto grado la apodaban *Pudding*, cosa que, naturalmente, a ella la molestaba mucho. Si se hubiese echado a reír, diciendo: «*Sí, parezco un pudding, pero pronto adelgazaré*», probablemente sus compañeras habrían simpatizado con ella y la hubiesen llamado *Pudding* con

más afecto que mala idea. Pero Alma se enojaba terriblemente cada vez que la pinchaban.

Sus enfados eran muy raros, no precisamente coléricos y furibundos, como los de Carlota o Janet, sino fríos y rencorosos. De modo que, a pesar de su buena voluntad, las demás no lograban tenerle simpatía.

A la pobre Pauline se le antojó muy aburrido compartir un estudio con Alma. Ésta rara vez hacía una observación inteligente y, aunque pasaba horas dedicada al estudio de sus lecciones, casi nunca obtenía buenas notas. Además, era egoísta y siempre se apropiaba de la silla más confortable y se servía más pasteles que Pauline.

Felicity y Anne-Marie también consideraron muy penoso tener que compartir el mismo estudio. Para Felicity, no había más cosa en el mundo que la música y constantemente cantaba o ensayaba melodías en su violín, incluso cuando Anne-Marie quería estudiar o escribir.

¡Felicity! —exclamaba su compañera—. ¿Es indispensable que repitas esa horrible pieza tan tristona? Intento componer el último verso de esta poesía.

¿Qué poesía?, ¿la que estabas escribiendo la semana pasada? —replicó Felicity—. Es una birria, con mucha palabrería y poco fondo. Tú no eres poeta, Anne-Marie. ¿Crees que es justo que me abstenga de tocar música para que tú compongas poesías de tercera categoría?

Felicity no decía esto con ánimo de ofender. En opinión de Bobby, estaba chiflada por la música. Se preparaba para un duro examen, el de licenciada por la Real Academia de Música aunque, en realidad, era muy joven para afrontarlo. La directora, señorita Theobald, se oponía a que se presentase a la prueba y había manifestado a la familia de la muchacha la necesidad de que ésta llevase una vida normal y se tomara más interés en las cosas ordinarias.

—Sólo le interesa la música —explicó la señorita Theobald a los padres de Felicity un día en que éstos acudieron a ver a su hija—. A veces tengo la impresión de que no vive en este mundo. Y eso no es bueno para una joven. Es ya muy mayor para el cuarto grado y, sin embargo, no está en condiciones de acceder al quinto. Pero considero necesario pasarla para ver si las compañeras de su edad la espabilan un poco. Desearía que ustedes la convencieran de que aplazara uno o dos años ese difícil examen. ¡Tiene mucho tiempo por delante!

Pero los padres de Felicity se sentían tan orgullosos de su avispada hija, que no accedieron a aplazar el examen. ¡Sería maravilloso tener una hija capaz de pasar aquella prueba a tan temprana edad!

—Pásela usted a quinto grado si lo desea, señorita Theobald —dijo el padre de Felicity—. Pero no permita de ninguna manera que descuide sus estudios de música.

—Naturalmente —convino la directora—, pero debemos cerciorarnos de que nuestros medios de estímulo son los adecuados. No me gusta todo este duro aprendizaje musical en detrimento de las demás asignaturas imprescindibles para la formación de una muchacha.

No obstante, todo fue inútil. No hubo forma de convencer a los padres de Felicity. Su hija era un talento para la música y debía proseguir su marcha ascendente. Y así fue cómo Felicity pasó al quinto grado con las muchachas de su edad, aunque sus conocimientos eran muy inferiores a los de sus compañeras y debía seguir estudiando música con más intensidad que antes.

Anne-Marie le resultaba indiferente. La toleraba puesto que era su compañera de estudio. Pero

apenas reparaba en ella, siempre y cuando no se metiera con su música.

Lo malo era que Anne-Marie tenía celos de Felicity y de su indudable talento. Anne-Marie estaba convencida de que ella también era un genio. Otro tanto pensaba su familia. En efecto, sus padres guardaban sus mejores poemas y los recitaban a sus visitantes, demasiado corteses para decir lo que pensaban.

Y no sólo eso, llegaban al extremo de buscar editores para que los publicasen.

Era, pues, un fastidio que las muchachas de Santa Clara no diesen muestras de apreciar en absoluto sus más bellas poesías. Una de ellas empezaba así:

Mis ojos cuajados de lágrimas otean las largas sendas del futuro.

Sólo Ángela y Alma se habían mostrado impresionadas al oírla. Ninguna de las dos sabía distinguir entre una poesía buena y otra mala, ni acertaban a ver la insinceridad y la pretendida destreza del largo y ostentoso poema.

—¿Qué significa eso? —preguntó Carlota—. Tal vez soy muy estúpida, pero lo cierto es que no comprendo una palabra de esos versos. ¿Por qué tienes los ojos cuajados de lágrimas, Anne-Marie? ¿Tanto temes al futuro? La verdad es que no me sorprende, porque si piensas ganarte la vida escribiendo poemas, vas a morirte de hambre.

—No vale nada —comentó Bobby—. ¿Por qué no escribes lo que sientes, Anne-Marie? Tal vez así compongas algo bueno. Todo esto es ficticio, como si trataras de ser mayor de lo que eres.

Así pues, Anne-Marie sufrió una amarga desilusión al comprobar que sus compañeras no reconocían su genio y, en cambio, todas parecían estar de acuerdo en que Felicity era una chica realmente dotada.

Sin embargo, en conjunto, las compañeras de estudio se llevaban bastante bien, unas más que otras, por supuesto. Las mellizas rara vez disputaban y, como tenían los mismos gustos, compartían gozosamente la habitación. Bobby y Janet también eran muy felices juntas y otro tanto les sucedía a Mirabel y Gladys.

Al principio les costó acostumbrarse a encargarse de las pequeñas ciertas tareas menores. Pero luego eso les pareció también una excelente idea. Muchas de las alumnas de primer grado, por ejemplo, habían sido delegadas de clase y pertenecido a los grados superiores de sus escuelas elementales; les convenía hallarse en el grado inferior de otro colegio y verse obligadas, en ocasiones, a cumplir las órdenes de las muchachas mayores. Las mellizas recordaban cuánto habían detestado aquello al principio.

—Considerábamos humillante encender el fuego de otra, ¿recuerdas? —dijo Pat a Isabel, mientras hurgaba el fuego que acababa de encender una alumna de primer grado—. ¡No nos convenía poco! ¡Eramos tan engreídas, tan pagadas de nosotras mismas! Aquello nos bajó los humos.

—Además, ahora tenemos la ventaja de conocer a las pequeñas —dijo Isabel—. Charlan con nosotras cuando vienen a trabajar y algunas me gustan mucho. Una o dos de ellas serán magníficas

deportistas. Son muy despiertas.

—Sin embargo, Ángela las explota demasiado —comentó Pat, frunciendo el ceño—. Ella y Alison las abruman de trabajo. Abusan de su poder.

—Habrá que decírselo a Hilary para que las avise —propuso Isabel con un bostezo—. ¡Cáspita! ¡Son las diez menos cinco! Vamos, lo mejor será que recojamos las cosas y nos acostemos. ¿No te parece divertido eso de acostarnos cuando nos parece?

—¡Mientras no pasemos de las diez! —replicó Pat, imitando la tajante voz del ama—. ¡Apresúrate, no vaya a ser que infrinjamos el reglamento!

Capítulo 3

LA NUEVA PROFESORA DE LITERATURA

Aquél trimestre había muchas más alumnas en los grados elementales de Santa Clara que otros años, en vista de lo cual la señorita Theobald decidió contratar una nueva profesora para aliviar un poco a las demás.

Así que, ante la expectación de todas las muchachas, apareció la señorita Willcox. El segundo día estuvo presente en la asamblea y contempló a las muchachas con mirada vaga y espiritual.

—Se llama señorita Willcox —cuchichearon las muchachas—. Es inteligentísima. Nos dará clases de literatura inglesa. ¡Es escritora! Ha publicado un libro de poesías.

Todas contemplaron a la señorita Willcox con temor, diciéndose que una persona debía de ser muy lista para escribir un libro. La señorita Willcox las miró, a su vez, con expresión lejana y soñadora. ¿En qué estaría pensando? ¿En otro libro, tal vez?

Siempre resultaba excitante tener una profesora nueva. ¿Cómo sería en clase? ¿Rigurosa? ¿Jocosa? ¿Indulgente? ¿Insulsa? ¿Sería de las que se prestan a ser objeto de bromas pesadas?

—A mí me parece muy interesante —declaró Alison—. Francamente interesante. Da la impresión de que por su imaginación pasan toda clase de hermosos pensamientos.

—Probablemente está pensando en qué habrá para almorzar —espetó Bobby—. Siempre he desconfiado de las personas que miran a lo lejos con aire soñador. Anne-Marie lo hace con frecuencia, y me consta que la mitad del tiempo está pensando en si Felicity se ha acordado de traer las pastas para el 'té o algo por el estilo, y la otra mitad mirando a las musarañas.

Anne-Marie ansiaba replicar con alguna agudeza, pero jamás se le ocurría nada a propósito. Se consolaba pensando que los poetas suelen ser siempre unos incomprendidos. La gente se reía de ellos y se burlaba de sus obras, pero luego, muchos años después de su muerte, todo el mundo reconocía su mérito.

«A lo mejor, la señorita Willcox se da cuenta de que soy una verdadera poetisa —pensó la muchacha—. Sería maravilloso tener a alguien de mi parte. Casi me atrevería a decir que si la señorita Willcox lee mis poesías y le gustan, hará cambiar de parecer a las demás. Trabajaré mucho en sus clases para atraer su atención».

Las lecciones de la señorita Willcox resultaron realmente interesantes. En ellas se leían muchas comedias y poesías, y las muchachas podían discutir a su gusto, siempre y cuando sus discusiones versaran sobre temas literarios.

No había duda de que la señorita Willcox conocía la asignatura, en expresión de Bobby. Era muy instruida, tenía una excelente memoria y sabía elegir temas ideales para despertar el interés de las muchachas y obligarlas a pensar un poco.

Sin embargo, era una mujer algo rara, desaliñada, vaga y muy dada a los accesorios, como decía Janet. Por ejemplo, un chal alrededor del cuello, un cinturón brillante, un pañuelo en

extremo llamativo. Además, llevaba horquillas doradas en el negro cabello y todos sus vestidos tenían aspecto de cortinajes, con el consiguiente menoscabo de su figura.

Además, la nueva profesora tenía una voz afectada que estropeaba en parte sus lecturas de poesía, pues daba una entonación grave y solemne a lo que exigía un tono perfectamente natural. En cambio, hacía gestos muy graciosos y dramáticos, que llenaban de deleite a la romántica Alison.

Ésta no tardó en imitar uno o dos de aquellos ademanes y, un día, al decir algo a Pat e Isabel, extendió los brazos teatralmente y golpeó sin querer a Bobby en la barbilla con las yemas de sus dedos.

—¡Eh! —exclamó Bobby—. ¡Nuestra coqueta está imitando a la señorita Willcox! Oye, Alison, supongo que no vas a perder la cabeza por ella, ¿verdad?

Alison se ruborizó. Siempre se ruborizaba por nada.

—No entiendo qué insinúas —repuso—, pero lo cierto es que admiro a la señorita Willcox. Sus conocimientos de literatura inglesa son francamente maravillosos.

—¡Oh, Alison! —gimió Bobby—. ¡No nos salgas con que adoras a la señorita Willcox! ¿Todavía no te has librado de esa necia costumbre? ¡Para colmo, nunca eliges a personas dignas de adoración!

—¿Cómo, qué dices? —repuso Alison, tratando de hablar fríamente, pese a su acalorada indignación—. ¿Qué la señorita Willcox no es digna de adoración? Es muy inteligente, ha escrito un maravilloso libro de poesías y tiene una preciosa voz, grave y melodiosa y un aspecto pintoresco.

—¿Pintoresco? —replicó Bobby indignada—. ¡Querrás decir sucio y desaliñado! ¡Qué estúpida eres, Alison! Opino que la señorita Willcox necesita arreglarse y asearse más. ¿A quién se le ocurre llevar horquillas doradas en el pelo? ¡Demonio! ¡Casi me pone mala verlas!

Bobby recargaba las tintas y hablaba por hablar. Era una muchacha tan infantil, tan sincera y detestaba tanto la tontería y la ostentación, que las personas como la señorita Willcox la sacaban de quicio y la inducían a irse de la lengua.

—No, Bobby —intervino Pat, al ver que Alison parecía a punto de prorrumpir en llanto—. La señorita Willcox no es tan despreciable como pretendes, ni tampoco tan admirable como tú la consideras, Alison. Sea como fuere, procura no adorar a nadie este trimestre, por amor de Dios. Éstos dos últimos años te has portado muy sensatamente.

Alison se marchó.

—¡Recuerda lo de la señorita Quentin! —le advirtió Bobby—. ¡No vuelvas a cometer el mismo error!

Alison había mostrado una auténtica adoración por la señorita Quentin tiempo atrás, pero un buen día tuvo un amargo desengaño al descubrir que la profesora se reía de ella a sus espaldas. Después de aquella dura lección, fue más precavida en sus afectos, pero ahora parecía dispuesta a volver a las andadas.

—Es inútil tratar de frenarla —comentó Pat, mientras seguía a su prima con la mirada cuando la muchacha salía de la estancia con la cabeza erguida y las mejillas encendidas.

Sólo has conseguido empeorar las cosas, Bobby. Alison es muy leal y vehemente.

—Yo me he limitado a decir lo que pienso —repuso Bobby—. La cosa carecería de importancia si Alison eligiese alguna persona digna de adoración, pero no da una.

—Si la señorita Willcox fuera sensata, le cortarían las alas enseguida —murmuró Pat—. La señorita Cornwallis procura atajar esas tonterías inmediatamente, al igual que las otras profesoras. Pero me temo que la señorita Willcox también dará alas a esa horrible Anne-Marie.

¡Bah, déjala! —profirió Bobby—. Si quiere que todas las Alison y Anne-Maries del mundo se postren a sus pies, de ella. Venid, chicas. Vamos a ver si la pista está en condiciones para jugar al tenis.

Al salir, se cruzaron con Alma Pudden, que tenía un aspecto tan triste y preocupado que Pat, compadeciéndose de ella, la gritó:

¡Ven a jugar al tenis! ¡Haremos un partido de dobles!

No puedo correr —replicó Alma con su habitual voz apagada—. Estoy demasiado gruesa.

—Mejor, así eliminarás un poco de grasa —intervino Isabel. ¡Ven con nosotras!

Pero Alma era tan poco dispuesta al ejercicio como Claudina. Ésta eludía todos los deportes e incluso los paseos más interesantes. Al principio, se las arregló para que el ama le diese montones de ropa para remendar, cosa que había que hacer a las horas de recreo, pero, transcurrido algún tiempo, la mujer descubrió aquella pequeña estratagema y, de pronto, Claudina se encontró con que no tenía suficiente ropa que remendar para justificar su evasión de la vida al aire libre.

Pero Claudina no era de las que se dan fácilmente por vencidas. Si le obligaban a ponerse vestido y zapatos de deportes y a presentarse en el campo o en la pista, fingía que le daban calambres o se encontraba mal para que la dejaran marchar. La habilidad que tenía para zafarse de cuanto la desagradaba era sorprendente.

Ella y Carlota eran un par de pronóstico en su estudio. Carlota tampoco era amiga de hacer lo que no le gustaba y sabía cómo eludirlo, pero siempre se valía de métodos claros y directos, mientras que Claudina disfrutaba haciendo la suya secretamente, adoptando una expresión cándida e inocente.

Ambas hacían la guerra a Mirabel, quien, para su gran satisfacción, había sido nombrada delegada de deportes del colegio aquel trimestre, tal como esperaba. Gladys recibió el cargo de subdelegada, con gran contento de ambas. Gladys era baja y menudita, pero se mostraba muy hábil y rápida en el terreno de juego o en la pista de tenis, aparte de ser una excelente nadadora. Además, tenía mucho tacto para tratar con algunas de las tímidas pequeñas, un poco temerosas de la brusquedad e impaciencia de Mirabel.

Ésta era una típica delegada de deportes, con voz sonora, modales bruscos, figura corpulenta y poca sensibilidad respecto a los sentimientos de los demás. En todo momento intentaba interesar a Alison, Claudina, Ángela y Carlota en los deportes, pero éstas habían tomado la determinación de no dejarse convencer. La delegada se enojaba profundamente cuando las cuatro muchachas no se presentaban a las prácticas o se aburrían en el campo y empezaban a charlar.

—Ésta Mirabel es una plaga —se lamentaba Claudina a su tía—. Se empeña en que yo salga al campo y me acalore y quede hecha un asco. ¿Por qué no le dices que padezco del corazón, *ma*

tante?

—¡Claudina! —gritó *Mademoiselle*, alarmada—. ¿De veras padeces del corazón, chiquilla? ¡Nunca me lo habías dicho! ¿Te duele? Debes ir inmediatamente a que te vea el ama.

Pero Claudina no tenía la menor intención de seguir el consejo, puesto que el ama era la única persona que jamás daba crédito a sus palabras.

—No, no me duele —repuso Claudina formalmente.

Sólo noto una pequeña palpitación aquí... alguna que otra vez, cuando corro o subo la escalera.

Mademoiselle la miró de hito en hito. Amaba entrañablemente a su sobrina, pero a veces le asaltaba la idea de que la muchacha la enredaba para lograr sus propios fines. Claudina se había puesto la mano sobre el lugar donde creía tener el corazón, para indicar dónde notaba las palpitaciones, pero desgraciadamente era el punto correcto.

—¡*Tiens!* —exclamó *Mademoiselle*, algo alarmada todavía, si bien un poco enojada—. Eso no es el corazón. Es el estómago. Quizá necesitas una dosis de medicina.

Claudina desapareció al punto. No le interesaba que el ama le administrase una buena medicina. Al propio tiempo, se hizo el firme propósito de averiguar dónde estaba exactamente el corazón, para no incurrir en otro error la próxima vez que saliese a relucir la cuestión.

A los pocos días, las alumnas de quinto grado se habían adaptado a la rutina habitual. Se iniciaban en las nuevas asignaturas, gruñían y murmuraban, reían y charlaban, jugaban a diversos deportes y se acostaban rendidas de cansancio. Era una vida excelente, interesante, llana y cordial. A veces, las muchachas se entristecían un poco al pensar que sólo les quedaba un grado por delante, después del cual tendrían que abandonar Santa Clara para siempre. A medio trimestre debían someterse todas a un duro examen, incluidas Doris, Alma y Felicity, quienes tenían la absoluta certeza de no salir airosas de la prueba.

—De todos modos, no perderéis nada si estudiáis algo más les aconsejó la señorita Cornwallis con su autoritaria voz. —¡Con que obtuvieseis un simple aprobado, me daría por satisfecha! Os permitiré descansar a todas después del examen, pero insisto en que debéis hacer lo posible por prepararos durante la primera mitad del trimestre y estudiar con tesón.

Total, que aquel trimestre todas trabajaban mucho en sus estudios respectivos. Carlota bregaba con las matemáticas y Claudina con la gramática. Felicity intentaba aprender literatura inglesa y escribir ensayos que, por lo general, terminaban bruscamente para dar paso a la inspiración, en forma de una nueva canción. Anne-Marie dedicaba muy poco tiempo a todas las asignaturas, excepto a la literatura inglesa, en la cual pasaba muchas horas, con la esperanza de obtener la aprobación de la señorita Willcox.

Incluso Doris y Ángela estudiaban, aun cuando a ninguna de ellas le gustaba hacerlo. El colegio era muy divertido, pero, por desgracia, había que trabajar.

Capítulo 4

ÁNGELA PIERDE LOS ESTRIBOS

Las pequeñas de primer grado acudían a los requerimientos de las de quinto. Hacían recados, tostaban pan para el té y charlaban de sus asuntos con toda aquella que deseara escucharlas.

Mirabel extremaba la amabilidad con las que sobresalían en los deportes. Las animaba a entrenarse a fondo en el *lacrosse*^[2], formaba los equipos de la escuela y las preparaba en sus horas libres. Las pequeñas sentían adoración por ella.

—¿Sabes? —dijo Mirabel a Gladys un día, mientras formaban los equipos—. Ésa pequeña Molly Williams es una joya. Tengo intención de dejarla jugar en el tercer equipo, Gladys. Jane Teal también vale mucho, sobre todo si logra aprender a moverse más aprisa. Podría ser muy rápida.

—En cambio, la pequeña Antoinette es tan inútil como Claudina —comentó Gladys—. No consigo que se ejercite, ni se interese lo más mínimo en el deporte. Claro está que Claudina tampoco nos apoya. Al contrario, siempre alecciona a Antoinette para dar toda clase de excusas.

—Estoy harta de Claudina y de sus majaderías —gruñó Mirabel impaciente—. Es muy ladina. ¡Cualquier día la expulsarán de la escuela!

—No, no es tan mala como eso —protestó Gladys, sobrecogida—. Lo que ocurre es que es diferente a nosotras. Ha mejorado mucho desde que ingresó en el colegio.

—Es natural, después de tantos cursos en Santa Clara —masculló Mirabel mientras escribía la lista de muchachas que componían el tercer equipo—. En fin, voy a apuntar a Molly Williams. ¡Qué alegría se llevará!

—Es una lástima que Ángela y Alison abusen tanto de las pequeñas —comentó Gladys—. Siempre tienen a una u otra en su estudio, trabajando para ellas. Ángela llegó al extremo de encargar a Jade Teal que le remendase la ropa, cosa que no está permitida.

—Hablaré con Jane sobre ello —dijo Mirabel con su determinación habitual—. Le diré que no tiene obligación de remendarle la ropa y que debe aprovechar ese tiempo para salir al campo de deportes.

¿No crees que sería preferible decírselo a Ángela en lugar de a Jane? —sugirió Gladys—. Sería más lógico que Ángela dijese a Jane que dejase de remendarle la ropa a que se lo digas tú.

—Me entenderé con Jane directamente —insistió Mirabel, muy imperiosa y arrogante, aquella mañana, como correspondía a una delegada de deportes.

—Jane aprecia mucho a Ángela —advirtió Gladys, al tiempo que Mirabel salía de la habitación.

—Pero a mí me tiene un respeto ilimitado —resopló Mirabel—. Estoy segura de que hará lo que yo quiera, no lo que diga Ángela. Tú déjame hacer a mí, Gladys.

Mirabel vio a Jane Teal y le gritó:

—¡Eh, Jane! ¡Ven acá un momento!

Jane, una niña de catorce años, bajita, delgada y ágil, se acercó a Mirabel, ruborizándose. ¿No sería que Mirabel iba a decirle que jugase en el tercer equipo con Molly? ¡Qué emocionante perspectiva!

—Jane —dijo Mirabel, sin rodeos—. Quiero que en el transcurso de las próximas semanas te entrenes un poco más en el campo. Si lo haces, serás una excelente deportista. Ésta semana deberías haber venido. Me han dicho que, en vez de eso, te has dedicado a remendar la ropa de Ángela, y ya sabes que no tienes obligación de hacerlo.

—Pero me gusta —repuso Jane, sonrojándose de nuevo—. Coso muy bien y Ángela no es buena costurera. Me gusta ayudarle en lo posible.

—Bien, pues deja eso y presta más atención a los deportes —replicó Mirabel—. Soy la delegada y deseo que las buenas jugadoras den el máximo de sí.

—Haré lo que pueda —prometió Jane, orgullosa de que la gran Mirabel la considerase una buena jugadora—. Pero le prometí a Ángela que este trimestre me encargaría de remendarle la ropa, Mirabel.

—Pues dile que no puedes —repuso Mirabel, ajena al hecho de que nada le importaba excepto su voluntad.

—Pero, se enfadará mucho —objetó Jane algo asustada, aunque obstinada—. Además, me gusta hacerle favores. Es... es... muy bonita, Mirabel, ¿no crees?

—¿Y eso qué tiene que ver? —repuso Mirabel con impaciencia—. En fin, no hablemos más del asunto. Soy tu delegada de deportes y debes obedecerme. De lo contrario, no te dejaré jugar ni en el cuarto equipo ni en el tercero.

Mirabel habló con voz tajante y, dando media vuelta, se alejó. Jane la siguió con la mirada. Las lágrimas le irritaban los ojos. Admiraba muchísimo a Mirabel, pero, al propio tiempo, sentía vivo afecto por Ángela. ¡Tenía una sonrisa tan bella y decía cosas tan lindas! Además, Alison, su compañera de estudio, era también muy simpática.

Jane fue en busca de su amiga Sally para contarle todo cuanto le había dicho Mirabel.

Tras escucharla, Sally aconsejó:

—Ben, si quieres jugar en el tercer equipo y disfrutar de algunos buenos partidos, tienes que hacer lo que te mande Mirabel. ¿Por qué no cuentas a Ángela lo que te ha dicho Mirabel? Sabes perfectamente que, si de veras es tan amable y cariñosa como dices, te descargará de la obligación de remendarle la ropa.

—¡Oh, qué buena idea! —celebró Jane, animándose.

No quisiera disgustar a Ángela, Sally. Considero que es maravillosa. Me sentiría muy desgraciada si se enfadara conmigo.

—Díselo hoy mismo, cuando vayas a prepararle las tostadas para el té —concluyó Sally.

Así que aquella tarde, algo temblorosa, Jane procedió a contar a Ángela lo que le había dicho Mirabel.

—Ángela —empezó, al poner una rebanada de pan en el tostador—, te he traído la ropa que me diste a remendar. La he cosido toda, incluso aquella media que tenía una carrera en la parte de

atrás.

—Gracias, Jane —murmuró Ángela, dirigiéndole una sonrisa que la conmovió.

—Pero, me temo que no podré seguir haciéndolo por mucho tiempo más —prosiguió Jane.

—¿Por qué no? —preguntó Ángela—. Me lo prometiste. Detesto a las personas que se vuelven atrás y no cumplen sus promesas.

—Verás. Hoy me ha hablado Mirabel —farfulló Jane, desesperada—. Me ha... me ha dicho...

—Ya me figuro lo que te ha dicho —interrumpió Ángela desdeñosa—. Te ha dicho que eres una estupenda jugadora y que, por tanto, debes entrenarte más y dejar de lado las tareas que te encomienda la antipática Ángela. Y tú lo has aceptado como una corderita. ¡Eres una traidora!

—¡Por favor, Ángela, no hables así! —suplicó la pobre Jane—. No es justo. Mirabel no ha dicho nada contra ti. De todos modos, debo hacer lo que ella mande, ¿no? Es la delegada de deportes.

—¡No comprendo por qué todo el mundo debe hacer lo que diga esa mandona! —refunfuñó Ángela—. No comprendo el porqué. Se figura que porque ella está loca por algo, las demás también van a estarlo. Siente verdadera pasión por los deportes. Estoy de acuerdo con Claudina en que eso es una estupidez.

—¡Pero, Ángela! —respondió Jane, asombrada—. ¡Los deportes son estupendos! Además, despiertan el espíritu de cooperación, y una juega no ya para sí, sino para su equipo. Además...

—No me sermonees —atajó Ángela, airadamente—. Tú no eres más que una inexperta principiante de primer grado, más tonta que una piedra. De todos modos, me tiene sin cuidado lo que hagas. Si quieres, ve a entrenarte mañana, tarde y noche. En lo sucesivo, no permitiré que me ayudes en nada.

No me gustan las traidoras. Deja esas tostadas y ve a decir a Violet Hill que venga por aquí. Ella te sustituirá.

Jane se quedó horrorizada ante aquella salida. ¡Pensar que había dado su corazón a aquella hermosa y radiante Ángela, y ahora ésta la trataba como un trapo sucio! No la quería más a su servicio. Sería sustituida por aquella estúpida de Violet Hill, que adoraba a Ángela a distancia y era capaz de hacer cualquier cosa por una sonrisa suya.

Con un sollozo, Jane salió precipitadamente de la estancia.

A los pocos instantes se presentó Violet Hill, emocionada por la deferencia de que era objeto. Ángela le dio órdenes con voz indolente, regocijada al ver que la pequeña Violet casi temblaba de excitación, mientras procedía a limpiar con esmero la habitación, pendiente de todas y cada una de sus palabras.

Al cabo de un rato, apareció Alison. Sorprendida al ver a Violet en lugar de Jane, preguntó:

—¿Dónde está nuestra fiel Jane?

—Ángela le contó lo sucedido en pocas palabras. Violet Hill la escuchó ávidamente. Se alegraba de que Jane hubiese caído en desgracia. ¡Demostraría a Ángela que ella era mucho mejor! Cuando Violet se marchó, Alison dijo a Ángela con sequedad: —No deberías haber dicho todo eso delante de Violet. Sabes perfectamente la adoración que te profesa Jane. Tendrá un disgusto si esto corre por su clase.

—Le está bien merecido —masculló Ángela con rencor.

—Ángela —murmuró Alison tras una pausa—, creo que estás entonteciendo a esas chiquillas. No las tratas debidamente. No deberían permitir que te admirasen tanto. Apuesto a que la pobre Jane está llorando a lágrima viva. Ya sabes que a la señorita Theobald no le gustan esas cosas.

Ángela palideció de ira. No podía soportar ser pillada en falta. Miró a Alison con expresión incendiaria y, tras esforzarse en dar con una respuesta realmente mordaz y ofensiva, declaró en tono burlón:

—Realmente, Alison, ¿quién eres tú para criticar a las que sienten adoración por alguien? Al fin y al cabo, estás chiflada por esa maravillosa señorita Willcox, ¿no? Incluso intentas imitarle como habla. Me da risa oírte.

Alison se sintió profundamente ofendida. No podía soportar que nadie hablase mal de las personas que eran de su agrado.

—La señorita Willcox es una persona absolutamente sincera —replicó con dignidad—. Por eso me gusta. A ti no te interesa la literatura inglesa. De hecho no te interesa nada, excepto tu persona, Ángela. Por eso no comprendes la admiración que yo siento por la señorita Willcox.

—Pamplinas —gruñó Ángela grosera.

Aquella noche ambas muchachas no cambiaron una sola palabra más. Ángela pasó su mal humor en silencio y Alison escribió un largo e inteligente ensayo —al menos eso esperaba— para la señorita Willcox. La velada, pues, no resultó muy divertida.

Después, Ángela la emprendió con Mirabel. No se atrevió a echarle en cara abiertamente lo de Jane porque temía la rudeza de Mirabel. Por primera vez, ésta saboreaba las mieles del poder en su nuevo cargo de delegada de deportes y se mostraba algo arrogante, brusca en su modo de hablar. Además, era muy insensible a las palabras ofensivas y Ángela desesperaba intentando decirle algo que la hiriera.

Por consiguiente, tuvo que contentarse con mirarla desdeñosamente y burlarse de ella a sus espaldas. Pero como Ángela solía prodigar las palabras y las miradas despectivas cuando estaba contrariada por algo, nadie le prestó la menor atención y, menos aún, Mirabel.

Ángela hizo las paces con Alison, no ya porque lo desease, sino simplemente para tener a alguien con quien hablar y desahogarse. Por otra parte, Alison admiraba sinceramente su aspecto y sus vestidos, y siempre resultaba agradable sentirse admirada de aquel modo.

Alison no se mostraba ya tan servil con Ángela como al principio. Había dejado de mirarla, alabarla y darle la razón en todo. Sin embargo, no podía disimular la admiración que sentía por aquella bella muchacha de deslumbrante cabellera dorada y brillantes ojos azules.

También se alegró de reconciliarse con Ángela, pues ardía en deseos de hablar de la señorita Willcox, de sus maravillosas clases, de las hermosas poesías que escribía y de lo bien que recitaba con su bella y expresiva voz.

Así pues, a cambio de su admiración, Ángela escuchaba, algo aburrida, todo cuanto le decía Alison. Volvían a ser amigas, pero no tardarían mucho en enemistarse otra vez.

Capítulo 5

MUCHO TRABAJO Y UN POCO DE DIVERSIÓN

Las alumnas de quinto grado estudiaban intensamente. La señorita Cornwallis las abrumaba de trabajo con sus deberes. La señorita Willcox también les exigía mucho y la señorita Theobald, la directora, les dio unas pocas lecciones y, aunque no las sobrecargó de deberes, las muchachas sabían que era muy exigente respecto a su ejecución.

Mademoiselle tampoco se quedó corta a la hora de encargarles ejercicios, con gran indignación de las muchachas.

—¡Cielos! —gimió Bobby—. ¿Cómo nos las arreglaremos para resolver todos esos problemas, hacer ese mapa, aprender de memoria todas esas poesías francesas y escribir ese ensayo para la señorita Willcox? ¡Va a darnos un ataque de nervios!

La única que parecía no preocuparse era Pam Boardam. Tenía una memoria asombrosa y, con sólo leerse una página una vez, la retenía en la memoria. Doris la envidiaba desde el fondo de su corazón.

—En cambio, yo no tengo ni pizca de memoria —suspiró un día—. Lo que aprendo por la mañana, lo olvido por la noche.

—Pues, si quieres ser actriz, tendrás que aprenderte de memoria los papeles —observó Pam.

—Lo curioso es que, cuando interpreto un papel y digo las palabras en voz alta, las recuerdo sin dificultad —aseguró Doris—. Entonces, nunca las olvido. Lo que más me molesta es sentarme ante un libro y leer y releerlo.

—En ese caso, Doris, ponte de pie, recita las palabras en voz alta y represéntalas, si lo deseas —aconsejó Pam con un destello de ironía en sus graves ojos—. Toma, aquí tienes esta poesía francesa. Toda ella ensalza las bellezas del campo, como diría *Mademoiselle*. Recítala en voz alta e imita la voz de las vacas y las ovejas, las cabriolas de los corderitos y los andares de los patos. No tardarás en aprenderla.

Así que, con gran asombro de Pat e Isabel, que pasaron por el estudio de Pam a recoger un libro, Doris se entregó en cuerpo y alma al estudio del poema bucólico francés.

Declamaba la obra en voz alta, con profusión de gestos y ademanes. Retozaba como un cordero, rumiaba como una vaca y anadeaba como un pato. Era perfecto.

Las muchachas se desternillaban de risa. Doris había convertido el solemne y pesado poema francés en una verdadera comedia.

—Y ahora, ¿lo recuerdas? —preguntó Pam, cuando Doris terminó y tomó asiento, jadeante, en una silla.

Doris arrugó la nariz, tratando de hacer memoria. Por fin dijo:

—Vamos a ver, empieza así...

Pero hasta que no se puso en pie y representó el poema como había hecho un momento antes,

no acertó a repetir una sola palabra. Era evidente que la acción le recordaba las palabras.

—Bien, ya te sabes la poesía —dijo Pam satisfecha.

Ahora no la olvidarás. ¡*Mademoiselle* estará muy contenta de *chérie* Doris mañana!

Sin embargo, al día siguiente, Doris no estaba llamada a gozar del favor de *Mademoiselle*. Su ejercicio de francés, lleno de faltas, aparecía tachado con el grueso lápiz azul de la profesora. *Mademoiselle* no escatimaba el uso de su lápiz azul cuando se enojaba. Daba pena ver una página que no había merecido su aprobación.

—¡Eh, Doris! —espetó *Mademoiselle* durante la clase.

Parece mentira que hayas sido alumna mía tantos trimestres y aún no sepas que mesa es femenino y no masculino en francés. Deberías estar en la escuela primaria. ¿Es posible que todavía no sepas pronunciar la «r» francesa? Todas las demás han aprendido. Eres una solemne estúpida, niña.

—Sí, *Mademoiselle* —aceptó la pobre Doris humildemente.

Le constaba que, cuando *Mademoiselle* se encolerizaba, era preferible adoptar una actitud sumisa. Pero, inexplicablemente, aquella vez la humildad de Doris irritó aún más a la profesora.

—Conque ahora te burlas de mí, ¿eh? ¿Por qué dices «sí, *Mademoiselle*», como si nunca hubieras roto un vaso? —exclamaba la francesa, confundiendo los términos como de costumbre.

Las muchachas se rieron por lo bajo.

—Querrá usted decir «*como si nunca hubiera roto un plato*» —sugirió Bobby.

—No me corrijas, Bobby —gruñó *Mademoiselle* exasperada—. Siempre estás interrumpiendo. Ponte de pie, Doris.

Doris se levantó, contrayendo sus risueños labios. Después representaría aquella escena para diversión de las muchachas. ¡Cómo se reirían!

—Tus deberes están muy mal. Ahora, veremos qué tal haces lo demás. ¿Te has aprendido la poesía? ¿Sí? ¡Pues recítala! ¡Empieza!

Doris no recordaba una sola palabra de la composición.

Miró a lo lejos, devanándose los sesos. Sabía que aparecían muchos animales en ella, pero ¿cuáles eran las palabras?

—Ayer se la aprendió, *Mademoiselle* —intervino Pam muy seria—. Se la oí recitar de arriba abajo sin mirar el libro ni una sola vez.

—En este caso, yo también quiero oírla ahora —insistió *Mademoiselle*—. Empieza, Doris.

Pam, sentada detrás de ella, le cuchicheó el primer verso. Doris empezó, más de pronto comprendió que no recordaría un solo verso si no representaba el poema. Lo malo era que no podía hacerlo delante de *Mademoiselle*, pues ésta era una entusiasta de la poesía francesa y, sin duda, lo tomaría a mal.

Bien, Doris, estoy aguardando pacientemente —la apremió *Mademoiselle*, aunque en aquel momento distaba mucho de sentirse paciente—. ¿Sabes o no sabes recitar esa poesía?

—Sí, sé —afirmó Doris—. Pero... pero sólo si la represento.

—Pues, hazlo —instó *Mademoiselle*, que había perdido por completo la paciencia—. Pero, si no dices la verdad, *ma chère* Doris, me quejaré a la señorita Theobald. Representala y procura no

equivocarte.

Total que, desesperada, Doris representó el poema francés a su ridícula y exagerada manera, meneándose, rumiando, anadeando y retozando. Naturalmente, no bien empezó a representarlo, lo recordó de arriba abajo sin una sola falta. No cabía duda que tenía una extraña memoria.

Las muchachas contemplaron, regocijadas, la interpretación de Doris del solemne poema, pero tenían la certeza de que *Mademoiselle* se enfadaría mucho. Afortunadamente, Claudina salvó la situación.

La francesita aplaudió complacida y, echando la cabeza hacia atrás, prorrumpió en contagiosas carcajadas mientras se sujetaba los costados con el cuerpo doblado por la cintura.

—¡Oh, *ma tante, ma tante!* —gritó a su tía—. ¡Qué lista y, maravillosa es Doris! ¡Qué bien lo representa! ¡Y sin una sola falta! ¡Ahora nunca olvidará este poema!

Mademoiselle se ajustó las gafas y, cambiando de expresión, soltó una alborozada carcajada, con gran alivio de toda la clase. Mientras *Mademoiselle* se lo tomase a risa, todo iría viento en popa.

Por último, mientras se quitaba las gafas y se enjugaba los llorosos ojos, *Mademoiselle* exclamó:

—¡Muy ingenioso, Doris, muy ingenioso! No es la mejor manera de recitar esa poesía, pero ha resultado muy ingenioso y divertido. Por esta vez, te perdono. Es verdad que sabes el poema y lo has recitado de un modo muy gracioso, ¿verdad, Claudina?

—Nosotras también lo recitaremos así —sugirió su sobrina, demostrando entusiasmo en sus ojos centelleantes de alborozo.

Pero *Mademoiselle* no pensaba llevar las cosas a aquel extremo.

—¡*Ah, mon Dieu!* —dijo—. Doris tiene un don especial.

Que lo haga esa muchacha, pase, pero que lo hagan catorce o quince, no resulta tan gracioso. ¡*Tiens!* Mirad el reloj. Hemos perdido la mitad de la clase con esa picara de Doris. Sacad los libros, por favor.

Doris descubrió que era capaz de aprender lo que fuera con tal de decirlo en voz alta y acompañar las palabras con ridículos gestos. Pero, a menudo, no podía repetir lo que había aprendido si no lo acompañaba con aquellos absurdos ademanes. A la señorita Willcox no le pareció gracioso. Según ella, aquello era hacer el bobo y resultaba de muy mal gusto.

Por otra parte, hacer semejante cosa en la clase de la señorita Cornwallis o en la de la señorita Theobald era de todo punto inconcebible. Y aunque las muchachas suplicaban encarecidamente a Doris que recitase las últimas reglas matemáticas con gestos de acompañamiento, ella no daba su brazo a torcer.

—No me interesa que me expulsen para que vosotras os riáis —replicó un día—. Debo seguir trabajando y conseguir que Pam me ayude en lo posible. Nunca seré una buena estudiante.

—¡Pero siempre serás capaz de hacer reír a la gente! —la consoló Isabel—. A mí me encantaría saber hacerlo y casi lo prefería a cualquier otra cosa, pero no tengo facultades.

—Pues yo preferiría escribir un libro o pintar un hermoso cuadro —intervino Alison.

—Y yo también —declaró Anne-Marie—. Realmente merece la pena dejar algo a la

posteridad, algo hecho o creado por nosotros.

—¡Fanáticas de Deirdre! —soltó Carlota burlescamente.

Alison había descubierto que la inicial del nombre de pila de la señorita Willcox era una «D» y le había preguntado a qué nombre correspondía.

—Es Deirdre —respondió la señorita Willcox.

Y a Alison se le antojó un nombre precioso, casi lo suficiente pintoresco para su adorada señorita Willcox. Deirdre Willcox. ¡Bonito nombre para una poetisa!

Alison se lo había dicho a Ángela y ésta informó a las demás. Tanto Anne-Marie como Alison estaban siempre detrás de la señorita Willcox y sus compañeras las llamaban «*fans de Deirdre*», cosa que las enojaba en gran medida. A la sazón, Alison se arrepentía de haber explicado cuál era el nombre de la señorita Willcox. Hubiera dado cualquier cosa por ser la única en conocerlo.

Ella y Anne-Marie se disputaban las atenciones de la señorita Willcox. Alison tenía celos de Anne-Marie porque ésta sabía escribir versos y porque la señorita Willcox la alentaba a enseñarle sus poesías. Y Anne-Marie tenía celos de Alison porque estaba segura de que la señorita Willcox la prefería a ella, lo cual era verdad. De hecho, la vehemencia de Anne-Marie rayaba la exageración.

—Sois un par de bobas —comentó Bobby, que no concebía aquel afán por adular—. ¿No os dais cuenta de que es imposible que una persona que alienta a un par de estúpidas como vosotras valga nada?

Pero estos comentarios despectivos sólo conseguían acrecentar la devoción de Alison y Anne-Marie por la profesora. Incluso motivaron un leve acercamiento mutuo en su común indignación, con gran regocijo de sus compañeras. Aquél curso las «*fans de Deirdre*» constituyeron con frecuencia un buen motivo de diversión.

Capítulo 6

ÁNGELA Y LAS ALUMNAS DE PRIMER GRADO

La pequeña Jane Teal reapareció en el campo de *lacrosse* y se entrenó concienzudamente, con gran satisfacción de Mirabel.

—¿Ves? —dijo ésta a Gladys, con aire de triunfo—. Un sencillo sermoncito ha hecho un gran bien a Jane Teal. En poco tiempo la convertiré en una excelente jugadora.

Gladys había observado que Jane había cumplido al pie de la letra las instrucciones de Mirabel, pero también pudo ver que la pequeña no parecía muy dichosa.

—Da la impresión de que no está muy contenta —comentó Gladys—. Además, no pone mucho entusiasmo en el entrenamiento. Apuesto a que Ángela le hizo pasar un mal rato cuando se enteró de que no iba a remendarle más la ropa.

—Mejor —murmuró Mirabel—. Es preferible que Jane venza esa tendencia estúpida. No puedo soportar que esas chiquillas vayan por ahí adorando a la gente.

—Pues muchas de ellas también sienten una gran admiración por ti —alegó Gladys—, y tú las aprecias muchísimo.

—Eso es diferente —respondió al punto Mirabel—. Me respetan porque soy la delegada de deportes, porque las obligo a trabajar duro y porque no soporto la estupidez.

De todos modos, insisto en que Jane parece triste —replicó Gladys—. No me mires con ese ceño, Mirabel. Al fin y al cabo, soy tu vicecapitana y tengo derecho a decirte lo que pienso.

Mirabel miró sorprendida a Gladys, que a menudo era llamada «*el ratoncito*» por sus compañeras debido a su carácter silencioso y apacible. Mirabel la apreciaba mucho. De hecho, Gladys era la única muchacha de la escuela por la que sentía verdadero afecto. Con todo, no podía consentir que Gladys le enmendara la plana. ¿De qué servía ser delegada si no tomaba sus decisiones y se atenía a ellas? A decir verdad, a Mirabel se le había subido un poco el cargo a la cabeza.

—Naturalmente, puedes decirme lo que quieras —replicó Mirabel, muy tiesa—, pero me temo que eso no significa que piense tomar en cuenta tus sugerencias, Gladys. Las escucharé, por supuesto, pero aquí la única que decide soy yo.

Gladys optó por callarse. ¡No iba a resultar fácil convivir con Mirabel aquel trimestre! Gladys hubiera deseado ser atrevida como Carlota, franca como Bobby o resuelta como Hilary. Las tres sabían llevar muy bien a las demás. En cambio, ella siempre temía ofenderlas o molestarlas.

Ángela excitó el entusiasmo de Violet Hill para castigar a la pobre Jane. La obsequió con uno de sus mejores pasadores para el pelo y con un libro. Naturalmente, eso provocó verdaderos arrebatos de alegría en la estúpida Violet, que se apresuró a mostrar los preciados objetos a Jane y a Sally.

—Mirad —les dijo—. ¿Verdad que Ángela es un sol? ¡Es tan generosa! ¡La considero

maravillosa! ¡Creo que fuiste una boba al pelearte con ella, Jane! ¡Opino que Ángela vale por tres Mirabeles!

Jane contempló con tristeza el libro y el pasador. Ángela nunca le había hecho ningún regalo. Deseaba tenerle antipatía, pero no podía. Cada vez que veía a aquella muchacha de cabellera dorada, con sus centelleantes ojos brillando como estrellas en su ovalado rostro, no podía evitar admirarla.

Sally se compadeció de Jane.

—Anímate —le dijo—. Ángela no es digna de que nadie se preocupe por ella. Estoy segura de que mima a Violet con única intención de darte celos. Opino que se está portando muy mal.

Pero, a pesar de sentirse ofendida, Jane no consentía que nadie hablase mal de Ángela. En cuanto a Violet, también se mostró enojada ante los comentarios de Sally.

—¡Cómo si Ángela me obsequiase para dar celos a Jane! —protestó la chiquilla vehemente—. Si quieres que te diga la verdad, creo que me hizo esos regalos por lo bien que le remendé su blusa azul. Pasé horas cosiendo.

—¿Así que le remiendas la ropa? —preguntó Jane con envidia.

—¡Por supuesto! —asintió Violet—. Me tiene sin cuidado lo que me diga Mirabel. Si prefiero trabajar para Ángela, nadie puede impedírmelo.

Violet habló a Ángela del decaído estado de ánimo en que se encontraba Jane, de lo cual Ángela se alegró. Era muy rencorosa cuando algo la contrariaba. Se mostraba particularmente cariñosa con Violet y con la otra alumna de primer grado que la sustituía en ocasiones. Ni que decir tiene que ambas muchachas la consideraban el ser más maravilloso del pensionado.

Antoinette, la hermana de Claudina, también tenía que ayudar a las alumnas de quinto y sexto grado en más de una ocasión. Pero, como no le gustaba Ángela, siempre daba alguna excusa para no acudir a su estudio, incluso cuando recibía un recado urgente para presentarse allí.

—Ésa hermana tuya es una calamidad —se lamentó Ángela a Claudina—. ¿No puedes inculcarle un poco de sensatez, Claudina? Ayer, cuando mandé a por ella, contestó que estaba ensayando, ¡y ahora me entero de que ni siquiera estudia música!

—A lo mejor hacía otra clase de ensayos —sugirió Claudina, en son de duda y cortésmente—. Tal vez jugaba al *lacrosse*.

—¡No seas boba! —resopló Ángela—. Antoinette evita los deportes como tú. La sola idea de que pueda pasar un rato entrenándose es absurda. Aseguraría que tú le inculcas estos malos hábitos y le enseñas a esquivar lo que no le gusta.

Claudina se mostró sorprendida.

—¡Pero si a Antoinette le encanta todo lo de este colegio inglés!

—No finjas, Claudina —replicó Ángela exasperada.

Pensé que, con el tiempo que llevas aquí, te habrías vuelto un poco más inglesa. ¡Pero sigues tan francesa cómo siempre!

Pese a aquel ofensivo lenguaje, Claudina no perdió los estribos.

—Me alegro de ser francesa —respondió en tono alegre y cordial—. Porque si fuera inglesa, podría haberme parecido a ti, Ángela, y no hubiera podido soportarlo. ¡Prefiero mil veces ser una

Claudina francesa que una Ángela inglesa!

A Ángela no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada ante semejante salida y, cuando, por fin, recobró el habla, observó que Claudina se había acercado a hablar con *Mademoiselle*. Ángela comprendió que su compañera había hecho aquello adrede, pues nadie se atrevería a atacarla con *Mademoiselle* al lado. La profesora de francés era muy adicta a sus sobrinas.

«*Está bien —pensó Ángela con rencor—. Obligaré a esa escurridiza hermana suya a servirme en cuanto se me antoje. Hablaré con Hilary de la cuestión y ella ordenará a Antoinette que se presente sin excusas cuando yo o Alison mandemos por ella*».

Hilary sabía que Antoinette era muy remolona cuando alguien la requería para algo, pero también estaba enterada de que Ángela abusaba de las pequeñas y de que se valía de su encanto y su belleza para convertirlas en pequeñas esclavas. Por consiguiente, no se mostró muy solícita con Ángela cuando ésta acudió a contarle el caso de Antoinette.

—Le diré que debe obedecer a las alumnas de quinto y sexto grado —prometió Hilary—. Pero por favor, Ángela, no te excedas. La mayoría de nosotras sabemos que abusas de tu poder en ese sentido.

—¿Y qué me dices de Mirabel? —saltó Ángela—. ¿No crees que se excede en sus funciones? ¡Está insoportable este trimestre! ¡Todo porque es delegada de deportes!

—No hay que mezclar en esto a Mirabel —replicó Hilary—. Lo que todas debemos comprender este trimestre, el último que nos queda antes de pasar a sexto grado, es que en el quinto grado asumimos por primera vez responsabilidades y gozamos de ciertos privilegios sobre las demás. Pero este poder no nos ha sido otorgado para pasar el rato y divertirnos, Ángela, como tú parece suponer. Nos ha sido dado para utilizarlo debidamente.

—No me des sermones —gruñó Ángela—. ¿Es que no vamos a pasar más buenos ratos en Santa Clara? Todas somos serias y formales. Y Bobby y Jane ya no gastan bromas en clase. Se acabaron las fiestas nocturnas. Ya no hay...

—Recuerda que debemos estudiar mucho —murmuró Hilary al alejarse—. Es imposible estudiar y hacer el bobo a la vez. Aguarda a que pasen los exámenes y entonces ya procuraremos divertirnos un poco.

Hilary habló con Antoinette. La pequeña francesita de ojos oscuros la escuchó con extrema cortesía.

—Sí, Hilary —prometió Antoinette—. Me presentaré cuando Ángela mande por mí. ¡Pero siempre lo hace en el momento en que estoy tan ocupada!

—Pues, en tal caso, excúsate conmigo, no con Ángela —respondió Hilary con firmeza.

Antoinette miró a Hilary y suspiró. Sabía que ésta no se creería sus excusas y que insistiría, con su firmeza y cortesía habituales, en que cumpliera con su obligación.

Ángela se alegró mucho al ver que Hilary hablaba con Antoinette y decidió fastidiar de veras a la francesa. Ella le enseñaría a apechugar sin rechistar.

—Oye, Violet —dijo a su pequeña admiradora—. No te necesitaré en unos días. Mándame a Antoinette en tu lugar.

—Pero, Ángela —exclamó Violet consternada—, ¿es que no te hago las cosas bien? Antoinette

es muy chapucera. ¡No sabe hacer nada! Te lo aseguro. ¡Deja que te sirva yo!

—Antoinette sabe coser y zurcir muy bien —declaró Ángela, complaciéndose en herir a Violet, que se había mostrado muy servil aquella mañana—. Hiciste un zurcido horrible en uno de mis calcetines de tenis.

Violet salió de la habitación bañada en lágrimas.

—Basta ya de ese juego, Ángela —protestó Alison mientras levantaba la vista del libro que estaba estudiando—. Creo que haces muy mal al obligar a las chiquillas a que te adoren para portarte luego así con ellas. Sin embargo, apuesto a que Antoinette será más dura de pelar. Ella no te idolatra como ésa. Tiene más sentido común.

—Si yo quisiera, me adoraría —alardeó Ángela, consciente del poder de su belleza y sus sonrisas y de que podía desparramar encanto como aquel que abre un grifo de agua.

—No te hagas ilusiones —respondió Alison—. Es como Claudina. Conoce a las personas enseguida, las clasifica y reparte a su gusto las simpatías o las antipatías.

—Apuesto a que conseguiré que Antoinette me admire tanto como cualquiera de esas necias chiquillas —insistió Ángela—. Tú estate atenta. Te llevarás una sorpresa, Alison.

—Estaré atenta, pero no habrá sorpresa, te lo aseguro —vaticinó Alison—. ¡Conozco a la pequeña Antoinette mejor que tú!

Capítulo 7

ANTOINETTE DERROTA A ÁNGELA

La siguiente vez que fue requerida, Antoinette acudió presurosa, prodigando sonrisas. Tenía el mismo aspecto elegante y atildado que Claudina, y mostraba un aire inocente y una agudeza fuera de lo común. La señorita Jenks, la profesora de segundo grado, había descubierto ya que debía desconfiar de la expresión de inocencia de la chiquilla. Casi siempre aquel aire inocente era indicio de que Antoinette había hecho alguna travesura o se disponía a hacerla.

—¿Me has mandado llamar, Ángela?

—Sí —asintió Ángela, esbozando una de sus rutilantes sonrisas—. Por favor, Antoinette, ¿quieres limpiar aquellos zapatos pardos que hay allí? Estoy segura de que los dejarás impecables.

Antoinette contempló la radiante sonrisa de Ángela y sonrió a su vez. Ésta creyó captar en sus ojos un destello de profunda admiración.

—¿Dónde está el betún? —preguntó Antoinette cortésmente.

—Lo encontrarás en el armario, en el estante superior —respondió Ángela—. ¡Qué fina y elegante estás siempre, Antoinette! Igual que Claudina.

—¿Verdad que es maravillosa, Claudina? —ensalzó Antoinette—. ¿Sabes, Ángela? Tengo cinco hermanas y las quiero a todas, pero Claudina es mi favorita. Podría contarte cosas de ella que te maravillarían, que te harían desear tener tú también una hermana como ella y...

Pero Ángela no tenía el menor interés de oír alabanzas de Claudina ni deseaba en absoluto tener una hermana como ella. Prefería ser hija única, mimada y consentida. ¡Las que tenían hermanas debían compartirlo todo con ellas!

—Ya sabes, el betún está en el estante superior del armario —repitió Ángela un poco menos sonriente.

—¡Ah, sí, el betún! —exclamó Antoinette, dando un paso, uno sólo, hacia el armario—. Pero Claudina no es la única hermana maravillosa que tengo. Además, está Louise. ¡Ah! Quisiera ser capaz de describírtela. Louise sabe hacer toda clase de bordados y, cuando tenía nueve años, ganó...

—Será mejor que te decidas a limpiarme los zapatos, Antoinette —interrumpió Ángela, que empezaba a perder la paciencia.

Los ojos de Antoinette mostraron una expresión ofendida y Ángela se apresuró a esbozar de nuevo su radiante sonrisa. Bajo su influjo, Antoinette se reanimó al instante y dio otro paso en dirección al armario.

La chiquilla abrió la boca con el evidente fin de seguir encomiando a Louise o a alguna otra hermana, pero Ángela tomó un libro de encima de la mesa y fingió enfrascarse en su lectura.

—Procura no hablar ahora —dijo a Antoinette—. Tengo que estudiar un poco.

Antoinette se dirigió al armario y, tras coger una silla, se subió a ella para alcanzar el betún.

Luego bajó de nuevo al suelo con un bote en la mano y una secreta sonrisa en los labios, parecida a la que esbozaba Claudina en ocasiones. Ángela no advirtió aquella sonrisa.

Antoinette buscó un paño suave y un cepillo, y procedió a su tarea. Untó los zapatos de crema, les pasó el cepillo y luego los frotó vigorosamente con el paño. Por último, sosteniendo los zapatos a distancia, como para comprobar su efecto, los contempló con orgullo.

—¿Ya están? —preguntó Ángela sin levantar la vista del libro para evitar que Antoinette empezase a hablar de nuevo.

—Sí, ya están listos —afirmó Antoinette—. ¿Quieres que te limpie otro par, Ángela? Es un placer trabajar para ti.

Ángela acogió esa declaración con complacencia. Ah, Alison no tardaría en convencerse de que era capaz de atraerse el afecto de Antoinette con la misma facilidad que el de cualquier otra.

—Sí, Antoinette —contestó con una dulce sonrisa—. Limpia todos los zapatos que quieras. ¡Qué bien te han quedado éstos!

—¿Verdad que sí? —convino Antoinette—. Además, son unos zapatos preciosos. No hay ninguna chica en la escuela que vista tan bien como tú, Ángela. Llevas unos vestidos muy bien hechos y primorosamente cosidos. Tienes más chic que las demás muchachas. ¡Merecerías ser parisiense!

—He estado en París y he comprado vestidos allí dos o tres veces —declaró Ángela. Pero, cuando se disponía a describir aquellos vestidos, Antoinette volvió a la carga.

—¡Hablando de vestidos! ¡Me gustaría que vieras los que tiene mi hermana Jeanne! Son una maravilla, como los que venden en las tiendas de París. Pero se los hace todos ella con sus hábiles manos. ¡Si vieras qué estilo, qué chic, qué...!

—Al parecer, tienes una colección de hermanas muy dotadas —atajó Ángela sarcástica. Pero Antoinette, sin dar muestras de percatarse del tono mordaz de su interlocutora, continuó:

—¡Es verdad! ¡Y eso que aún no te he contado nada de Marie! Mi hermana Marie...

—Vamos, Antoinette, acaba de limpiar esos zapatos y déjame seguir estudiando —interrumpió Ángela, incapaz de soportar el panegírico de otra hermana de Antoinette—. ¡Sé buena! —agregó, adoptando un tono afable.

—Sí, Ángela, sí —asintió Antoinette radiante—. Soy demasiado charlatana, ¿verdad?

—Nada de eso, Antoinette —respondió Ángela—. Tu conversación es muy agradable, pero tengo que estudiar. Y, ahora, continúa con tu tarea.

Antoinette no insistió y procedió a limpiar otros tres pares de zapatos. Luego los puso en un rincón y echó el bote vacío a la papelera.

—Ya he terminado, Ángela —declaró—. Ahora me voy.

Mañana también me necesitarás, ¿no?

—Sí, ven mañana a la misma hora —murmuró Ángela mientras esbozaba de nuevo una encantadora sonrisa y echaba hacia atrás su fulgurante cabellera—. Me has limpiado muy bien los zapatos. Gracias, muchacha.

Antoinette salió de la estancia como un ratón. En un extremo del pasillo encontró a Claudina.

—¿De dónde vienes, Antoinette? —preguntó su hermana, arqueando las cejas—. No tienes

derecho a meterse en los estudios de quinto grado, a menos que hayas sido requerida por alguna alumna.

—He estado limpiando todos los zapatos de Ángela —le explicó Antoinette con gravedad.

Luego, tras echar una rápida ojeada a ambos lados del comedor para percatarse de que no había moros en la costa, dijo rápidamente unas palabras en francés. Claudina se echó a reír con su peculiar risa contagiosa y, fingiendo tirar de las orejas a su hermana, profirió:

—*¡Tiens, quelle méchante fille!* ¿Qué dirá Ángela?

Antoinette se encogió de hombros y desapareció con una sonrisa. Claudina prosiguió su camino y se detuvo ante el estudio de Ángela. En su interior se oían voces. Alison estaba también allí. Claudina abrió la puerta.

—Hola la saludó Alison. —¿Vienes a buscar aquel libro que te prometí? Aguarda un momento. Ya está preparado.

Entonces, la muchacha se fijó en los diversos pares de zapatos de Ángela, relucientes en un rincón.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Te los ha limpiado la pequeña Violet? ¡Normalmente ella no los deja tan brillantes!

—No, los ha limpiado Antoinette —replicó Ángela—. Me ha contado muchas cosas de tus hermanas, Claudina.

—¡Ah, sí! —exclamó Claudina—. De mi hermana Louise, mi hermana Marie y mi hermana...

—¡Por el amor de Dios, no vuelvas a empezar! —suplicó Ángela—. ¿Qué sucede, Alison? ¿Qué miras?

—¿Ya has gastado toda tu estupenda crema facial? —interrogó Alison, en tono sorprendido, cogiendo un bote vacío del interior de la papelera—. ¡Ángela! ¡Qué despilfarradora eres! ¡Ayer estaba casi intacta y hoy ya no queda ni rastro! ¿Qué has hecho con ella?

—Nada —respondió Ángela alarmada—. Casi nunca la uso porque es carísima y difícil de encontrar. La guardo para ocasiones muy especiales. ¿Qué habrá pasado con ella? ¡Pues es verdad! ¡El bote está vacío!

Las dos muchachas se miraron desconcertadas. Claudina se hallaba sentada en el borde de la mesa, columpiando un pie con semblante impasible. Entonces Ángela, tras dar una fuerte palmada sobre la mesa, exclamó encolerizada:

—¡Ha sido esa estúpida de Antoinette! ¡Ha limpiado los zapatos con mi mejor crema facial! ¡Oh, qué necia! ¡Pensar que la ha gastado toda en los zapatos!

—Pero están preciosos —contestó Claudina—. A lo mejor, Antoinette pensó que el betún vulgar no bastaba para esos zapatos tan bonitos.

—Es una estúpida —replicó Ángela—. No volveré a llamarla nunca más.

—Tal vez lo ha hecho adrede para que no vuelvas a llamarla —dijo Alison secamente—. Nuestra querida Claudina hubiera hecho lo mismo en semejantes circunstancias, ¿no, Claudina?

—¿Así quieres que diga a Antoinette que no la necesitas más porque te has enfadado mucho por su estupidez? —le preguntó Claudina—. ¡Qué triste se pondrá, la pobrecilla!

Ángela reflexionó. Estaba segura de que Antoinette había actuado así por error. Tenía la

certeza de que la muchacha le profesaba demasiada admiración para gustarle aquella broma. ¡Qué emocionada había correspondido a su sonrisa! No, sin duda la chiquilla se había equivocado de verdad. Debía darle otra oportunidad.

—Volveré a llamarla —decidió Ángela—. La perdono.

Todos nos equivocamos a veces.

—¡Y que lo digas! —convino Claudina—. Mi hermana Marie casi nunca se equivoca, pero una vez...

—¡Oh, márchate ya! —la interrumpió Ángela con grosería—. ¡Ya es bastante penitencia la que tenemos con soportaros a ti y a Antoinette para encima tener que oír tanta cháchara sobre vuestra colección de hermanas!

Claudina se retiró graciosamente y fue en busca de Antoinette para informarle con todo detalle del éxito de su truco.

—*C'est bien!* —masculló Antoinette, sonriendo—. ¡Magnífico! ¡La próxima vez volveré a las andadas!

Al día siguiente, Ángela mandó de nuevo por ella. Antoinette entró en el estudio con la cabeza gacha y la expresión abatida.

—¡Oh, Ángela! —murmuró humildemente—. Mi hermana Claudina me ha dicho el disparate que hice ayer. ¿Cómo pude ser tan necia? Te ruego que me perdones.

—Está bien, Antoinette —accedió Ángela—. No pongas esa cara tan triste. A propósito, creo que te llamaré Toni. Resulta mucho más cordial que llamarte Antoinette, ¿no te parece?

Antoinette dio muestras de acoger esa idea con auténtico arrobamiento. Ángela sonrió complacida. ¡Qué fácil era manejar a aquellas pequeñas! En fin, explotaría todo lo que pudiera a aquella estúpida francesa, la dominaría por completo y luego la mandaría a paseo para darle una lección.

—¿Qué quieres que haga hoy? —inquirió Antoinette en tono humilde—. ¿Qué limpie más zapatos?

—No —respondió Ángela—. Nada de zapatos. Prepara unas tostadas de anchoas, Toni.

—¿Cómo? —exclamó Antoinette sin comprender.

—¡Vaya por Dios! —suspiró Ángela—. ¿No sabes lo que son tostadas de anchoas? Verás, primero prepara unas tostadas normales con mantequilla, ¡y, por amor de Dios, tuesta el pan antes de poner la mantequilla!, y luego úntalas con pasta de anchoas. La encontrarás en el armario. Prepara las suficientes para tres personas. Anne-Marie vendrá a merendar con nosotras para leernos su nuevo poema.

—¡Ah, la maravillosa Anne-Marie! —ensalzó Antoinette sacando el pan—. Una de mis hermanas, la que se llama Louise, escribió una vez un poema y...

—¡Oye, Toni! —atajó Ángela mientras se levantaba precipitadamente—. Tengo que salir a ver a una amiga. Continúa con las tostadas y procura quedar bien para compensar tu estupidez de ayer.

—Descuida, Ángela —la tranquilizó Antoinette con vehemencia, tostando una rebanada de pan en el fuego—. Tu pequeña Toni te preparará las mejores tostadas que has comido en tu vida.

Ángela salió del aposento, dispuesta a no volver hasta que Antoinette hubiese dado fin a su

tarea y vuelto a sus dominios. ¡Menuda charlatana! ¡Nunca paraba de hablar de su familia! ¡A lo mejor le daba por hablar también de sus hermanos, si los tenía!

En cuanto Ángela salió de la habitación, Antoinette dejó a un lado su candidez y se concentró en su tarea. Preparó seis tostadas con mucha diligencia y las untó con mantequilla. Luego, tomó un bote del estante del armario, más no precisamente el de pasta de anchoas, sino el de betún de color pardo que tendría que haber usado el día anterior.

Tenía el mismo aspecto que la pasta de anchoas. Cuidadosamente, la pequeña picarona extendió la pasta parda sobre el pan, apiló las tostadas en un plato y lo colocó todo junto al fuego para que se conservase caliente. Luego salió de la habitación y se dirigió directamente a la bulliciosa sala común de su grado.

Al poco rato, Alison volvió al estudio y tomó asiento al lado del fuego. Algo más tarde, Ángela asomó la cabeza y, tras comprobar con alivio que Antoinette ya se había ido, exclamó:

—¡No podría estar ni un minuto más en esta habitación con aquella horrible charlatana alardeando de sus hermanas! ¡Menos mal que, ha preparado un buen lote de tostadas! ¡Hola! ¡Aquí viene Anne-Marie!

Anne-Marie entró con el semblante pálido y los ojos sombríos y ojerosos.

—Pareces fatigada —comentó Ángela—. ¿Te quedaste a trabajar anoche? Ojalá supiera escribir poesías como tú, Anne-Marie.

—Estuve trabajando en un poema hasta después de medianoche —explicó Anne-Marie con voz intensa—. Afortunadamente, nadie vio la luz encendida en mi estudio. ¡Ah, qué estupendo! ¡El té está a punto! Merendaremos un poco y luego os leeré mi última poesía.

Capítulo 8

TRES MUCHACHAS DISGUSTADAS

Ángela dispuso las tostadas en la mesa.

—Mandé a Antoinette que nos preparase estas tostadas —dijo—. Tienen buen aspecto, ¿verdad? Toma una, Anne-Marie.

Anne-Marie tomó la que coronaba el montón. Despedía un olor muy peculiar. Anne-Marie la miró recelosamente.

—No temas, está bien —le tranquilizó Alison, al ver su expresión—. Las anchoas siempre dan un olor un poco raro.

Ella y Anne-Marie tomaron un buen bocado de sus respectivas tostadas al mismo tiempo. El betún tenía un sabor horrible. Anne-Marie escupió al momento su bocado encima de la mesa. Alison, haciendo gala de mejores modales, escupió el suyo en su pañuelo. Ángela dio un mordisquito a su tostada antes de advertir la actitud de las demás.

Inmediatamente escupió también su porción y, apretándose la boca con las manos, gritó:

—¡Oh, oh! ¿Qué es esto? ¡Me han envenenado!

La muchacha se precipitó al baño más cercano y sus compañeras la siguieron con la lengua fuera. Anne-Marie se mareó en cuanto llegó al cuarto de baño. Tuvo que sentarse y, con los ojos llenos de lágrimas, barbotó:

—¡Pero qué pasta más espantosa, Ángela! ¿Cómo se te ha ocurrido comprar esta porquería?

—¡Qué horrible! —farfulló Alison, enjuagándose la boca una y otra vez—. ¡Lástima de tostadas! ¡Qué desastre! Ángela, ¿de dónde has sacado semejante cosa? Nunca había comido anchoas con este sabor y espero no volver a comerlas en mi vida. ¡Uf!

Ángela sentía náuseas. Estaba enojadísima. ¿Qué demonios había hecho aquella estúpida de Antoinette? Las tres volvieron al estudio y Ángela abrió la puerta del pequeño armario para examinar el tarro de anchoas. Estaba intacto. Eso significaba que Antoinette no lo había usado. En tal caso, ¿de qué había echado mano? Aparte de la pasta de anchoas, sólo había mermelada.

Alison tomó el bote de betún pardo y lo abrió. Estaba prácticamente vacío.

—¡Mirad! —exclamó Alison, indignada—. ¡Ésa chica untó todas las tostadas con el betún! Merece una buena azotaina.

Ángela estaba pálida de ira. Se asomó al pasillo y gritó a una alumna de primer grado que pasaba por allí:

—¡Eh, Molly! Ve a decir a Antoinette que venga acá inmediatamente.

—Sí, Ángela —asintió Molly, alejándose.

Al poco, compareció Antoinette con sus ojos oscuros desencajados de temor y sus labios temblorosos de emoción.

—¡Antoinette! —exclamó Ángela, casi a voz en grito.

¿Cómo te atreviste a poner betún en nuestras tostadas? Podrías habernos envenenado. Pero ¿es que no sabes distinguir entre la pasta de anchoas y la crema de calzado, so estúpida?

Por tu culpa, nos hemos mareado las tres. Probablemente, el ama se enterará de lo ocurrido. Habrá que dar parte a la señorita Jenks, que...

—Por favor, no riñas así a tu pequeña Toni —suplicó Antoinette—. ¡Has sido tan amable conmigo, Ángela! Además, me sonreíste y me llamaste Toni. ¡No me riñas así! Sacrificaré mi hora de merendar para haceros más tostadas, pero esta vez las untaré con anchoas. No me equivocaré.

—Si crees que voy a fiarme de ti para que me hagas una sola cosa más, te equivocas —respondió Ángela, todavía con el horrible gusto del betún en la boca—. Debería haberme figurado que una francesa daría mal resultado. Te repito que, por tu culpa, nos hemos mareado las tres.

—Lo siento en el alma —sollozó Antoinette—. ¡Oh, Ángela! ¡Te ruego que me dejes volver mañana! Mañana me portaré bien, muy bien. Mañana volverás a sonreírme y a llamarme Toni.

—Mañana llamaré a Violet Hill —gruñó Ángela—. Vete de aquí, Antoinette. Eres una verdadera amenaza.

Antoinette se retiró. Una vez restablecida la paz, Ángela masculló:

—Mañana se arrepentirá de no haber sido más sensata. ¡Le está bien merecido! Me porté muy bien con ella y ella me tenía en gran concepto, pero no puedo tratar con estúpidas. ¡Tendrá un disgusto cuando vea que no pienso darle otra oportunidad!

—Ya no tengo ganas de merendar —murmuró Alison al contemplar las sobras de las tostadas con repugnancia—. ¿Y tú, Anne-Marie?

Tampoco —respondió Anne-Marie con un estremecimiento—. Aún estoy mareada. Ni siquiera me siento con fuerzas para leer mi poema. El betún y la poesía no armonizan muy bien.

—¡Por favor, Anne-Marie, léenoslo! —suplicó Ángela, que admiraba sinceramente sus poemas—. ¿Sobre qué trata?

—Sobre la tristeza de la primavera —le contestó Anne-Marie, mientras buscaba el papel en el que estaba escrita la poesía—. Es una composición muy triste.

—Todas tus poesías son tristes —observó Alison—. ¿A qué se debe eso? Me gustan los poemas alegres.

—Yo no soy una persona alegre —declaró Anne-Marie con aire solemne y vehemente—. Los poetas no suelen serlo, ¿sabes?

—Pero algunos lo han sido —objetó Alison—. Conozco infinidad de versos optimistas.

—Cállate, Alison —ordenó Ángela—. Vamos, Anne-Marie, lee tu poema.

Anne-Marie inició la lectura. Era una poesía muy doliente, llena de vocablos altisonantes y bastante aburrida. Ni a Alison ni a Ángela les entusiasmaba mucho, pero ambas muchachas no podían evitar sentirse impresionadas. ¿Cómo se las arreglaba Anne-Marie para escribir de aquel modo? ¡Debía de ser un genio!

—Me figuro que te resulta muy agradable compartir el estudio con Felicity —comentó Alison—, puesto que ella siente tanto entusiasmo por la música como tú por la poesía. Deberías convencerla para que pusiera música a algunos de tus poemas. Sin duda alguna sería maravilloso.

—Ya se lo propuse, pero no quiso —dijo Anne-Marie sucintamente.

La verdad era que Felicity no daba el menor valor a las poesías de Anne-Marie, lo cual era muy humillante para ésta.

—Si escribes algo sincero, compondré un acompañamiento —había prometido Felicity—. Entretanto, no quiero estropear mi música con material de segunda categoría.

De pronto, se abrió la puerta y el ama asomó la cabeza por ella.

—Me he enterado de que habéis tomado una dosis de betún. Supongo que no es nada serio.

Ángela vio la ocasión de poner a Antoinette en un apuro y exageró la cuestión cuanto pudo.

—¡Oh, ama! ¡Fue horrible! Nos pusimos la boca llena de esa porquería. Probablemente, Anne-Marie debió de tragar bastante, porque vomitó. No me sorprendería que esta noche nos pusiéramos gravemente enfermas.

—Estoy segura de que me tragué algo —corroboró Anne-Marie con expresión solemne—. Creo que a todas nos pasó lo mismo.

—En este caso, debéis acompañarme a la enfermería —dijo el ama—. Ése betún contiene un ingrediente tóxico capaz de producirnos una irritación por espacio de una semana como mínimo. Conviene, pues, que toméis algo para neutralizarlo. Venid conmigo inmediatamente.

Las tres muchachas la miraron, alarmadas. No podían soportar las medicinas del ama. ¡Eran tan nauseabundas! Ángela se arrepintió profundamente de haber exagerado tanto.

Con intención de desdecirse, la muchacha exclamó con una risita:

—Verá usted, ama. La cosa no es tan alarmante como parece. Prácticamente lo escupimos todo y, además, nos enjuagamos la boca enseguida. Ahora estamos perfectamente.

—Es posible —convino el ama—. Pero prefiero asegurarme. No me interesa que paséis una semana en cama con un problema intestinal. Venid conmigo. Tengo algo ideal para evitar toda molestia.

—Pero, ama... —empezó Alison.

Fue inútil. Una vez había tomado una decisión, era imposible convencer al ama. En consecuencia, las tres muchachas tuvieron que levantarse y seguirla, alicaídas y humilladas. Por lo regular, el ama dejaba que las alumnas de quinto y sexto grado se cuidasen solas y rara vez las importunaba con medicinas. De modo que, en ese momento, las tres muchachas se sentían como novatas de primer o segundo grado, mientras se dirigían a la enfermería.

El ama midió las dosis y administró una cucharada de medicina a cada una. ¡Sabía casi tan mal como las tostadas con betún!

—¡Uf! —gruñó Alison, que intentaba quitarse el mal gusto de la boca—. ¿Por qué no compra usted medicinas más agradables de tomar, ama? ¡Nunca había ingerido ninguna tan detestable como ésta!

—Pues aquí tengo otra todavía peor —aseguró el ama.

¿Te gustaría probarla?

—¡Ni hablar! —respondió Alison.

De pronto, la asaltó una idea.

—Oiga usted, ama —dijo—. ¿Cómo se ha enterado usted de que habíamos tomado tostadas

con betún? No se lo hemos dicho a nadie. ¿Quién se lo ha contado?

—¿Quién iba a ser? —contestó el ama, tapando el frasco—. ¡La pobrecilla Antoinette! Vino a verme en un terrible estado de nervios y me dijo que os había envenenado a las tres sin querer y que no podía soportar la idea de que murierais por la noche. Me rogó que hiciera algo por vosotras.

Las tres muchachas escucharon esta declaración con encontrados sentimientos. ¡De modo que aquella plaga de Antoinette no sólo les había hecho tragar las tostadas de betún, sino, además, la medicina del ama!

—No tenéis ni idea de lo trastornada que estaba —prosiguió el ama animadamente—. ¡Pobrecilla! ¡Qué pena me dio!

Una chica inglesa se lo hubiese tomado a guasa, pero Antoinette estaba tan desesperada, que tuve que consolarla y darle un poco de chocolate. ¡Es maravilloso comprobar cómo calma los nervios de esas pequeñas de primero y segundo grado el chocolate! Son verdaderas crías.

La idea de Antoinette comiéndose el chocolate del ama era demasiado para Ángela, Alison y Anne-Marie. En consecuencia, tomaron la decisión de encararse con la chiquilla y decirle lo que pensaban de ella.

—¿Sabe usted dónde está Antoinette, ama? —preguntó Ángela deseosa de librar su boca del regusto del betún y la medicina combinados.

—La mandé con *Mademoiselle*, su tía —contestó el ama—. Estoy segura de que la buena señora la consolará y la convencerá de que la cosa no es tan grave como se figura. ¿A quién se le ocurre pensar que os había envenenado?

Las tres amigas volvieron al estudio. No era el momento de ir en busca de Antoinette. A buen seguro, estaría merendando opíparamente con *Mademoiselle*, que, sin duda, haría lo posible por animarla y tranquilizarla, asegurándole que todo estaba en orden y diciéndole que no se preocupase, porque un error era un error, todo ello salpicado de exclamaciones como: *¡pauvre petite Antoinette!*

—Mañana la llamaré y la haré trabajar como una negra —refunfuñó Ángela airadamente—. Le dije que no la necesitaba más, pero ahora lo he pensado mejor. Se arrepentirá de haber gastado esas bromas. ¿Habrás visto tamaña ladina? ¡Pensar que ha acudido al ama para hacer toda esa comedia! ¡Es peor que Claudina!

Alison se alarmó ante la idea de que Ángela proyectase encargarse de más trabajo a Antoinette en el estudio de ambas.

—¡Por amor de Dios! —dijo a Ángela—. ¡No seas boba!

¡No debemos vengarnos de Antoinette! ¡Es demasiado lista! Hará algún desaguisado peor que los anteriores. ¡Ya te advertí que no sería como las otras, boba y servil! ¡Te dije que te tomaría el pelo! Te dije...

—Basta ya, Alison —interrumpió Ángela—. Detesto a la gente que repite «¡Te dije, te dije!». Si crees que va a volver a las andadas, me abstendré de llamarla de nuevo. Acabaría por envenenarnos. De todos modos, tengo ganas de darle su merecido.

—En parte todo esto es culpa tuya —acusó Alison—. Si hubieses tratado a las pequeñas como

las demás, esto es con cordura y sensatez, no habríamos tenido estos contratiempos.

Anne-Marie juzgó llegado el momento de despedirse. Solía decir que las disputas alteraban sus sentimientos poéticos. De modo que se fue, llevándose su lúgubre poema.

—Es preferible que no digamos una palabra de esto a nadie —aconsejó Ángela—. De lo contrario, todo el colegio se reirá de nosotras. Echaremos tierra encima.

Más, ¡ay!, sus planes fracasaron. Antoinette contó la historia a todo el mundo y, muy pronto, el colegio en su totalidad se refocilaba con la broma. Ángela se puso furiosa, pues detestaba que se rieran de ella. Alison también se sintió humillada, ya que la cosa llegó incluso a los oídos de la señorita Willcox, que no pudo evitar reírse de ella y de Anne-Marie con este comentario:

—¿Qué os parece si escribierais un pequeño ensayo sobre la «*Pasta de Anchoas*»? ¡Pobre Alison, pobre Anne-Marie! ¡Qué vergüenza!

Capítulo 9

LA SEÑORITA WILLCOX ESTÁ DE MAL HUMOR

La señorita Willcox estaba de mal humor. Sus editores acababan de devolverle su segundo libro de poesías, con una cortés nota que decía que sus poemas no eran tan buenos como los primeros y que, por tanto, no pensaban publicarlos.

La señorita Willcox tenía una excelente opinión de sus escritos, al igual que Anne-Marie de sus poesías, y se jactaba de antemano de su segundo libro de poesías. Pero ahora no iba a ser publicado. Se sentía desilusionada y, como suele sucederle a muchos caracteres débiles, su desilusión se trocó en resentimiento, en lugar de traducirse en deseos de seguir adelante y perfeccionarse.

Aquella mañana acudió a su clase de literatura inglesa con expresión algo ceñuda y ánimo poco inclinado a soportar ninguna tontería o deficiencia de sus alumnas.

En conjunto, las muchachas estudiaban mucho, tanto más cuanto las lecciones de la señorita Willcox eran interesantes. No obstante, Alma Pudden no estaba a la altura de las demás y Doris no conseguía aprender nada de memoria, a menos que le permitiesen representar lo que decía. En cuanto a Felicity, lo único que le interesaba en realidad era si los poemas o dramas despertaban su sentido del ritmo y de la música.

Aquella mañana las muchachas estaban algo fatigadas. Habían pasado media hora agotadora con la profesora de gimnasia quien, con su habitual actividad, las había sometido a una buena sesión de ejercicios vigorosos. Después, habían soportado tres laboriosos cuartos de hora en la clase de matemáticas y ahora tenían clase de literatura. Las alumnas necesitaban un poco de descanso, pero allí estaba la señorita Willcox exigiéndoles profunda concentración y atención.

A Carlota se le escapó un enorme bostezo que atrajo la ira de la señorita Willcox sobre ella. Luego, Claudina pidió permiso para salir de clase por sentirse indispuesta.

—Es sorprendente la frecuencia con que te las arreglas para sentirte indispuesta cuando quieres zafarte de parte de la lección —comentó la señorita Willcox, irritada—. Por favor, ve directamente a ver al ama.

—Preferiría no hacerlo —respondió Claudina cortésmente—. No estoy tan indispuesta como para eso. Pero acaso lo estaré si me obliga a permanecer aquí toda la lección.

Todas creyeron que la señorita Willcox iba a fulminar a Claudina con la mirada, más he aquí que, en aquel momento, Felicity sobresaltó a todas las presentes. La muchacha empezó a repicar los dedos sobre el pupitre y a balancearse de un lado a otro con gran deleite.

—*¡La-do-la-do-la!* —cantó—. *¡Oh! ¡La-do-la-la-do-la!*

—Felicity —exclamó la señorita Willcox, sulfurada.

¿Qué demonios haces?

Pero Felicity no le prestó la menor atención. Con los ojos cerrados, continuó balanceándose y

cantando, acompañándose de cuando en cuando con un repiqueteo para marcar el ritmo.

—¡Felicity! —repitió la señorita Willcox, casi a voz en grito, sin darse cuenta de que acababa de caérsele una de sus horquillas doradas sobre el escritorio—. ¿No oyes lo que te digo? ¿Qué os pasa esta mañana?

Bobby dio a Felicity un golpe en el hombro, que abrió los ojos con un sobresalto y paseó la mirada por el aula. No parecía percatarse del hecho de que se hallaba en clase y de que la señorita Willcox estaba furiosa con ella. Volvió a cerrar los ojos y reanudó su balanceo.

—Está loca por la música —comentó Bobby—. Se halla bajo los efectos de un sueño musical, señorita Willcox. No creo que pueda evitarlo. ¡Eh, Felicity!

A menudo le sucede lo mismo en nuestro estudio —intervino Anne-Marie—. Sobre todo de noche. A veces sospecho que lo hace a posta. Siempre adopta esta actitud cuando quiero leer una de mis poesías en voz alta.

—Lo cual revela mucha sensatez —comentó Pat.

—¡*La-do-la-do-la!* —tarareó Felicity.

La señorita Willcox la miró de hito en hito. Por más que se esforzaba, no podía averiguar si la actitud de la muchacha era real o fingida.

—*Bum-do-bum, do-bum* —concluyó Felicity, golpeando con fuerza el pupitre—. ¡Qué suerte! ¡Por fin lo he conseguido!

Sus compañeras se rieron. Tanto si era comedia como si no, resultaba muy gracioso.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Felicity, radiante, mientras dirigía una mirada a sus compañeras—. Es la melodía que me obsesionaba hace más de dos semanas. Hace así: *la-do-la-lo-la...*

Pero entonces fue la señorita Willcox la que asestó un golpe en el escritorio. Rara vez se encolerizaba de veras, por considerarlo un atentado contra la dignidad y, en consecuencia, siempre procuraba aparecer digna y equilibrada, con pleno dominio de sí misma. Pero Felicity era capaz de sacar de sus casillas a cualquiera.

—Sal de clase —ordenó la señorita Willcox con voz trémula de ira—. No consiento que ninguna de mis alumnas haga el bobo de ese modo. En lugar de pasar a quinto grado, deberías haber retrocedido a tercero.

—¿Dice usted que salga de clase? —farfulló Felicity desconcertada—. ¿Por qué, señorita? No era mi intención interrumpir la lección. Le aseguro que no lo he hecho adrede. Me ha venido la inspiración de repente. Ahora estoy perfectamente.

—Sal de clase —insistió la señorita Willcox.

Las muchachas guardaban silencio. Era casi inaudito que una muchacha de quinto grado fuera expulsada de clase. Si la cosa llegaba a oídos de la señorita Theobald, Felicity lo pasaría muy mal.

Felicity se puso en pie y salió del aula como una sonámbula. Parecía desconcertada y sorprendida. Una vez fuera, se apoyó en la pared, junto a la puerta. Le dolía la cabeza. De pronto, se reprodujeron en su mente las notas de la nueva melodía y la muchacha empezó a cantarla quedamente. El rumor de su voz llegó al interior de la silenciosa clase.

—Anne-Marie —dijo la señorita Willcox—. Di a Felicity que vaya a su estudio y que copie todo el acto de la comedia que estamos leyendo ahora. No puedo consentir semejante

comportamiento.

—Felicity se figura que es un genio —dijo Anne-Marie.

Siempre hace lo mismo.

—Los comentarios sobran... —le respondió la señorita Willcox.

Cuando estaba de mal humor, la profesora se olvidaba de emplear su voz grave, de entonación algo lenta, para dar paso a un tono áspero y desagradable.

Casi todas fueron amonestadas aquella mañana. Doris fue reprendida por no saberse la parte que le correspondía de la obra que estaban leyendo, y Alma por comer caramelos como una tontaina de primer grado, según dijo la señorita Willcox, disgustada, al arrebatarle la bolsa.

—¡Pobre *Pudding!* —cuchicheó Pat a Isabel, contemplando a la regordeta y cariacontecida Alma—. ¡Aseguraría que comer es el único placer de su vida!

—¿Qué has dicho, Pat? —preguntó la señorita Willcox.

Pat se ruborizó.

—No... no puedo decírselo —farfulló, resistiéndose a repetir su frase para no ofender a Alma.

Pero a la señorita Willcox, convencida de que Pat había dicho algo desagradable acerca de ella, exclamó:

—Ésta tarde, en lugar de ir al campo de juego copiarás tu papel en la comedia.

Pat dio muestras de turbación, pero no se atrevió a discutir con la señorita Willcox en vista de su mal talante.

El nerviosismo de las muchachas fue en aumento. Pauline dejó caer los libros al suelo con gran sobresalto de la señorita Willcox. Su torpeza fue castigada con unas severas palabras que hicieron estremecer a la muchacha, que miró a la profesora con resentimiento. Bobby estuvo tentada de alegrar los ánimos de la señorita Willcox y sus compañeras con una de sus gracias, pero llegó a la conclusión de que era imposible arrancar una sonrisa a la profesora aquella mañana. ¿Qué le pasaba? De ordinario, no se portaba de aquel modo.

Sólo Alison y Anne-Marie la contemplaban con admiración, diciéndose que su amada señorita Willcox estaba realmente hermosa con sus oscuros y espirituales ojos centelleando. Un mechón de pelo pendía junto a su oreja. Alison observó que la profesora se palpaba el pelo buscando la horquilla que sujetaba aquella parte de su cabellera. Entonces, la muchacha se levantó de su asiento, recogió la horquilla caída y la puso sobre el escritorio de la señorita Willcox con una de sus dulces sonrisas. Sea por lo que fuere, aquel gesto y aquella sonrisa apaciguaron a la maestra.

—Gracias, Alison —murmuró la señorita Willcox, con el profundo y cálido tono de voz que tanto emocionaba a Alison y a Anne-Marie—. ¡Tú siempre tan servicial!

Anne-Marie se sintió celosa. No le gustaba que la señorita Willcox alabase a Alison en ningún sentido, por lo que adoptó una expresión sombría. Sus compañeras contemplaron la escena, regocijadas.

Una vez terminada la lectura de la comedia, resultó que aún quedaban cinco minutos de clase.

—¿Alguna de vosotras ha encontrado algo interesante para leer? —preguntó la señorita Willcox, que siempre alentaba a sus alumnas a traer a clase algún poema o fragmento en prosa que les llamase la atención en sus lecturas.

Por lo visto, ninguna había seleccionado nada aquella vez.

—Hemos tenido que estudiar tanto esta semana, que apenas hemos podido leer —explicó Hilary—. Hasta después de los exámenes, no tendremos tiempo para nada.

—Oiga, señorita Willcox —propuso Anne-Marie, sonriendo nerviosamente—. ¿Podría leer una poesía mía a mis compañeras? Me gustaría que usted me diera su opinión sobre ella.

De hecho, la señorita Willcox no estaba dispuesta a escuchar poesías de nadie, después de la devolución de las suyas por parte de sus editores. Pero las alumnas, diciéndose que podrían respirar un poco y descansar cinco minutos, aplaudieron con entusiasmo la sugerencia de Anne-Marie, que se sonrojó de placer al pensar que realmente sus compañeras acogían con agrado la lectura de su poema. No se le ocurrió ni por un momento que lo que querían las muchachas era descansar sin prestar atención a una sola palabra de la composición.

—De acuerdo —accedió la señorita Willcox, con cierta aspereza—. Lee, si quieres, Anne-Marie.

La chica sacó un papel, escrito con su desigual caligrafía de rasgos demasiado grandes, de su pupitre. Luego, tras aclararse la garganta, empezó con voz profunda, imitando el estilo de la señorita Willcox:

EL MOLINO SOLITARIO

Perdido en las brumosas guirnaldas del tiempo, silencioso como los años muertos, meditabundo...

La única que escuchaba era Ángela. Las demás estaban muertas de aburrimiento bajo el influjo de la afectada, solemne e insincera poesía de Anne-Marie. Ésta dio rienda suelta a su entusiasmo y su voz resonaba en el aula.

Pero no pudo terminar su poesía. La señorita Willcox, que había estado escuchándola en un estado de irritación, la interrumpió a media lectura. Saltaba a la vista que el poema era una simple imitación de uno de los de la profesora, perteneciente al libro publicado, del cual Anne-Marie, como buena admiradora de su autora, había comprado un ejemplar.

La poesía de la señorita Willcox se titulaba *La alquería abandonada* y se parecía mucho a la de Anne-Marie, incluso en las ideas expresadas en los distintos versos. Como imitación resultaba muy hábil, pero Anne-Marie no había pretendido imitar nada. Estaba convencida de haber escrito un poema absolutamente original y ni siquiera se daba cuenta de que había echado mano de los recuerdos que dejaba en su memoria la poesía de la señorita Willcox.

—Basta —ordenó la profesora.

Anne-Marie obedeció desconcertada y miró a la enfurecida señorita Willcox.

—Cuando escribas algo realmente original, algo de tu propia cosecha, sin necesidad de copiar mis versos ni los de nadie, lo escucharé, Anne-Marie —declaró la señorita Willcox, que adoptó de nuevo su voz grave y pausada.

—Pero ¡señorita Willcox! —balbució Anne-Marie horrorizada—, ¡si no lo he copiado de ninguna parte! Sólo he tratado de amoldarme a su estilo, del cual soy una gran admiradora. Yo... yo...

Aun cuando el poema de Anne-Marie hubiese alcanzado la perfección de uno de Shakespeare, aquella mañana la señorita Willcox no lo habría admirado, pues sentía aún el resquemor producido por la devolución de su preciosa colección de poesías.

—No intentes disculparte —respondió fríamente—. Yo en tu lugar rompería ese poema. Bien, ya ha sonado el timbre. Recoged los libros y salid al recreo. Tú, Alison, quédate un rato para ayudarme a poner en orden estos papeles.

La pobre Anne-Marie salió llorando del aula mientras Alison procedía a ayudar a la señorita Willcox, prodigando sonrisas. Las demás, aliviadas, se apresuraron a abandonar la estancia. ¡Qué clase de literatura más accidentada! ¡Cómo para poner los pelos de punta!

Capítulo 10

SOBRE GENIOS, DEPORTES Y REMIENDOS

—No es cierto que estuvieses indispuesta, ¿verdad, Claudina? —dijo Ángela con malicia mientras salían.

—Pasó enseguida —contestó Claudina jovialmente—. Por fortuna, Felicity acaparó la atención de la señorita Willcox. De lo contrario, quizá me hubiese obligado a acudir al ama.

—Es preferible que vayamos a sacar a Felicity de su estudio —dijo Isabel a Pat—, aunque no creo que haya copiado todo el acto de esa comedia. ¡Es terriblemente largo!

Ambas fueron al estudio de Felicity. Anne-Marie estaba también allí llorando y, al ver entrar a sus compañeras, las miró con ceño.

—Anímate, boba —le dijo Pat. ¿Qué importa lo que tu querida Deirdre diga de tu poema? Apuesto a que lo único que ocurre es que está celosa.

—No sabes nada de poesía —sollozó Anne-Marie—. Estoy segura de que no has escuchado una sola palabra de mi poema.

—Es cierto, lo admito —asintió Pat—. Escucharía si entendiese lo que intentas decir en tus composiciones, Anne-Marie, pero siempre tengo la impresión de que no tienes nada que decir.

—Todas sois muy descorteses conmigo —gimió Anne-Marie, completamente trastornada por dos hechos: que su preciosa poesía hubiese sido menospreciada y que su adorada señorita Willcox la hubiese desairado.

—Venga, no seas chiquilla —la animó Pat, volviéndose a mirar a Felicity, que escribía febrilmente en un rincón, aplicada en la tarea de copiar la comedia con letra menuda y nerviosa—. Mala suerte, Felicity. Vamos, ven con nosotras. Te sentará bien tomar el aire esta mañana. Tienes muy mal aspecto.

—No sé lo que me ha sucedido en clase hoy —declaró Felicity, levantando la cabeza unos instantes—. Verás, he trabajado tanto en mi música últimamente y la melodía que buscaba hace días me ha venido tan de improviso, que me he olvidado de todo lo demás.

—Eso te ocurre porque eres un genio —le aseguró Pat amablemente, tanto más cuando simpatizaba con Felicity porque no se daba tono ni era vanidosa—. Los genios siempre hacen cosas raras, ¿sabes? No pueden evitarlo. Les gusta trabajar a altas horas de la noche, a veces pasan varios días sin comer, son sonámbulos, distraídos. ¡No son como la gente normal! De modo que ánimo. Tú no tienes la culpa de ser un genio. Personalmente, opino que trabajas demasiado.

Anne-Marie escuchó ese alentador discurso con resoplidos y expresión disgustada. Se consideraba tan genio como Felicity, pero nadie le hablaba de aquel modo. Nadie la llamaba nunca genio, excepto Ángela y, en realidad, ésta no distinguía entre una rima infantil y un gran poema. Así pues, la vida se le antojaba muy dura a Anne-Marie en aquel momento.

«*Tal vez* —pensó la muchacha de repente—. *Tal vez si hago cosas raras como Felicity, mis*

compañeras se darán cuenta de que yo también soy un genio. Vale la pena intentarlo, siempre y cuando no me meta en ningún berenjenal. Es inútil hacer nada en la clase de la señorita Willcox. Después de la hazaña de Felicity, sería un disparate».

Y algo más animada, se fue al recreo. Felicity no quiso salir. Estaba empeñada en acabar de copiar la comedia, para entregarse una vez más a la música que, en todo momento, parecía invadir su pensamiento. Aquél trimestre se le estaba haciendo muy pesado. El quinto grado era más difícil que el cuarto y, además, había que afrontar la tensión del examen en perspectiva. Para colmo, también trabajaba más intensamente en su música y, con frecuencia, no podía dormir por las noches.

Mirabel, por su parte, también trabajaba con tesón para elevar el nivel deportivo del colegio, sobre todo el del *lacrosse*, a fin de que incluso los equipos de cuarto y tercer grado ganasen todos los partidos. ¡Qué éxito se apuntaría si lo conseguía!

Gladys no aprobaba toda aquella desazón para lograr la máxima eficiencia en los juegos, la gimnasia y los entrenamientos.

—Pretendes hacer demasiado en poco tiempo —dijo a Mirabel—. Obtendrías mejores resultados si fueras más despacio, Mirabel. Mira tu lista de entrenamientos de primer grado. Conseguirás que las pequeñas aburran el deporte, si insistes en acapararlas tanto tiempo.

—Les conviene hacer ejercicio —respondió Mirabel, atenta a la lista de segundo grado—. Éstas chiquillas deberían estarme muy agradecidas por el interés que me tomo en ellas. Ahí tienes a Jane Teal, por ejemplo. Lo hace diez veces mejor desde que siguió mi consejo y sale más a entrenarse. Es la mejor jugadora de primer grado.

—Bien, es posible que estimules a Jane Teal, porque es de las que siempre se prestan a hacer lo que pueden por las personas de su agrado —comentó Gladys—, pero no podrás con ninguna más. Algunas son muy obstinadas. Opino que no eres razonable con algunas alumnas de cuarto grado y que no conseguirás nada yendo detrás de chicas como Carlota, Ángela y Claudina.

—Quisiera que no me sacases tantas faltas, Gladys —masculló Mirabel impaciente—. Has cambiado mucho de un tiempo a esta parte. Antes te gustaba guiarte por mí. Decías que yo era la más fuerte y que me admirabas.

—Lo sé —asintió Gladys—, y sigo opinando lo mismo.

Daría cualquier cosa por tener la mitad de tu fuerza de voluntad, Mirabel. Pero, puesto que acepté el cargo de vicecapitana, que lleva consigo la responsabilidad de compartir contigo la mayor parte de tus decisiones, no puedo cruzarme de brazos y callarme las cosas que siento. No quisiera tener que decirlas, porque me consta que algunas te disgustan, pero sería muy pusilánime si no te las dijera.

Mirabel estaba realmente sorprendida por la actitud de Gladys. Ella había sido siempre la que llevaba la voz cantante de las dos y Gladys la había obedecido siempre sumisa y gustosamente. Se le antojaba, pues, inusitado que Gladys expusiera y mantuviera sus ideas y arremetiese contra ella en ocasiones. Mirabel debería haber admirado a su pacífica amiga por su actitud, pero, en lugar de ello, vanagloriándose de su condición de delegada de deportes, más bien estaba resentida.

—Tengo el propósito de convertir el Santa Clara en la mejor escuela deportiva del país —

declaró obstinadamente.

No pienso oír excusas de nadie, pretextando exceso de trabajo. Todas tendrán que hacer deporte y estudiar.

—No todas son tan altas y robustas como tú —replicó Gladys, mientras contemplaba a la rolliza y corpulenta muchacha—. No me sorprende que pienses prepararte para monitora de deportes. ¡Estás hecha a medida para ello! Serías muy capaz de hacer gimnasia y deportes todo el día y luego ir a dar un paseo de diez millas por la noche. Pero, por favor, Mirabel, recuerda que las chiquillas como Jane Teal no tienen energías para hacer lo que tú haces.

Jane Teal había cumplido escrupulosamente todas las indicaciones de Mirabel, pues era una niña leal y trabajadora, y se enorgulleció mucho cuando su delegada le dijo que era la mejor jugadora de *lacrosse* de su numerosa clase de primer grado.

Sin embargo, seguía preocupada por la cuestión de Ángela y ansiaba hacer las paces con ella y ponerse de nuevo a su servicio. Mientras hacía los deberes, reflexionaba sobre ello. ¿Cómo se las arreglaría para volver a ser amiga de Ángela? ¿Cómo desplazaría a Violet, que, después del mal resultado dado por Antoinette, volvía a ocupar su puesto?

No se le ocurría ningún sistema para atraerse de nuevo el favor de Ángela.

—Pareces perdida en sueños, Jane —observó la señorita Roberts—. Es imposible que estés haciendo tus problemas de matemáticas con esa expresión ausente.

—Estaba... estaba pensando en algo —se disculpó Jane, confusa, apresurándose a inclinar la cabeza sobre su trabajo.

Al día siguiente, Violet se levantó con un resfriado muy fuerte y tuvo que seguir al ama hasta la enfermería, sollozando y compadeciéndose a sí misma. Antes de marcharse, dijo a Jane:

—Búscame la historia de la escuela y mi nuevo puzzle, y tráemelos cuando puedas.

Jane prometió cumplir su encargo. Efectivamente, después de las clases de la mañana, se dirigió al armario de Violet para buscar lo que necesitaba.

Lo encontró sin esfuerzo y luego sus ojos se posaron en dos pares de medias y dos camisetas de Ángela que estaban por coser.

Jane reflexionó. Violet estaría fuera tres o cuatro días. ¿Y si entretanto ella remendaba aquellas prendas y luego se las llevaba a Ángela y aprovechaba para preguntarle si podía ocupar el puesto de Violet hasta que ésta regresara? Sería maravilloso volver a su estudio, limpiar aquel bello rincón, contemplar los cuadros, llenar los jarrones de agua y proceder a todas las demás tareas que tanto le gustaban. Ángela volvería a sonreírle y todo se arreglaría.

Por tanto, Jane cosió toda la ropa primorosamente, aprovechando todas sus horas libres. En realidad, debería haber dedicado parte de ellas a aprender su papel de la comedia que preparaban las alumnas de primer grado. Pero ¿cómo se las arreglaría para hacerlo, si tenía que acostarse temprano, al igual que todas sus compañeras de primer grado?

«*Me acostaré con la linterna —pensó Jane—. Y cuando las otras estén dormidas, la encenderé bajo la sábana y me aprenderé el papel*».

Se sintió verdaderamente satisfecha de haber dado con una solución tan buena. Nadie se enteraría. ¡No se le ocurrió pensar en el cansancio que tendría al día siguiente!

Aquella tarde, cuando Ángela mandó llamar a Violet, la chiquilla cogió la ropa para llevársela a su propietaria. Entró en el estudio tímidamente, con el corazón palpitante, pues temía las burlas y desaires de Ángela.

Alison estaba sola en el aposento. Al ver a Jane, exclamó sorprendida:

—Hola, Jane. ¿Dónde está Violet?

—En la enfermería con un resfriado —contestó Jane.

En su lugar, yo he remendado la ropa de Ángela. ¿Dónde está Ángela, Alison?

—Hablando con Mirabel —respondió Alison.

Aquel día Mirabel había sostenido serias conversaciones con todas las alumnas de quinto grado, solicitando ayuda para elevar el nivel deportivo de Santa Clara. A buen seguro, no conseguiría gran cosa de Ángela, ya que ésta detestaba acalorarse y ensuciarse.

—¡Qué lástima! —murmuró Jane desilusionada, depositando las medias y las camisetas en una silla.

De pronto, su rostro se iluminó. Ángela entró en la habitación dando un portazo. Parecía muy enojada.

—¡Ésa estúpida de Mirabel quiere convertirnos en unos marimachos como ella! —dijo a Alison, sin percatarse de la presencia de Jane—. Pretende que nos pongamos fuertes como mulas y andemos a grandes zancadas, que hablemos a gritos y que nos dediquemos a los deportes en lugar de estudiar.

—Jane está aquí —advirtió Alison.

Ángela se volvió a mirar a la chiquilla. Ésta, al ver su cara enfurruñada, se apresuró a explicar el motivo de su presencia allí.

—Violet está enferma, Ángela, de modo que he repasado tu ropa yo. Supongo que no te importa. Me... me... gustaría volver a coser tus cosas, si me lo permites.

Ángela contempló a la chiquilla con expresión adusta.

—¿Y tu querida Mirabel? —espetó en tono burlón.

¿Cómo se las arreglará para convertirte en una magnífica deportista?

—Puedo hacer las dos cosas —respondió Jane, ansiosamente—. Puedo distribuir el tiempo entre el estudio, los deportes y tus encargos.

Ángela sabía que Mirabel se molestaría si se enteraba de que hacía perder el tiempo a Jane con toda clase de tareas. Hizo una ligera inclinación de asentimiento y dirigió a la niña una leve sonrisa, que supo a gloria a la interesada.

—De acuerdo —decidió Ángela—. Te aceptaré de nuevo a mi servicio. De hecho, estoy harta de esa necia de Violet y de sus ojos bovinos. Tú la sustituirás.

Jane se retiró ebria de satisfacción. ¡Todo estaba arreglado al fin! ¡La maravillosa Ángela le había sonreído! No le importaba tener que trabajar en la cama todas las noches con tal de que Ángela continuase mostrándose amable con ella.

Capítulo 11

MIRABEL SE PONE PESADA

Lo cierto era que Mirabel empezaba a ponerse pesada, especialmente con el quinto grado, cuyas componentes pasaban el día estudiando para el examen. Pretendía interesar a las más pequeñas, a fin de que éstas acudieran a entrenarse con ellas. Todas se opusieron a semejante idea.

—Eso es una tontería —replicó Pat—. Ésas chiquillas prefieren entrenarse solas. No les gusta que nos metamos con ellas.

—Además, tenemos que estudiar —señaló Hilary exasperada—. No sé cuándo te dedicas a estudiar para el examen, Mirabel. Estoy segura de que pasas las tardes en tu estudio preparando tus listas y partidos y otras zarandajas por el estilo.

En efecto, Mirabel apenas estudiaba. Confiaba en pasar el examen, indiferente a la calificación. Tenía el alma puesta en la dirección de los deportes del colegio y a menudo molestaba profundamente a la monitora de deportes. Pero, gracias a su desfachatez, Mirabel era absolutamente invulnerable a las reprimendas o a las advertencias.

—Lo arrolla todo como un tanque —comentó Bobby.

Es imposible detenerla. Conseguiré que apoyemos sus ideas deportivas, aunque sólo sea para no tener que discutir más con ella.

—No se puede discutir con Mirabel —murmuró Doris.

Nunca escucha lo que se le dice. Incluso dudo de que escuche a Gladys. ¡Lástima que ésta no tenga más carácter! ¡Podría haber influido muchísimo en nuestra tozuda Mirabel!

—Gladys solía tener influencia sobre ella —observó Pat. ¿Recordáis lo brusca y desafiadora que era Mirabel cuando ingresó en Santa Clara? Llegó al extremo de decir que, sucediera lo que sucediese, sólo estaría aquí medio trimestre.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —asintió Isabel—. Era sencillamente insoportable, una persona irrazonable. Pero Gladys, «*el ratoncito*», le hizo la rosca y consiguió que se quedara y se convirtiera en un miembro muy respetable de Santa Clara.

—Lo malo es que ahora Mirabel está muy engreída con su nombramiento de delegada de deportes y se le ha subido el cargo a la cabeza —suspiró Bobby—. Gladys ya no puede con ella. El otro día la oí discutir con Mirabel y todo cuanto consiguió fue que ésta se enojara y la hiciese callar.

—Nunca me ha gustado esa chica —masculló Claudina, quien, desde que estaba en Santa Clara, no había desperdiciado ocasión de zafarse de los deportes y la gimnasia—. Siempre me está importunando con que haga esto y lo de más allá.

Las muchachas sonrieron. En general, Claudina no tenía dificultad en esquivar a las personas que pretendían obligarla a hacer algo contra su gusto, pero había poca gente tan persistente como Mirabel. Aunque Claudina se escondiera bajo tierra, Mirabel la descubriría y, sacando una lista de

deportes, intentaría apuntarla para un entrenamiento.

—Ayer, en mi desesperación, fui a hablar con la señorita Theobald —declaró Claudina, levantando los hombros y las cejas graciosamente—. Mirabel me seguía a poca distancia, agitando una larga lista, y yo eché a correr. En mi carrera, me encontré ante la puerta de la señorita Theobald. ¿Qué hice para librarme de aquella horrible Mirabel? ¡Llamé a la puerta y entré!

Las muchachas escucharon divertidas, preguntándose cómo se las habría arreglado Claudina para improvisar tan de repente un tema de conversación con la señorita Theobald.

—¿Qué excusa diste? —preguntó Sane.

—Sostuve una larga conversación con la señorita Theobald —declaró Claudina solemnemente—. Charlamos por los codos mientras la pobre Mirabel aguardaba pacientemente en la puerta.

—¿Sobre qué cuestiones hablasteis? —preguntó Bobby, curiosa.

Claudina adoptó un aire travieso.

—¡La señorita Theobald no estaba en su despacho! —profirió—. Hablaba yo sola y luego hacía como si contestara la directora. La puerta estaba cerrada. Por consiguiente, la buena y paciente Mirabel ignoraba que estaba yo sola en la habitación.

—¿Y estaba aún Mirabel ante la puerta cuando saliste? —interrogó Bobby.

—¡Qué va! —respondió Claudina—. Lo terrible fue que se presentó la señorita Theobald mientras Mirabel aguardaba fuera. ¡Pobre Mirabel! ¡Qué sorpresa debió llevarse al ver a la señorita Theobald! ¡La misma que tuve yo cuando oí su voz al otro lado de la puerta! Excuso decir que me apresuré a salir de allí y, para hacerlo, salté por la ventana. El jardinero estaba a dos pasos y también saltó a su manera. Tuvo un susto morrocotudo.

Las muchachas aullaron de risa al imaginarse a Claudina saltando por la ventana de la señorita Theobald, para huir de Mirabel y de la directora. A ninguna de ellas, excepto quizás a Carlota, se le hubiera ocurrido hacer semejante cosa.

—Eres el colmo —comentó Bobby.

—¿Qué es eso del colmo? —preguntó Claudina.

—No importa —respondió Hilary, que, por lo regular, se reía mucho con las travesuras de Claudina—. ¿Qué pasó después?

—Entré por la puerta lateral —prosiguió Claudina—, y oí hablar a la señorita Theobald y a Mirabel, muy sorprendida.

La señorita Theobald decía: «*Mi querida Mirabel, ¿cómo quieres que Claudina esté hablando conmigo en la sala, si yo estoy aquí en la puerta? No seas boba*».

Las muchachas rieron.

—¿La señorita Theobald no abrió la puerta? —preguntó Janet.

—Sí —contestó Claudina—, y se encontró con que no había nadie en la habitación. ¡Había que ver la cara que puso Mirabel! La pobre estaba realmente sorprendida y desconcertada. Y la señorita Theobald se enfadó mucho.

—¿Te preguntó Mirabel lo que había sucedido? —interrogó Pat, sonriendo.

—Sí, y aún me lo pregunta a menudo —respondió Claudina—. Pero yo le contesto: «*No te entiendo, Mirabel. Háblame en francés*». ¡Lo malo es que la pobre Mirabel habla tan mal el

francés, que no la entiendo!

—¡Chist! ¡Ahí viene Mirabel! —musitó Pauline en el momento en que la delegada de deportes entraba en la estancia.

Era fácil adivinar cuándo se acercaba Mirabel, pues andaba sonoramente, abría la puerta de par en par y delataba su presencia con su recia y resuelta voz.

—Escuchad —dijo, acercándose a las muchachas—. La señorita Theobald acaba de darme permiso para convocar una gran asamblea deportiva mañana por la tarde en la sala de asambleas, a las siete en punto. Será para discutir todos los partidos de este trimestre, pues los habrá muy importantes. No lo olvidéis, a las siete. Espero que no falte ninguna alumna de quinto grado. Las pequeñas también asistirán, naturalmente, y no conviene que vean falta de interés por parte de alguna de nosotras.

—Sí, Mirabel, pero recuerda que será el sábado por la noche y pensábamos dedicarlo al baile —protestó Ángela—. Lo sabes perfectamente. Estaba todo dispuesto. Las de tercer y cuarto grado pensaban venir también. La cosa iba a ser muy divertida.

—Pero yo he decidido celebrar la asamblea mañana por la noche porque es mucho más importantes que el baile —respondió Mirabel—. Podemos bailar cualquier otro sábado.

Tengo infinidad de ideas nuevas que exponer ante el colegio.

He reflexionado mucho sobre esta cuestión.

—Deberías preguntarnos si estaríamos dispuestas a cambiar el baile por tu estúpida asamblea —saltó Alison—. ¡Pero eres tan despótica! Yo no asistiré a la asamblea. Tengo otras cosas más importantes que hacer.

Mirabel se quedó sorprendida. ¿Cómo era posible que hubiese cosas más importantes que hacer que asistir a una asamblea deportiva para discutir la marcha de los partidos?

—Pues debes acudir —respondió mirando a Alison con ceño—. La señorita Theobald ha dicho que me autorizaba a organizar la asamblea y a exigir la asistencia de todas. No os retendré mucho tiempo.

—Siempre dices lo mismo —gruñó Carlota—, pero luego resulta que nos tienes allí horas. Nunca te cansas de hablar.

Yo tampoco pienso ir.

—Daré parte de las que falten —amenazó Mirabel, que empezaba a encolerizarse.

—Aplaza la asamblea para otro día, Mirabel —instó Hilary—. Con tu insistencia sólo conseguirás indisponerte con todas. Mañana por la noche queremos divertirnos. Hemos trabajado muy duro esta semana.

—Lo siento —replicó Mirabel inflexible—. La asamblea se celebrará mañana por la noche y nada lo impedirá, ni siquiera tu deseo, mi querida Hilary. Tú podrás ser la delegada de quinto grado, pero yo soy la delegada de deportes de toda la escuela.

Y dicho esto, la muchacha se retiró, cerrando ruidosamente la puerta tras de sí. Sabía que sus compañeras la criticarían, pero no le importaba. Quería salirse con la suya. Las muchachas se lo agradecerían cuando ganasen todos los partidos contra los demás colegios. Gracias a ello, Santa Clara ocuparía el primer puesto.

—A esta chica le falta una tuerca —comentó Claudina, contrariada.

—Querrás decir un tornillo —corrigió Pat—. ¡Qué lío te armas, Claudina! Sí, no cabe duda que a nuestra amiga Mirabel le falta un tornillo. Para ella sólo existe el deporte. Y quiere que las demás compartan su vocación. Me encantan los juegos deportivos, pero, francamente, se me han quitado las ganas de ir al campo porque me consta que Mirabel estará plantada allí, dispuesta a tomar nota de todo.

—¿Y tendremos que asistir a esa aburrida asamblea? —se lamentó Felicity—. ¡Yo quisiera estudiar un poco de música!

—Y yo terminar mi nuevo poema —masculló Anne-Marie.

—Si la señorita Theobald ha autorizado a Mirabel a convocar esa asamblea, tendremos que ir —refunfuñó Hilary.

Me figuro que habrá dicho a la señorita Theobald que todas estábamos deseando celebrarla. Es un fastidio, pero tendremos que hacer acto de presencia.

—A lo mejor a última hora se aplaza la reunión —sugirió Claudina.

—Eso es imposible —replicó Bobby—. Conozco a Mirabel. Cuando se le mete algo en la cabeza, no cesa. Ha nacido para dictador. ¡Será espantosa en sexto grado!

—¡Quién sabe! —exclamó Claudina con la mirada perdida en el vacío—. ¡A lo mejor no hay reunión!

—¿Qué insinúas? —preguntó Bobby.

—Tengo el presentimiento —murmuró Claudina, apoyando una mano sobre el estómago—, de que mañana por la noche algo impedirá la celebración de la asamblea. ¿Qué será?

Hilary miró recelosamente a Claudina, cuyo rostro hacia gala de una de sus más inocentes y angelicales expresiones. Claudina le devolvió la mirada con ojos candorosos.

—¿Maquinas algo? —preguntó Hilary—. Si es así, abstente de poner en práctica tu plan. Una vez en quinto grado, es mejor no inmiscuirse en las cosas de la escuela.

—¡Qué razón tienes! —suspiró Claudina.

Y se marchó a su estudio con Carlota.

Aquella noche, cuando todas dormían, Claudina se levantó de la cama y recorrió el pasillo. Luego, bajó la escalera y, al poco rato, volvió con un objeto que brillaba intensamente cada vez que su portadora pasaba bajo una luz mortecina.

La francesita depositó su carga en el interior de un arca en desuso instalada junto a la puerta del dormitorio, cubrió el objeto con una manta vieja y, seguidamente, se deslizó por otro pasillo hasta llegar al dormitorio donde dormía su hermana Antoinette.

Despertó a la pequeña con suavidad y se arrodilló junto a la cama para cuchichearle algo al oído.

—*Oui, oui!* —contestó Antoinette—. ¡Sí, Claudina! Haré lo que dices. No temas. Cumpliré tus órdenes.

Claudina volvió a la cama como un pequeño fantasma blanco y se arrebujó entre las sábanas con una sonrisa en los labios.

«*¡Querida Mirabel!* —se dijo la muchacha—. *¡Qué difícil te resultará celebrar tu asamblea*

mañana! ¡Pobre Mirabel! ¡Qué desilusión tendrás! ¿Es posible que creas que puedes competir con la francesita Claudina? ¡Qué necia eres, Mirabel!».

Y con estos agradables pensamientos, Claudina se quedó dormida.

Capítulo 12

REUNIÓN FRUSTRADA

Todas las alumnas de tercer, cuarto y quinto grado acogieron con desagrado la orden de Mirabel de asistir a la asamblea deportiva del sábado por la noche. Habían esperado el baile con ilusión y ahora, por culpa de aquella aguafiestas de Mirabel, tendrían que renunciar a aquel ansiado proyecto.

—Anda por aquí como si fuera la dueña del colegio —comentó Belinda, alumna de cuarto grado.

—Antes me gustaban los deportes, pero ahora empiezan a cansarme —se lamentó Rita, del tercer grado—. Mirabel me reprende en el campo como si fuera una chiquilla de primero.

¡No lo soportaré más!

Pero Rita lo soportaba porque Mirabel tenía mucho carácter y estaba dispuesta a salirse con la suya. Para ello se valía de todo su poder y no vacilaba en abusar de él, si la ocasión lo requería.

Aquél sábado por la tarde, alrededor de las siete, las alumnas de quinto grado interrumpieron sus varias ocupaciones a fin de prepararse para ir a la asamblea. Refunfuñando, cerraron sus libros, recogieron su labor de punto o interrumpieron la redacción de sus cartas. Pero ninguna de ellas se negó a asistir a la reunión cuando llegó la hora prevista, pues sabían que, como alumnas de quinto grado, tenían la obligación de hacer acto de presencia, siquiera para dar buen ejemplo a las pequeñas.

Mirabel se hallaba de pie en la tarima de la sala de reuniones, repasando la lista de las cosas que pensaba exponer. Al llegar las muchachas, levantó su escrutadora mirada para ver si faltaba alguna. ¡Pobre de la alumna de primero o segundo grado que no se presentase! Al día siguiente tendría que vérselas con ella.

Antoinette se acercó a la delegada de deportes.

—¿Qué sucede, Antoinette? —preguntó Mirabel impaciente.

—¡Por favor, Mirabel! —dijo Antoinette—. ¿Podrías proporcionar una pelota nueva a las alumnas de segundo grado? Parece ser que hemos perdido la que teníamos y estamos tan ansiosas por entrenarnos para complacerte.

—¡Hum! —murmuró Mirabel algo incrédula, pues Antoinette no era de las que mostraban interés por el deporte.

¿Por qué no ha venido a decírmelo Violet?

—Porque está en la enfermería —le respondió Antoinette.

—Bien, recuérdamelo el lunes —gruñó Mirabel—. Ahora no puedo entretenerme en esas cosas. Deberías haber elegido otro momento para venir con este asunto y no aguardar a decírmelo cuando va a dar comienzo una asamblea tan importante como ésta.

—Sí, Mirabel —musitó respetuosamente Antoinette, retirándose.

Mirabel la tenía en pésimo concepto. Antoinette era una perezosa como Claudina. Pero, aunque tuviese que emplear tres trimestres para lograrlo, Mirabel se había propuesto hacerla formar y convertirla en una buena jugadora.

Las muchachas siguieron entrando en fila india. Mirabel vio a Jane Teal sentada en los bancos del primer grado. La chiquilla estaba algo pálida. Sus ojos contemplaban a Ángela, que estaba muy bella aquella noche. Se había lavado el pelo y sus cabellos relucían como el oro. Mirabel frunció el entrecejo. Habría dado cualquier cosa porque Jane y las demás alumnas de primer grado hubiesen dejado de admirar a aquella grandísima estúpida de Ángela.

Mirabel paseó la mirada por las muchachas de quinto grado. Al parecer, habían acudido todas, es decir, todas menos Felicity.

—¿Dónde está Felicity? —preguntó la delegada a Anne-Marie, que en aquel momento pasaba ante la tarima.

—Ya viene, Mirabel —contestó Anne-Marie sucintamente, pues también ella estaba resentida por haber tenido que renunciar al baile y asistir a aquella aburrida asamblea—. Tenía que acabar de copiar una partitura. Ha dicho que venía enseguida.

—Bien, empezaré sin ella —decidió Mirabel—. Siempre se ha distinguido por su poca puntualidad. ¡Qué mal ejemplo para las pequeñas! Ya son las siete y un minuto.

Mirabel se dirigió a la parte anterior de la tarima. Parecía enorme allí subida. Haciendo gala de una gran confianza en sí misma, pues rara vez le faltaban las palabras cuando se trataba de hablar de sus amados deportes, empezó con voz firme y sonora:

—Buenas noches, niñas. He convocado esta importante reunión esta noche por un motivo muy poderoso.

Quiero convertir el Santa Clara en el primer colegio del país en toda clase de deportes. Deseo que también juguemos al hockey y que...

Alguien la interrumpió. Una muchacha de primer grado se levantó para decir:

—Jane no se encuentra bien. Dice que no quiere abandonar la sala, pero creo que debe hacerlo, ¿no?

Era Sally, la amiga de Jane Teal. Todas se volvieron a mirar a la pobre Jane, que, muy pálida, parecía a punto de desmayarse.

—Llévala fuera, Sally —ordenó Mirabel algo impaciente, pues no le gustaba ser interrumpida en su discurso inicial.

Sally ayudó a Jane a salir.

—¿Vas a vomitar? —preguntó la primera con lo que consiguió turbar aún más a la pobre Jane. Ésta sentía en el alma interrumpir la asamblea de Mirabel, pero se encontraba realmente indispuesta.

Una vez salieron, Mirabel prosiguió su discurso, que se prolongó otros tres o cuatro minutos.

—Quiero que ganemos todos los partidos de *lacrosse*; quiero que formemos un equipo invencible de hockey, deseo que...

Pero nadie supo qué más quería Mirabel, porque en aquel momento sobrevino un ruido inusitado que sobresaltó a todas las presentes. ¡Era el estrepitoso sonido de la alarma de incendios

del colegio!

¡Auuuuu, auuuuu, auuuuu!

Mirabel calló y escuchó alarmada. ¡Fuego! Estaba segura de que no era un simulacro de incendio. A la señorita Theobald nunca se le hubiera ocurrido elegir aquel momento para obligarles a efectuar un ensayo de aquella índole. La directora sabía que las niñas celebraban una importante reunión.

Las alumnas de primer y segundo grado se miraron intranquilas y luego esperaron una indicación de las mayores. No había ninguna profesora en la sala.

Hilary se puso en pie, con expresión tranquila.

Ayudadme a sacar a las niñas de primer y segundo grado —dijo a las mellizas, a Janet y a Bobby—. Las llevaremos con rapidez y ordenadamente al jardín por la puerta lateral.

Mirabel se apresuró también a tomar el mando. Su recia voz profirió en tono tranquilizador: —Es la alarma de incendios. Todas sabéis vuestra obligación. Levantaos, por favor.

Las muchachas obedecieron, satisfechas de tener una delegada. Mirabel cuidó de que Hilary, las mellizas, Bobby y Janet se hicieran cargo de las pequeñas. Sabía que podía esperar la máxima ayuda de ellas. Algunas de las chiquillas de primer grado parecían muy asustadas.

—¡Media vuelta! —vociferó Mirabel—. Seguid a Hilary Wentworth. ¡En marcha!

En perfecto orden, sin la menor señal de pánico, las muchachas de primer y segundo grado salieron de la sala, conducidas por Hilary, que descorrió el cerrojo de la puerta del jardín para sacarlas al exterior. Era una noche oscura, pero las niñas conocían bien los alrededores.

Pat e Isabel se encargaron de sacar a las de segundo grado. Después, Bobby, Janet y la delegada de tercer grado se llevaron a las chicas de ese curso. Por fin, salieron las de cuarto y quinto grado, olfatearon ávidamente el aire por si olía a humo.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Belinda—. ¡No lo veo por ninguna parte!

Mirabel fue la última en salir de la sala de reuniones. Le satisfacía comprobar que era capaz de hacer frente a un caso de urgencia con toda eficiencia. Su sonora y tranquila voz había inspirado confianza en todas las muchachas. ¿Dónde estaría el fuego?

La primera profesora que apareció fue *Mademoiselle*.

La señorita Theobald había salido y la profesora de francés estaba al frente del colegio aquella tarde. Las muchachas oyeron su fuerte y angustiada voz antes de verla aparecer en la puerta.

—¿Dónde están las niñas? ¡Ah, sí! En la sala de reuniones. ¡Qué desgracia! ¡Niñas, ¿dónde estáis?! ¡Claudina! ¡Antoinette! ¡Os ruego que vengáis conmigo! ¿Estáis a salvo?

—¡Completamente a salvo! —exclamó Claudina regocijada.

Entonces, Antoinette, emergiendo de la oscuridad del jardín y acercándose al umbral donde se hallaba *Mademoiselle*, declaró en tono formal:

—Yo también estoy sana y salva.

Mademoiselle la rodeó con sus brazos como si acabase de ser rescatada de las llamas.

—¡Ah, mi pequeña Antoinette! No temas. Tu tía Matilde está aquí para protegerte.

—¿Dónde está el fuego, *Mademoiselle*? —preguntó una voz.

—¡Ah, sí, el fuego! ¿Dónde está? —repitió *Mademoiselle* algo aturdida todavía.

En aquel momento se presentó el ama y tomó las riendas de la situación. Inmediatamente después de oír la alarma de incendios había dado una rápida vuelta al edificio para ver dónde estaba el fuego. También había acudido al lugar donde se hallaba la alarma de incendios, a fin de comprobar quién la tocaba, pero no había un alma por los alrededores.

El ama se quedó desconcertada, pero como ni su sentido del olfato, ni el de la vista, ni el del oído le indicaban la presencia del fuego por ningún lado, llegó a la conclusión de que se trataba de una broma. El ama llevaba el suficiente tiempo en Santa Clara para oler una broma a una milla de distancia.

—¡Niñas! —llamó con voz fría y tajante—. ¡Venid aquí inmediatamente! No hay ningún fuego. Pero debo felicitaros por responder a la alarma tan rápida y ordenadamente y salir al jardín en silencio y con tanta serenidad.

—Estábamos todas en la asamblea —explicó Hilary que se hallaba cerca de la puerta—. Por consiguiente, fue fácil, Nos limitamos a salir de la sala. Pero ama, entonces ¿quién ha tocado la alarma?

—Eso lo averiguaremos más tarde —contestó el ama secamente—. Entretanto, tened la bondad de volver a entrar en el edificio.

Las muchachas obedecieron. Algunas de ellas tiritaban, pues aquella noche hacía mucho frío. El ama hizo votos para que la próxima semana la enfermería no estuviese atestada de alumnas resfriadas.

Tras consultar su reloj, la mujer tomó una rápida decisión:

—Id todas a vuestras salas comunes y a vuestros estudios —ordenó—. Vosotras, las delegadas de curso, por favor, encended las chimeneas de las salas comunes para caldearlas. Dentro de diez minutos venid a la cocina dos muchachas de cada grado a buscar unas jarras de cacao caliente. Quiero que todas bebáis un poco cuanto antes.

La noticia no podía ser más halagüeña. Las muchachas se precipitaron por los pasillos, alborozadas ante la perspectiva de disfrutar de un cálido fuego y de saborear un cacao caliente. Pero Mirabel estaba contrariada.

—Lo siento, ama —dijo la muchacha—, pero me temo que las niñas deberán volver a la sala. Estábamos celebrando una asamblea importantísima. ¿Se lo digo yo o prefiere hacerlo usted?

El ama miró nuevamente a la autoritaria Mirabel.

—No se lo diremos ninguna de las dos —replicó la mujer.

Ya has oído lo que les he dicho. Han pasado un rato a la intemperie y no quiero que se enfríen. No habrá asamblea esta noche.

—¡Hurra! —exclamaron unas voces al oír esta grata noticia—. ¡Qué buena es el ama!

Mirabel debería haber sabido que era inútil enfrentarse con el ama. No obstante, empezó a discutir:

—Pero, ama, se trataba de una reunión importantísima.

Me temo que tendré que ir a ver a la señorita Theobald para que me autorice a continuarla, puesto que usted se niega a hacerlo.

—De acuerdo, ve a verla —accedió el ama, sabedora de que la señorita Theobald no estaba en

el colegio.

Mirabel se alejó resueltamente, airada y desilusionada por la disolución de su maravillosa asamblea.

Pero la señorita Theobald no estaba en su despacho. ¡Qué contrariedad! Sin embargo, Mirabel no se atrevió a volver sobre sus pasos y discutir de nuevo la cuestión con el ama. No le había gustado ni pizca el tono de su voz. De pronto, la muchacha se sintió muy abatida y desdichada.

Luego, su semblante se enfurruñó.

«*¡De todos modos, averiguaré quién ha tocado la alarma para estropear mi reunión! — prometió—. ¡Y le daré un rapapolvo delante de todo el colegio!*»

Capítulo 13

¿QUIÉN TOCÓ LA CAMPANA DE INCENDIOS?

Mirabel entró tumultuosamente en su estudio. Gladys se calentaba allí ante el agradable fuego.

—¡Lástima de asamblea! —comentó esta última, que pensó que Mirabel necesitaba un poco de consuelo—. Te estabas luciendo mucho en el discurso, Mirabel.

—¿Quién crees que tocó la alarma, Gladys? —interrogó Mirabel, ásperamente—. ¿Hay cacao en esa jarra? Tomaré una taza. No tengo frío, pero estoy muy trastornada por el hecho de que una estúpida haya considerado ingenioso gastar una broma de esa índole para estropearme la importante asamblea.

Gladys guardó silencio. No tenía la menor idea de quién podía ser la culpable. Mirabel removi6 con vigor su cacao y continuó diciendo:

—¿Quiénes faltaban a la reunión? ¡Felicity no estaba, desde luego! Oye, Gladys, ¿crees que pudo haber sido ella?

—De ningún modo —respondió Gladys—. Apuesto a que ni siquiera sabe que hay una alarma de incendios y, menos aún, dónde está.

—No obstante, ya averiguaré dónde se encontraba durante la reunión —declaró Mirabel—. Por lo estúpida, la broma parece de Claudina, pero ella no se movió de la sala. La vi con mis propios ojos. Y Antoinette estaba allí también, porque vino a hablarme al principio de la asamblea.

—Y se hallaba también en el jardín con las demás —recordó Gladys—. ¿No la viste echarse en brazos de *Mademoiselle* cuando ésta las llamó a ella y a su hermana?

—Sí —afirmó Mirabel, frunciendo el entrecejo—. Bien, ¿quién más faltaba? Violet está en la enfermería. Si no recuerdo mal, vinieron todas. A medida que entraban, fui marcándolas en la lista, porque no estaba dispuesta a tolerar que faltase nadie.

Gladys no aportó ninguna sugerencia. De pronto, Mirabel dio una fuerte palmada sobre la mesa, con gran sobresalto de su compañera.

—¡Por favor, Mirabel! —rogó ésta—. No seas tan violenta.

—Jane Teal salió con Sally —prosiguió Mirabel sin prestar atención—. ¿Crees que lo hizo alguna de las dos?

—Ni por un momento —replicó Gladys—. Jane te aprecia mucho y Sally es demasiado sensata para hacer una cosa así.

—Ya lo averiguaré —masculló Mirabel con expresión dura.

—No te lo tomes demasiado en serio —aconsejó Gladys algo preocupada—. Sólo conseguirás indisponerte con todas.

—Eso me tiene sin cuidado —gruñó Mirabel sinceramente.

Gladys suspiró. Si Mirabel hubiese tenido un poco más en cuenta los sentimientos de las demás, le habría resultado más fácil manejarlas. De hecho, siempre se quejaba de que las chicas

no colaboraban con ella, ni querían ayudarla.

Mirabel bebió un sorbo de cacao.

—Primero iré al estudio de Felicity —dijo—. Hasta luego.

Y salió de la estancia. Gladys tomó su labor de punto. Estaba haciendo un jersey para su madre y, debido al trabajo del examen, a los entrenamientos deportivos y a las incesantes exigencias de Mirabel, disponía de muy poco tiempo libre para ello. Por consiguiente, no pudo menos que alegrarse de tener una inesperada hora por delante para atender aquella tarea.

Mirabel entró en el estudio de Felicity. Ésta estaba tocando suavemente el violín, en tanto que Anne-Marie, sentada junto al fuego con un lápiz y un cuaderno sobre las rodillas, intentaba componer una nueva poesía con expresión enfurruñada, pues le molestaba la música de su compañera. Pero ésta, completamente ajena a la contrariedad de su amiga e incluso a su presencia en el estudio, se sobresaltó al oír entrar a Mirabel. Luego, pensando que la delegada de deportes había ido a visitar a Anne-Marie, continuó con su suave melodía.

—Felicity —dijo Mirabel bruscamente—, ¿por qué no viniste a la asamblea deportiva esta tarde?

—¡Oh, Mirabel! —exclamó Felicity consternada.

¡Cuánto lo siento! Te aseguro que pensaba ir. Pero se me olvidó por completo. Por lo visto, tocando el violín, se me fue el santo al cielo. ¡Qué mal he quedado contigo!

—¿Dónde estabas cuando sonó la alarma de incendios? —preguntó Mirabel.

—¿La alarma de incendios? —repitió Felicity con aire sorprendido—. ¿Qué alarma?

—Nunca oye nada cuando se entrega a su música —intervino Anne-Marie—. Ya sabes cómo se portó en clase el otro día, Mirabel. Estoy segura de que no ha oído la alarma.

—Desde luego que no —confirmó Felicity realmente aturdida—. ¿Ha sonado? ¿Ha habido un fuego? ¿Qué ha sucedido?

—¡Bah! —suspiró Mirabel—. ¡Eres una calamidad!

Dicho esto, salió del estudio. Felicity contempló a Anne-Marie. Ésta lanzó un gruñido de impaciencia, se tapó los oídos con las manos e intentó continuar su poesía.

Mirabel fue en busca de Jane Teal y Sally. Ambas se hallaban en la sala común del primer grado. Jane estaba aún un poco pálida, pero se sentía mejor. Al ver entrar a Mirabel, la pequeña se ruborizó, convencida de que la delegada de deportes acudía a ver cómo estaba.

Pero, al parecer, Mirabel no abrigaba aquel propósito, porque yendo directamente al grano, preguntó:

—Decidme, chicas: ¿alguna de vosotras tocó la alarma de incendios cuando salió de la asamblea?

Las chiquillas la miraron sorprendidas. ¡Jamás se les hubiera ocurrido estropear una asamblea de aquella envergadura. Jane se sintió muy ofendida de que Mirabel la considerase capaz de semejante cosa!

—Bien, ¿es que no tenéis lengua? —se impacientó Mirabel.

Para entonces, todas las alumnas de primer grado se habían colocado alrededor de las tres y escuchaban con profundo interés.

—¡Naturalmente que no! —contestó Sally, al fin, indignada—. ¡Somos incapaces de hacer una cosa así! Por otra parte, la pobre Jane se sentía muy indispuesta. Le dolía terriblemente la cabeza. Suele tener jaquecas.

—Cállate, Sally —murmuró Jane, consciente de que Mirabel no veía con buenos ojos las jaquecas.

—¿Y luego la dejaste sola? —preguntó Mirabel a Sally.

Sí, si mal no recuerdo, volviste a la asamblea sin ella. Por tanto, Jane pudo escabullirse fácilmente de vuestra sala común y tocar la alarma, ¿no es eso?

—Pero ¿qué dices? —espetó Sally realmente indignada—. ¡Cómo si Jane fuera capaz de hacer una cosa así! Sí, la dejé aquí porque parecía sentirse un poco mejor y volví a la asamblea. Apenas me senté, sonó la alarma. Pero no fue Jane la que la tocó.

Jane estaba terriblemente consternada de pensar que Mirabel pudiera considerarla capaz de desbaratar una asamblea suya. Le temblaron los labios, más no acertó a articular una sola palabra.

—Ahora no te echas a llorar como una chiquilla —le dijo Mirabel—. Yo no digo que lo hicieras tú. Sólo digo que tuviste ocasión de hacerlo. No comprendo quién pudo haber sido, porque todas estaban en la asamblea, excepto tú y Felicity, y estoy segura de que Felicity ni siquiera sabía que en Santa Clara hubiese una alarma de incendios.

—Según eso, parece que la culpable soy yo —farfulló Jane lamentándose amargamente, tratando de contener las lágrimas—. Piénsalo si quieres. ¡No me importa!

—Éste no es modo de hablar a tu delegada de deportes —reconvino Mirabel—. Me sorprendes, Jane. En fin, supongo que algún día averiguaré quién tocó esa alarma.

Dicho esto, Mirabel salió de la habitación dando un innecesario portazo. Las alumnas de primer grado se miraron unas a otras.

—¡Bruta! —soltó Sally—. ¡No pienso ir a los entrenamientos de *lacrosse* ni por un minuto, si puedo evitarlo!

—Ni yo tampoco —convino Hilda.

Las demás se mostraron de acuerdo con ellas. Jane se enjugó los ojos, confortada por sus compañeras.

—No hagas caso, Jane. No te preocupes por eso. Todas sabemos que tú no lo hiciste.

—Quisiera saber quién lo hizo —murmuró Sally con ojos centelleantes—. Le daría una palmada en la espalda y le diría: «¡*Buen trabajo!*».

Todas se rieron. Era curioso que en pocas semanas Mirabel hubiese pasado ser objeto de gran admiración a objeto de abominación.

Hubo que informar a la señorita Theobald del extraño suceso de la alarma de incendios, del que, al parecer, no era nadie responsable. La directora se tomó la cosa muy en serio, con gran satisfacción de Mirabel.

—Me alegro de que usted también considerase grave la interrupción de una importante asamblea por alguna estúpida bromista de mal gusto —comentó Mirabel.

—No confundas las cosas —respondió la señorita Theobald, en tono desalentador—. No pensaba en tu asamblea. Pensaba en que no puedo consentir que nadie toque la alarma de

incendios sin causa justificada. Luego, las niñas no harían caso de la alarma si se declarara un verdadero incendio. Esto es lo que en realidad importa, no la interrupción de la asamblea.

—Sí —asintió Mirabel cabizbaja—. Bien, señorita Theobald, ¿no podría celebrar la asamblea el próximo sábado por la noche?

—Me temo que no —replicó la directora—. Las delegadas de tercer, cuarto y quinto grado ya han venido a preguntarme si pueden celebrar el baile aplazado en esa fecha. Mirabel, no creo que se avengan a aplazarlo otra vez. Ésos grados tienen mucho trabajo este curso y quiero que se distraigan con aquello que más les agrade, cuando surge la ocasión.

Mirabel se despidió de la señorita Theobald contrariada y deprimida. Al llegar a su estudio, tomó asiento ante la mesa para estudiar un poco.

—¿Qué sucede? —preguntó Gladys.

—Hilary y las delegadas de tercer y cuarto grado han ido a ver a la señorita Theobald a espaldas mías y obtenido su consentimiento para celebrar el baile el próximo sábado —respondió Mirabel sombría—. Y las muy condenadas saben a la perfección que el único día que tengo la oportunidad de reunir a todo el colegio es el sábado por la noche. ¿Serán traidoras?

—No seas boba —masculló Gladys, reprimiendo una oleada de ira—. Probablemente ni les ha pasado por la mente que te propusieras acapararlas otro sábado. Sé sensata, Mirabel. Hablando de otra cosa, ¿por qué has excluido a la pequeña Jane Teal de los partidos de la semana próxima? Te consta que es muy buena jugadora. Tendrá un disgusto cuando lo sepa después de haberle hecho concebir esperanzas de participar.

—No estoy muy segura de que Jane no tenga algo que ver con el toque de esa dichosa alarma —gruñó la dominadora Mirabel.

—¡Pues antes de castigarla, deberías aguardar a comprobar tus sospechas! —protestó Gladys exasperada—. La tengo por una niña muy honesta y estoy convencida de que es incapaz de hacer una cosa así.

—¡Eh, amiga mía! —profirió Mirabel, que ya había perdido los estribos—. ¡Ten en cuenta que la delegada soy yo, no tú! Tengo que recordártelo constantemente. No estoy dispuesta a que me sermonees y te entrometas en mis asuntos.

Gladys palideció. Detestaba las discusiones de toda índole y siempre se le antojaba difícil enfrentarse a Mirabel por mucho tiempo. Así que, tomando un libro, optó por callarse. Mirabel tomó otro libro a su vez y la miró con expresión ceñuda, sin ver una sola palabra impresa. En realidad, se repetía mentalmente la misma pregunta: «¿Quién había tocado la alarma?».

Sin duda le hubiera interesado sorprender una pequeña conversación sostenida entre Claudina y Antoinette, de haber podido escucharla.

—Muy bien, ma *petite* —decía Claudina a su hermanita—. Tuviste un gran acierto al presentarte a Mirabel al principio de la asamblea y en aparecer en el jardín cuando nos llamó *tante* Matilde. Nadie, absolutamente nadie, sospecha de ti.

—¡Auuuu, auuuu, auuuu! —murmuró Antoinette, con sus oscuros ojos centelleantes de malicia—. Me siento como el viejo pregonero de nuestro país. ¡Auuuu, auuuuu, auuuu, la asamblea no se celebrará! ¡Ah! ¡Qué fuerte suena esa alarma!

—¡Chiss! —advirtió Claudina—. Ahí vienen las demás. Vete ya, Antoinette. Ten la seguridad de que te ayudaré si lo deseas, puesto que, al fin y al cabo, lo has hecho por mí.

En aquel momento se presentaron varias alumnas de quinto grado.

—¿Qué diablura estás maquinando? —preguntó Bobby a Claudina—. Pareces satisfecha.

—Recuerda que dije: «*Tengo el presentimiento de que no se celebrará esa asamblea deportiva*» —respondió Claudina—. Y acerté, ¿verdad, Bobby?

Capítulo 14

EL CURSO CONTINUA

Las muchachas no tardaron en olvidar el extraño suceso de la alarma, todas excepto Mirabel, que estaba segura de que la culpable era Jane. De hecho, todavía fue más lejos en sus conjeturas, llegando al extremo de sospechar que Ángela había inducido a Jane a perpetrar la fechoría. Arrinconó a la pobre Jane, la excluyó de los partidos y le amargó la vida por completo.

Ángela intentó compensar a Jane, encantada de tener la oportunidad de hacer tontear a una persona desdeñada por Mirabel. La pobre Jane estaba en un raro estado de ánimo, trastornada por la aspereza de Mirabel, conmovida por la amabilidad de Ángela, y fatigada por sus velas nocturnas en la cama, a la luz de su linterna.

Tenía muchas jaquecas, se caía de sueño todo el día y no veía bien, pues se estaba estropeando la vista por leer en la cama a la luz de su linterna.

Pero no era la única en padecer jaquecas por entonces. Felicity, siempre más o menos aquejada de ellas, se lamentaba de tenerlas casi continuamente. Para colmo, con la consiguiente alarma de Anne-Marie, la muchacha solía levantarse de la cama y andar como una sonámbula por las noches.

Felicity había pasado aquella crisis de niña, cuando su mente estaba sobrecargada, y ahora volvía a las andadas. Anne-Marie dormía en la cama vecina y una noche se despertó y vio una confusa figura blanca saliendo por la puerta. Entonces se incorporó y encendió la linterna ¡La cama de Felicity estaba vacía!

«¿Habrás ido a estudiar un poco más? —se preguntó Anne-Marie—. ¡Qué estúpida! Será mejor que vaya a buscarla. Lo pasará mal si se entera la señorita Cornwallis».

Anne-Marie se echó el batín sobre los hombros y siguió a Felicity. Para su sorpresa, ésta no se dirigió al estudio sino que, tras bajar la escalera, entró en la sala de reuniones. Una vez allí, subió los peldaños de la tarima y se quedó en ella.

—¡Felicity! —cuchicheó Anne-Marie, pasmada—. ¿Qué haces, Felicity?

Felicity no se dio por aludida e, inclinándose graciosamente a guisa de saludo, dio un paso atrás y levantó los brazos, como si estuviera tocando el violín. Producía una impresión rara verla a la luz de la luna, que brillaba a través de una ventana abierta.

El brazo derecho de Felicity ascendía y descendía alternativamente, en tanto la muchacha tocaba su imaginaria pieza en un imaginario violín. Mantenía los ojos abiertos, fijos e inexpresivos. Anne-Marie sintió un gran estremecimiento al verlos.

Subió los peldaños y tocó el brazo de Felicity. Ésta no pareció darse cuenta. Siguió tocando su silenciosa pieza y luego volvió a saludar como si hubiera terminado. Anne-Marie la tomó por el brazo. Ante su sorpresa, Felicity no se resistió a seguirla.

—¿Estás despierta o dormida, Felicity? —preguntó Anne-Marie, con temor, mientras subían la escalera.

No obtuvo respuesta. Felicity estaba profundamente dormida, pese a tener los ojos abiertos.

Anne-Marie la acompañó hasta su cama y la ayudó a acostarse. Felicity se acurrucó entre las sábanas, cerró los ojos y respiró profundamente. Anne-Marie se acostó a su vez, pero permaneció un buen rato despierta, reflexionando desconcertada sobre el sonambulismo de Felicity.

«Seguramente le ocurre porque es un genio —pensó la celosa Anne-Marie—. Hace cosas raras, como todos los genios. Supongo que el sonambulismo debe de ser síntoma de talento. Ojalá yo también hiciera cosas insólitas. Entonces tal vez todas creerían que soy un genio, como soy en realidad. ¿Y si me hiciera pasar por sonámbula? En tal caso, si las muchachas se despertasen y me vieran, se convencerían de que yo también soy un genio. ¡Pero todas duermen tan a gusto!».

Con todo, la idea era excelente, y Anne-Marie reflexionó largo tiempo sobre ello y tomó la determinación de ponerlo en práctica en cuanto se presentase la ocasión.

Al día siguiente, Felicity no recordaba nada de su sonambulismo y acogió con cierta incredulidad el relato de Anne-Marie. Encogiéndose de hombros, fue a tomar su lección de música. En aquellos días, no le interesaba nada, salvo su amada música.

Anne-Marie se esforzaba en lo posible para atraerse de nuevo las sonrisas de la señorita Willcox, pero, como lo único que se le ocurría para conseguirlo era importunarla para que leyera sus poesías, no fue muy afortunada. ¡Estaba tan ansiosa de que la admirasen y elogiase por su talento, que no se percataba de que la señorita Willcox sólo prestaba atención a las que la elogiaban y admiraban a ella! La señorita Willcox era, en muchos aspectos, una Anne-Marie mayor de edad, amiga de poses y siempre dispuesta a recoger cuantas adulaciones y lisonjas le dispensaran los demás. Por tanto, no tenía tiempo para dedicarse a las personas como Anne-Marie, también ansiosas de atención.

Por este motivo, Alison era, con mucho, la favorita de la profesora. Alison era una verdadera especialista en convertirse en una servil esclava de la gente como la señorita Willcox. Al igual que Jane con Ángela, Alison disfrutaba haciendo toda clase de favores a su ídolo, a las horas más intempestivas. La señorita Willcox se aprovechaba de ello y mantenía muy ocupada a su adicta alumna.

—Es lamentable —comentaban las primas de ésta—. Incluso empieza a vestirse como la señorita Willcox, algo desaliñada y estrafalaria.

Y así era. Aparecía en clase con un chocante cinturón alrededor de su estrecho talle, o con un chal en el cuello, e incluso se las había ingeniado para conseguir varias horquillas como las que lucía la señorita Willcox en el pelo, sólo que las que usaba Alison no eran doradas, sino cobrizas.

—¡Vaya con la pequeña fanática de Deirdre! —exclamó Bobby, burlonamente, al ver el lindo cabello rizado de Alison sujeto con varias horquillas—. ¡Valiente par estáis hechas tú y Anne-Marie! ¿Has visto a Anne-Marie? ¡Se ha comprado un broche grande como los que lleva nuestra profesora Deirdre!

Resultaba, en verdad, curioso ver la forma en que rivalizaban ambas muchachas en imitar a la señorita Willcox. Pero la señorita Cornwallis estaba contrariada. Todos los días las observaba a las dos y, aunque al principio no dijo nada, pues al fin y al cabo las alumnas de quinto grado tenían más libertad en su indumentaria que las de los grados inferiores, llegó un momento en que

no pudo resistir más.

Fue el día en que Alison apareció con dos chales de diferente color arrollados al cuello, y Anne-Marie con un enorme broche de peltre adornado con una brillante pieza anaranjada en el centro. La señorita Cornwallis juzgó llegada la hora de intervenir.

—¿Tienes dolor de garganta, Alison? —preguntó cortésmente.

—No, señorita Cornwallis —contestó Alison, muy sorprendida.

—Entonces; ¿por qué llevas dos chales, Alison? —insistió la señorita Cornwallis, manteniendo su tono de gran cortesía.

Aquéel tono llamó la atención de todas las presentes. ¡Qué bien conocían aquella entonación supercortés! ¡Invariablemente era presagio de peligro!

—Pensé... pensé que combinaban —tartamudeó Alison, percibiendo también una muda advertencia en aquella voz fría y cortés.

—Bien, Alison —prosiguió la señorita Cornwallis—. Hasta este curso te había considerado una muchacha de buen gusto. Siempre presentabas un aspecto limpio, pulcro y elegante, incluso primoroso. Pero este curso pareces la burda imitación de una joven dependienta que se figura que cuantos más colores, chales, horquillas y broches lleva, más elegante está.

—¡Oh! —balbució la pobre Alison, poniéndose como la grana.

—Y, al parecer, Anne-Marie va por el mismo camino —profirió la señorita Cornwallis, mirando a la pretendida poetisa de un modo que la hizo estremecer y sentir deseos de quitarse el enorme broche—. ¿Qué es eso que llevas, Anne-Marie? ¿Un plato sopero? ¿De veras crees que te favorece?

Anne-Marie se despojó del broche con dedos trémulos. No podía soportar que la reprendiesen en público.

—Así está mejor —declaró la señorita Cornwallis—. Ignoro si imitáis a alguien, pero permitid que os diga que la imitación no siempre constituye la más sincera forma de admiración, aparte de que en vuestro caso particular resulta ridícula.

—¡Pobres fanáticas de Deirdre! —cuchicheó Bobby a Janet—. ¡Eso ha sido una indirecta a nuestra querida señorita Willcox! ¡Apuesto a que Corny está enterada de todas las tontadas que ese par de insulsas imitadoras hacen por ella!

Después de eso, Alison y Anne-Marie desistieron de imitar la forma de vestir de la señorita Willcox, pero continuaron remedando su grave y pausada voz, sus graciosos ademanes y su modo de andar, con el cuerpo algo inclinado hacia adelante. Sus compañeras se cansaron de verlas e intentaron quitarles aquel vicio, importunándolas con humorísticas burlas.

Pero Alison, ilusionada con las buenas migas que su querida Deirdre hacía con ella, no estaba en disposición de escuchar los comentarios de sus compañeras. Otro tanto le ocurría a Anne-Marie, demasiado obstinada para hacerlo.

Si Alison imitaba a la señorita Willcox y la complacía con su actitud, ¿qué le impedía a ella intentarlo también?

Los ánimos empezaron a decaer con la inminencia de los exámenes. El estudio intensivo y la preocupación por la dura prueba en perspectiva minaron la resistencia de la mayoría de las

alumnas de quinto grado. La única que se mantuvo animosa fue Bobby. Naturalmente, Claudina tampoco dio muestras de inquietud. En cambio, Carlota parecía un poco preocupada, ya que deseaba complacer a su padre, que había dicho que se sentiría muy orgulloso de su hija si lograba aprobar aquel difícil examen.

Pauline también estaba preocupadísima. No era tonta y, cuando quería, salía muy bien del paso. Pero no le gustaba Alma, su compañera de estudio.

—Es muy rara —dijo a Alison—. No estudia nunca. Se limita a permanecer sentada y a mirar el libro, sin cesar de comer todo el rato, rumiando como una vaca. Además, siempre se está quejando de que aquí no le dan bastante comida y de que no la dejan comer todos los pasteles que quiere. ¡Es horrible empollar con una persona así delante, que no cesa de gruñir y masticar en todo el día!

—¡Pobre amiga *Pudding*! —exclamó Alison, evocando a la gruesa Alma, que siempre era la última de clase.

Sin embargo, las profesoras no parecían excesivamente preocupadas por el caso de Alma. De hecho, daban la impresión de tomarlo como algo irremediable. La señorita Cornwallis solía reconvenir con severas palabras a cualquiera de las otras que estuviese demasiado tiempo a la cola de la clase, pero rara vez se dirigía a Alma con sarcasmo para referirse a sus aptitudes.

—Es horrible convivir con una persona como Alma a todas horas —suspiraba la pobre Pauline.

Carlota oyó atentamente su comentario e hizo una sugerencia:

—Cuando no puedas más; ven a compartir nuestro estudio conmigo y con Claudina —dijo generosamente, pues en realidad sentía escasa simpatía por Pauline—. Es un poco más grande que los demás, de modo que, si quieres, habrá un rincón para ti. Pero no lo hagas demasiado a menudo, porque Alma se enojará.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Pauline, agradecida—. Será un gran alivio poder refugiarme alguna vez en vuestro estudio, Carlota. Vuestra compañía será muy grata comparada con la de Alma. ¡Es un verdadero pudding!

Carlota y Claudina se llevaban muy bien. Las pequeñas que acudían a ayudarlas estaban encantadas con ellas. Antoinette iba con frecuencia y, caso raro, nunca cometía los singulares errores que había cometido en el estudio de Ángela.

Un día Antoinette encontró sola a su hermana y le dijo con ojos picarescos:

—¡Claudina! ¡Nuestra clase va a celebrar una fiesta nocturna! ¿Recuerdas que me contaste la hermosa fiesta que celebrasteis cuando estabas en cuarto grado? Tomasteis un pisolabis a medianoche junto a la piscina.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —suspiró Claudina—. Es una pena estar en quinto grado. Ahora tenemos que ser muy buenas. Se acabaron las fiestas de medianoche y las bromas.

—Te divertirás mucho, mi pequeña Antoinette.

—Oye, Claudina —rogó Antoinette—. ¿Podrías decirnos un sitio a propósito para guardar los pasteles, las cajas de galletas y la cerveza de jengibre? No podemos guardarlos en la sala común y no nos atrevemos a esconderlos en nuestro dormitorio. Dime un lugar que sea seguro.

Claudina reflexionó unos instantes.

—Hay una gran alacena en el exterior de mi estudio —dijo al fin—. Tiene una llave. Podéis meter vuestras cosas allí, Antoinette, y yo guardaré la llave. Todo quedará a cubierto y te devolveré la llave cuando lo deseés. Sólo tienes que asomar la cabeza en mi estudio y hacerme un guiño y yo saldré con la llave.

—¡Un millón de gracias! —exclamó Antoinette—. Mis compañeras de segundo grado estarán contentísimas. ¡Qué buena hermana eres!

La chiquilla desapareció y, a su debido tiempo, la alacena quedó atestada de comestibles y bebidas. Claudina quitó la llave.

—Ahora nadie la encontrará —dijo, colgando la llave en un clavo de su estudio.

¡Pero, por desgracia, alguien descubrió el escondrijo!

Capítulo 15

ALMA Y LA ALACENA DE PROVISIONES

Alma se mostró muy contrariada al ver que Pauline se iba casi todas las noches del estudio que ambas compartían. Pauline permanecía un rato sentada, intentando estudiar, hasta que por fin, exasperada por la constante actividad de las mandíbulas de Alma, mascando chocolate, chicle o toffees, recogía sus libros y desaparecía.

—¿Adónde vas? —le gritaba Alma.

Pero Pauline no se molestaba en contestar.

En vista de ello, Alma decidió averiguar adónde iba Pauline. Un día asomó la cabeza al pasillo y vio entrar a su compañera en el estudio contiguo, el de Claudina y Carlota. Alma frunció el ceño, pensativa.

En realidad, Pauline no era amiga de ninguna de las dos. ¿Por qué, pues, iba con tanta frecuencia a su estudio? Alma tomó asiento y caviló largo tiempo sobre el asunto. Al fin decidió que la próxima vez que Pauline desapareciese, la seguiría al estudio vecino al cabo de un rato para ver qué iba a hacer allí.

Entretanto, sucedió que Carlota recibió una gran caja de caramelos, obsequio de su abuela y, haciendo honor a su proverbial generosidad, la abrió y la depositó sobre la mesa ante Claudina y Pauline, diciendo:

—Id picando mientras estudiáis.

Claudina miró anhelosamente los deliciosos dulces azucarados. Había pedacitos de limón, naranja y nuez cubiertos de pasta de caramelo. No obstante, Claudina, que estaba muy orgullosa de su bella tez, se limitó a tomar un solo dulce, dispuesta a hacerlo durar toda la tarde. En cambio, Pauline se sirvió generosamente. Disponía de muy poco dinero para comprarse chucherías y no tenía muchas ocasiones de saborear golosinas de aquella clase.

Justamente en el momento en que escogía el cuarto caramelo, se abrió la puerta y entró Alma.

—¿Podrías prestarme el libro de matemáticas? —preguntó la recién llegada, algo insegura—. ¡Ah! ¿Estás aquí, Pauline? ¡Caramba, qué estupendos caramelos! No me habías dicho que tenías una caja tan fantástica, Pauline —agregó, pensando que, en efecto, pertenecía a Pauline, pues ésta se servía un dulce tras otro.

Ni Carlota ni Claudina dieron tiempo a Pauline a contestar. Ambas detestaban a Alma y temían que ésta, al ver a Pauline allí, se instalase en el estudio toda la noche, en cuyo caso daría cuenta de todos los caramelos.

—Aquí está el libro de matemáticas, Alma —dijo Carlota, lanzándoselo al vuelo.

—Cierra la puerta cuando salgas —añadió Claudina.

Alma las miró con expresión incendiaria, acusándolas interiormente de groseras. No le faltaba razón, pero ¿cómo exponerse a que Alma se quedase allí toda la noche? Nadie hubiera podido

soportarlo. Con todo, Pauline se mostró algo molesta al ver que Alma salía dando tal portazo tras de sí que por milagro no se vinieron abajo todos los cuadros de la pared.

—Ahora me hará la vida imposible —se lamentó la muchacha—. Seguramente me ha espiado para ver adonde iba, ¿qué le pasa a esa chica? Está horriblemente gorda y sebosa.

—Será porque come demasiado —comentó Carlota, disponiéndose a escribir un ensayo—. Ahora callad un poco, por favor. Dejadme pensar.

Alma se enojó mucho al ver que las tres muchachas no la invitaban siquiera a tomar un caramelo, tanto, que en toda la noche, no pudo concentrarse para estudiar.

Aquella enorme caja de golosinas no se apartaba de su pensamiento. Alma sentía debilidad por aquella clase de dulces.

Son unas mezquinas —pensó—. Verdaderamente mezquinas. Pero me las pagarán. Aguardaré a que salgan Carlota y Claudina y entonces entraré a coger unos caramelos. Me figuro que son de Pauline y que los ha llevado allí para compartirlos con ellas en lugar de conmigo.

Así pues, Alma decidió vigilar la puerta contigua en espera de que saliesen Carlota y Claudina de su estudio. En el pasillo había una especie de pequeña alcoba cubierta con una cortina. Si se metía allí podría ver salir a las dos muchachas.

Dos noches más tarde su paciencia fue recompensada. Pauline había ido a un debate. Alma se deslizó en la alcoba y aguardó a que Carlota y Claudina acudieran, a su vez, a la reunión, según les había oído decir.

En efecto, al poco rato se abrió la puerta del estudio y aparecieron Carlota y Claudina. Ambas recorrieron el pasillo, charlando. Alma aguardó a que se extinguieran sus pasos, pero cuando se disponía a salir de la alcoba y a entrar en el estudio, percibió un nuevo rumor de pasos, esta vez en dirección hacia ella. La muchacha atisbó por la cortina para ver de quién se trataba.

Era Claudina. Por el camino había encontrado a Antoinette y ésta le había dado una caja de galletas para esconderla en la alacena con los otros víveres. Claudina retrocedió a su estudio, tomó la llave de la alacena, salió al pasillo, abrió el armario y metió la caja en su interior. Luego, volvió a cerrar la alacena y colgó la llave en el clavo. Alma observó todas aquellas idas y venidas con gran estupefacción.

En cuanto Claudina volvió a alejarse para asistir al debate que se celebraba en la planta baja, Alma salió de la alcoba con ojillos centelleantes. ¡De modo que era allí donde sus compañeras de quinto grado guardaban sus provisiones! Sin duda iban a celebrar alguna fiesta y no le habían dicho nada. Alma temblaba de ira.

¡Qué mezquinas eran todas! El curso anterior lo había pasado muy mal en el entonado sexto grado, pero, a decir verdad, todavía era peor el quinto. ¡Había que ver cómo la excluían de todo! Alma entró en su estudio y se dejó caer pesadamente en una silla. Sus ojos se posaron en la alacena. En ella no había nada absolutamente que comer y faltaba mucho para la hora de cenar. Lo malo era que tampoco entonces abundaría la comida.

¿Dónde guardaría Claudina la llave de aquella alacena de reserva? Sería divertido echar un vistazo al interior para ver qué contenía, no para comérselo, claro está. No, ella no haría semejante cosa, por muy mezquinas que hubiesen sido las demás al excluirla de la fiesta. Pero le encantaría

mirar.

Aprovechando que no había nadie en los alrededores, Alma se dirigió de puntillas al estudio de Claudina y empujó la puerta. Una vez dentro, buscó la llave con la mirada. ¿Sería aquella que pendía de un clavo junto a la chimenea? La muchacha la descolgó y se encaminó a la alacena del pasillo exterior.

Con dedos temblorosos, introdujo la llave en la cerradura. No cabía duda: era la llave que buscaba. Encajaba perfectamente. Alma abrió la alacena y contempló el interior.

¡Qué de cosas había allí! Precisamente las que más le gustaban, como sardinas, leche condensada, mermelada de fresa, piña en conserva, cerveza de jengibre, galletas, bombones y una caja de dulces.

Alma no pudo resistir la tentación. Tomaría sólo un bombón, una galleta para acompañarlo y uno o dos dulces. La muchacha puso manos a la obra sin reparo. Luego, al oír pasos, cerró precipitadamente la puerta del armario, dio vuelta a la llave y se refugió en su estudio.

Una vez extinguidos los pasos, corrió al estudio de Claudina para dejar la llave en su sitio.

Por espacio de un buen rato, Alma reflexionó sobre su descubrimiento. Estaba segura de que las alumnas de quinto grado pensaban celebrar una fiesta. No había oído hablar de ella, pero eso no la sorprendía. ¡Jamás le decían nada!

Alma ardía en deseos de saborear el contenido de la alacena. Sus constantes ansias de comer la movían a buscar pretextos para justificar la mala acción que se proponía realizar.

«¡Tengo derecho a participar! Aunque no me hayan invitado, soy alumna de quinto grado y debo compartir sus festines. Como hay Dios que lo haré, pero en secreto, en lugar de asistir a la fiesta. Lo tienen bien merecido por su mezquindad. Tendrán un sobresalto cuando descubran que ha desaparecido una porción de cosas».

Era un extraño secreto, pero Alma gozó de lo lindo pensando en aquella alacena por la noche, al acostarse y al día siguiente, en clase. Guardó, pues, aquel secreto para sí y dirigió a Claudina muchas miradas triunfantes, que la francesita no acertó a interpretar.

Alma empezó a visitar la alacena de provisiones cada vez que Claudina y su compañera se ausentaban de su estudio. Con gran astucia, procuró no coger las cosas cuya ausencia habría llamado enseguida la atención. Por ejemplo, apenas tocó el frasco de confitura para no despertar las sospechas de Claudina. Pero, en cambio, tomó toda la hilera inferior de la caja de bombones, lo que nadie advertiría hasta que se acabase la superior. Luego, en lugar de toda una hilera, cogió sólo unas pocas galletas de cada hilera de la caja grande. Y, por último, se bebió la mitad de cada botella de cerveza de jengibre, cuidando luego de sustituir el líquido con agua, a fin de que las botellas semejasen intactas.

Alma se felicitaba de ser tan astuta. ¡Pobrecilla! ¡Todo su interés se centraba en la comida! Lo cierto era que con su gordinflona y recia figura, su fofo semblante, sus pocos alcances y su carácter ladino y receloso, amén de su falta de amigas leales, Alma no era feliz.

Lo pasó divinamente saqueando la alacena. Claudina puso otras varias cosas en ella, sin sospechar que muchas habían desaparecido ya. Alma se mostraba muy hábil en coger la llave y abrir la alacena cuando no había nadie en las inmediaciones. Si para los estudios hubiese hecho

tanto alarde de materia gris como para robar el contenido del armario, probablemente no habría sido la última de la clase.

Más he aquí que una noche sucedió algo inesperado. Pauline, Claudina y Carlota habían ido a la sala común de cuarto grado para discutir algo con las muchachas de allí, y Alma, sola en su estudio, planeó robar unas galletas y unos bombones... y acaso también una lata de sardinas, pues había ya cinco o seis en total. Aguardaría a abrirla cuando estuviese sola en su estudio.

Salió quedamente y fue en busca de la llave al estudio contiguo. Pero en el momento en que la introdujo en la cerradura de la alacena, oyó que alguien se acercaba. Presa del pánico, se precipitó a su estudio con el tiempo justo para no ser vista. Pero la llave cayó de la cerradura con un sonido metálico y se quedó en el suelo.

La que se acercaba era Alison. Ésta oyó caer la llave sorprendida y, cuando llegó junto a ella, se inclinó a recogerla y la introdujo en la cerradura del armario. La puerta de éste se abrió y Alison vio con sorpresa los comestibles almacenados allí. A todo esto, mientras la muchacha seguía ensimismada en la contemplación de aquellos víveres, se presentó Claudina. Ésta lanzó una exclamación y, cerrando bruscamente la puerta del armario, preguntó a Alison con expresión furibunda:

—¿Has cogido la llave de mi estudio? Francamente, Alison, no te creía capaz de una cosa así. Esto no es de tu incumbencia.

—¿De tu estudio? —farfulló Alison, desconcertada.

¡De ningún modo! Sin duda alguien anduvo hurgando la alacena, porque cuando yo llegué, oí un rumor de pasos que se alejaban seguido del ruido de la llave al caer de la cerradura. Entonces la recogí, abrí la puerta y vi todo esto. No me interesa saber para nada qué son esos comestibles, Claudina, ni pienso decírselo a nadie, pero es evidente que alguien sabe que guardas algo en la alacena. Claudina creyó a Alison sin dudar. Ciertamente Alison era algo flojilla y frívola en algunos aspectos, pero fundamentalmente era una muchacha honesta y sincera. Claudina abrió la puerta de la alacena y contempló el interior muy pensativa. ¡De modo que alguien sabía lo de las provisiones, alguien sabía dónde estaba la llave, alguien conocía el secreto!

Claudina no tardó en advertir que, además, aquel «alguien» había cogido algunas cosas de la reserva. Entonces, tras cerrar la puerta con llave, dijo a Alison, entre enojada y desconcertada:

—Alguien ha metido la mano en todo esto, pero, que yo sepa, la única que conoce ese escondrijo es mi Hermanita Antoinette. Las alumnas de segundo grado piensan celebrar una fiesta de medianoche y yo me comprometí a guardarles los comestibles bajo llave. ¿Quién habrá descubierto el escondrijo y tenido la desvergüenza de robar su contenido?

—No tengo idea —murmuró Alison, asombrada—. Es una acción muy baja y mezquina. Quienquiera que haya sido, demuestra ser una persona despreciable. ¡Es increíble! En fin, Claudina; yo, en tu lugar, llevaría la llave encima. ¡Así la ladrona no podrá hacerse con ella!

Capítulo 16

ALMA, ALISON Y ANNE-MARIE

Alma oyó claramente toda esta conversación. De pronto, sintió una oleada de ira contra Alison. ¡Por culpa de aquella entrometida no podría comer ninguna más de las golosinas escondidas! Alma permanecía absolutamente inmóvil, haciendo votos porque ninguna de las muchachas entrase en su estudio y la viese allí sentada. Se sentía culpable y estaba segura de que su culpabilidad se reflejaba en su rostro.

Pero Claudina y Alison no entraron. A ninguna de las dos se le ocurrió que la ladrona estuviese tan cerca. Tenían la certeza de que había huido. Tal vez era una alumna de segundo grado, pero, fuera quien fuera, ¡qué comportamiento más repugnante el suyo!

La siguiente vez que Alma tuvo ocasión de entrar de puntillas en el estudio contiguo, no encontró la llave. Ya se lo temía. Seguramente Claudina la llevaba colgada del cuello para más seguridad. ¡En adelante, Alma ya no podría volver a disfrutar de aquellos deliciosos y solapados festines!

La muchacha dio una tremenda importancia al hecho y, por espacio de unos días, no acertó a pensar en nada más. Detestaba a Alison por ser la causa involuntaria del desastre. Por su culpa había tenido que dejar de comer las apreciadas golosinas.

«*Me las pagaré* —pensó Alma—. *¿Quién es ella para estropearme así mi estupenda combinación? Le daré su merecido*».

Alma era extrañamente ingeniosa para urdir maquinaciones. Las personas estúpidas suelen ser astutas y Alma no constituía una excepción. Así pues, se entregó a su plan y Alison empezó a pagar las consecuencias de aquella maligna decisión.

Constantemente desaparecían cosas de su estudio. Nunca las de Ángela, sólo las de ella.

—¿Dónde está mi pasador? —gimió un día—. Ha desaparecido. Ésta mañana lo he visto en la repisa de la ventana. ¿No lo has cogido tú, Ángela?

—De ningún modo —contestó Ángela—. Se te habrá caído por algún sitio.

Otro día desapareció de su tocador el cepillo para el pelo. Alison lo buscó por todas partes y luego tuvo que informar al ama de su pérdida.

—¿Cómo es posible que hayas extraviado el cepillo para el pelo? —exclamó el ama, contrariada—. ¡Me figuro que lo utilizaste para lanzarlo en alguna batalla nocturna y se te cayó por la ventana!

—Nosotras, las alumnas de quinto grado, no organizamos batallas nocturnas —respondió Alison con mucha dignidad.

Luego desapareció su estuche de compases y, pese a sus esfuerzos, no logró dar con él. Bobby tenía dos juegos y le prestó uno.

—¡Pero, por el amor de Dios, no los pierdas! —suplicó.

¡Al parecer, este curso estás en plan de perderlo todo!

Aquél mismo día desaparecieron las agujas de hacer media de la bufanda que estaba tejiendo Alison y, al sacar la labor de la bolsa, la muchacha se encontró con todos los puntos sueltos.

—¡Qué raro! —comentó Alison, mostrándoselo a Ángela—. Mira, las agujas han desaparecido y se han soltado todos los puntos. ¿Qué opinas de esto, Ángela?

—Pues que alguien la ha tomado contigo, Alison —respondió Ángela—. Casi lo aseguraría. Y apuesto a que también sé quién es.

—¿Quién? —preguntó Alison, entre sorprendida y ofendida.

—Una que está terriblemente celosa de ti —sugirió Ángela.

—¿Te refieres a Anne-Marie? —barbotó Alison, aún más sorprendida—. No, Ángela, no la creo capaz de esas bajezas. ¿Crees también que ha sido ella la que me ha quitado todas las demás cosas que me faltan? No, no es posible que sea tan ruin.

—La gente dice que cuando una persona tiene celos de otra no se detiene ante nada —explicó Ángela—. Y a ti te consta que Anne-Marie está muy celosa porque estás en tan buenas relaciones con su querida Deirdre y, en cambio, ella actualmente no goza de su favor. ¡No comprendo cómo no se da cuenta de que su amado ídolo está hasta la coronilla de sus poemas!

—Si de veras es ella, demuestra mucha maldad —murmuró Alison, casi llorosa.

En realidad, siempre había tenido empeño en caer simpática a todo el mundo y, naturalmente, sentía en el alma que en su grado pudiera haber una compañera que le quisiera tan mal.

—¿A quién se le ocurre quitarme las cosas y echar a perder mi labor de punto? —balbuceó—. En lo sucesivo, no volveré a escuchar ni tan siquiera un solo verso de sus estúpidas poesías.

Y, en efecto, ante la sorpresa de Anne-Marie, ni Ángela ni Alison mostraron el menor interés en un nuevo poema muy extenso titulado *El corazón hastiado*, que su autora, llevó a leer a su estudio aquella noche.

—Estamos ocupadas —dijo Alison, sucintamente.

—Y tú deberías estarlo también —espetó Ángela—. El examen está al caer.

—Lo leeré en un momento —insistió Anne-Marie, algo desilusionada—. Empieza así...

—Ea, márchate —ordenó Ángela—. Estoy estudiando matemáticas y los números no pegan con la poesía, ni siquiera cuando la composición se titula *El corazón hastiado*, muy en consonancia con el mío en este momento.

—¿Por qué no escribes un poema titulado *Las agujas de media desaparecidas*? —propuso Alison, inesperadamente.

Anne-Marie la miró desconcertada.

—¿Por qué agujas de media? —preguntó al fin.

—Eso, tú sabrás —masculló Alison—, o, al menos, deberías saberlo.

Pero Anne-Marie no atinaba y, diciéndose que Alison y Ángela, además de groseras y descorteses, parecían estar algo chifladas, se marchó con su precioso poema. Al salir, tropezó con la señorita Willcox.

—¡Oh, señorita Willcox! —farfulló—. ¿Sería tan amable de leer esto? Pasé horas componiéndolo anoche.

La señorita Willcox tomó el poema y le echó un vistazo.

Era del mismo tipo que los demás, afectado, lleno de vocablos largos y solemnes, triste y demasiado extenso. La señorita Willcox se impacientó. Y, aprovechando que no había testigos, decidió ser sincera con Anne-Marie.

—Escucha, Anne-Marie —dijo con su grave voz—. Quisiera darte un consejo. Por favor, escúchalo bien y síguelo.

—Sí, señorita Willcox —asintió Anne-Marie con vehemencia—. Lo haré con mucho gusto.

—De acuerdo —prosiguió la señorita Willcox—. Tú no puedes escribir poesías. Sabes rimar y dominar la métrica, pero no tienes ideas. La verdadera poesía exige ideas, hermosas imágenes y grandes sentimientos. Rompe todos tus poemas, Anne-Marie, y concéntrate en el próximo examen. Éste es mi consejo. Te consideras un genio. Pues bien, no lo eres. Eres una simple colegiala llena de fantasías que se figura que sabe escribir. En mi opinión, a menos que tu carácter cambie, nunca escribirás una buena poesía.

Y, dicho esto, la señorita Willcox se alejó, satisfecha de haber descargado su mente de la irritación que siempre despertaba en ella Anne-Marie con sus interminables poemas. La muchacha, confusa y asombrada, la siguió con la mirada, demasiado ofendida para llorar.

Le temblaban las rodillas. Con todo, volvió a su estudio y tomó asiento en una silla. Felicity estaba allí, estudiando un poco de teoría musical, entre quedos tarareos. Ni siquiera vio entrar a Anne-Marie.

Ésta necesitó un buen rato para asimilar todo lo que había dicho la señorita Willcox. La pobrecilla acababa de recibir el golpe más duro de su vida. Todas sus grandes ideas sobre su persona empezaron a tambalearse. ¿De veras no era un genio? ¿De veras no sabía escribir poesías? De pronto tuvo la sensación de que ya no era Anne-Marie, de que no era nadie, nadie en absoluto. Y lanzó un sollozo tan fuerte, que incluso llegó a oídos de Felicity.

—¿Qué sucede? —dijo ésta, mirando a su alrededor.

—¡No lo entenderías! —respondió Anne-Marie, amargamente—. Tú eres un genio y no vives en este mundo. No te das cuenta de nada. A veces, ni siquiera te percatas de mi presencia. Pero ¿qué importa? Yo no soy nadie, ni siquiera Anne-Marie. He sido despojada de todo, de todo cuanto me importaba.

—No exageres —replicó Felicity, algo sorprendida por aquella extraña salida—. ¿Qué pasa? ¿No encuentras la rima para una de tus poesías? ¿Por eso estás tan trastornada?

—¡Oh, eres imposible! —exclamó Anne-Marie, arrojándole un libro.

La sorpresa de Felicity fue en aumento, pero, una vez salió su compañera, la muchacha volvió a concentrarse en su trabajo, con el entrecejo fruncido y su habitual dolor de cabeza.

Anne-Marie se sentía ofendida, asombrada y resentida. ¿Tendría razón la señorita Willcox? Al fin y al cabo, entendía mucho de poesía y, por lo tanto, podía opinar sobre la suya. Aquella noche, Anne-Marie pensó mucho en la señorita Willcox y en cuanto había dicho.

Su resentimiento la indujo a ver a la profesora de literatura con más claridad que antes. Recordó las risas con que sus compañeras acogían su afectación, sus poses y sus miradas románticas. En un santiamén su adoración se trocó en aborrecimiento. ¡Pobre Anne-Marie!

¡Pensar que, de improviso, le habían arrebatado todos sus ideales! Su orgullo, su convicción de ser un genio se habían evaporado, al igual que sus esperanzas en el futuro y su convicción en que la señorita Willcox la apreciaba y admiraba. De hecho, en ese momento, incluso sus propias poesías se le antojaban despreciables.

Por un momento pensó en seguir el frío consejo de la señorita Willcox y romperlas absolutamente todas. Pero una duda persistía en su mente respecto a la aptitud de la profesora para discernir si, en efecto, sus poesías eran buenas o malas. ¿Y si después de romperlas y tomar la decisión de no escribir más, resultaba que la señorita Willcox se equivocaba y sus poesías eran buenas? ¡Qué pérdida para el mundo!

«*¡Si encontrara un medio de averiguar si la señorita Willcox es tan buena juez como pretende!* —pensó Anne-Marie, obsesionada por el asunto—. *Pero ¿cómo? No se me ocurre nada*».

Por fin tuvo una idea y empezó a reflexionar tan profundamente sobre ella, que ni siquiera se dio cuenta de que Alison le decía algo al pasar.

«*¡Lo haré!* —se dijo Anne-Marie alborozada—. *¡Lo haré! Buscaré una poesía poco conocida de un gran poeta, Matthew Arnold o Browning, por ejemplo, y la copiaré con mi letra. Y la próxima vez que la señorita Willcox nos mande componer una poesía, se la presentaré como mía*».

Total, que la muchacha se dirigió a la biblioteca del colegio para buscar una composición adecuada entre las obras de los diferentes poetas.

«*Si la señorita Willcox alaba la poesía, será señal de que aprecia la buena poesía. Y si la critica, pensando que es mía, será señal de que no entiende. ¡Nos veremos las caras, señorita Willcox!*».

Al poco rato, Anne-Marie se hallaba ocupada en consultar las obras de Matthew Arnold, Tennyson y Browning, presa de la sensación de que toda su Felicity, todo su futuro, dependía de ello. Debía procurar no escoger un poema conocido. De lo contrario, la señorita Willcox lo reconocería. Debía elegir uno que recordase su estilo, algo anhelante, triste, arrogante. ¡Todo cuanto deseaba Anne-Marie era poner a prueba a la señorita Willcox, prescindiendo del medio empleado!

Una vez disipada la admiración por la profesora, desaparecieron también sus celos de Alison.

«*¡Pobre estúpida!*», pensó compasivamente, mientras cerraba un libro de poesías y abría otro. Pero, como Alison ignoraba la rudeza de la señorita Willcox con Anne-Marie y su resultado, seguía pensando que ésta estaba celosa de ella y achacó la enojosa desaparición de sus cosas al rencor.

Alma lo sabía y se regocijaba por ello. El hecho de que Alison sospechara de otra persona, simplificaba mucho las cosas. Cogió, pues, otros pocos objetos, gozando con la exasperación y el enojo de la pobre Alison. Tener que privarse de las golosinas escondidas en la alacena había representado para Alma un golpe tan duro como las palabras de la señorita Willcox para Anne-Marie.

Capítulo 17

MIRABEL SIGUE UN PLAN DESPÓTICO

Las alumnas de segundo grado decidieron celebrar la fiesta en su propio dormitorio, convenientemente distante de las habitaciones de las profesoras. Invitaron a las de primer grado y, ante semejante perspectiva, reinaba gran animación entre las pequeñas.

—Han sido muy atentas —comentó Sally—. Propongo que apartemos también algo de comer, ¿no te parece, Jane?

Pero Jane no estaba tan entusiasmada como las demás. Últimamente se había mostrado muy callada y apagada, ofendida por el abandono en que la tenía Mirabel y por sus injustas sospechas respecto al asunto de la alarma de incendios, misterio que no había sido esclarecido todavía. Trabajaba mucho para Ángela, pues se sentía confortada por sus deferencias y alabanzas y, además, seguía estudiando intensamente por las noches bajo las sábanas de su cama.

—¡Anímate, Jane! —le repetía Sally—. ¡Pareces una gallina mojada! ¡Vamos, alegre esa cara! Jane intentó sonreír. De un tiempo esta parte temía echarse a llorar por cualquier cosa, algo absolutamente impropio de ella.

—Será muy divertido ir a esa fiesta de medianoche —murmuró, esforzándose en pensar que, en efecto, sería divertido.

Sin embargo, hacía una temporada que no sentía ilusión por nada. ¡Era tan espantoso ser excluida de los partidos, sabiendo como sabía que era mejor jugadora que las demás!

¿De qué le servía entrenarse a fondo siempre que disponía de un rato libre, si luego Mirabel la trataba de aquel modo?

«*No es justo lo que hace conmigo* —pensaba Jane, resentida—. *No es justo*».

Claudina había informado a Antoinette del saqueo de la alacena y las alumnas de segundo grado se enojaron mucho al saberlo. Además, no se explicaban lo ocurrido, pues Antoinette no había confiado a nadie lo del escondrijo. Afortunadamente, quedaba aún mucha comida de reserva y, por tanto, no había por qué preocuparse.

Un día Antoinette fue en busca de su hermana para decirle:

—Claudina, mañana por la noche celebraremos nuestra fiesta. ¿Quieres hacer el favor de darme la llave de la alacena? Un poco antes de medianoche vendré aquí de puntillas con una de mis compañeras para recoger las cosas.

—Aquí está la llave —dijo Claudina mientras se quitaba un cordón que llevaba alrededor del cuello—. Y recuerda, mañana por la noche procurad no hacer ruido. ¡Qué os divirtáis! ¡Ojalá pudiera ir yo también!

Antoinette sonrió. Estaba pasándolo muy bien aquel primer curso en Santa Clara. Al igual que Claudina, había procurado escabullirse de lo que no le gustaba, perpetrado muchas travesuras no descubiertas por nadie y disfrutado del ambiente de alegría y compañerismo del colegio. Tomó la

llave y se alejó con ella, pero un poco después volvió sobre sus pasos.

¿Cuántas botellas de cerveza de jengibre había en la alacena? ¿Habría bastantes para todas ahora que estaban invitadas las de primer grado? La chiquilla introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta del armario.

Alma, desde su estudio, oyó el rumor de la llave en la cerradura. ¡Cuán bien lo conocía! Al punto, se acercó a atisbar por la puerta. ¡Caramba! ¡Pues no era Claudina la que abría la alacena, sino Antoinette! Alma salió al pasillo. Antoinette con un gran sobresalto, cerró la puerta.

—¿Qué guardas en ese armario? —preguntó Alma con voz autoritaria—. Déjame ver.

Y, antes de que Antoinette pudiera impedirselo, Alma le quitó la llave y abrió la alacena.

—¡Cielos! —exclamó, fingiendo sorprenderse al ver su contenido—. ¿Qué es todo esto? ¿Es tuyo, Antoinette?

Antoinette titubeó. No sentía simpatía por Alma y no se fiaba de ella. Pero ¿qué hacer? Si se mostraba brusca, a lo mejor se molestaba.

—Ya me hago cargo de que es un secreto —murmuró Alma, deseosa de apropiarse de una de las latas de piña.

Pero si me das una de esas latas, Antoinette, no diré nada a nadie. Supongo que pensáis celebrar una fiesta de medianoche, ¿no?

—Sí, mañana —contestó Antoinette, sintiendo cada vez más antipatía por Alma—. Lo siento, Alma, pero no puedo darte una lata sin consultar antes a las demás. Por otra parte, no está bien que la pidas. ¡No me gustan nada esos pactos!

Y, antes de que Alma decidiera qué hacer, Antoinette cerró la puerta y dio vuelta a la llave. Luego, tras sacar la llave de la cerradura, se la guardó en el bolsillo.

—Si quieres, Alma —sugirió, mirando a la muchacha con aire de desafío—, preguntaré a mis compañeras si puedes quedarte con una lata de piña. Pero supongo que no deseas que lo haga, ¿verdad?

Alma se enfurruñó. Naturalmente, no le interesaba que Antoinette fuese diciendo a las alumnas de segundo grado que ella quería una lata de piña. Así que, fingiendo tomárselo a risa, exclamó:

—¡No seas boba! No hablaba en serio. No me gusta la piña. Bien, deseo que os divirtáis mucho.

—Supongo que no irás contando historias de nosotras, ¿verdad? —saltó Antoinette, que desconfiaba cada vez más de Alma—. ¿Me lo prometes? Las alumnas de segundo grado te tendrían en muy mal concepto si fueses con ese cuento a las profesoras, Alma. Me figuro que tienes el sentido inglés del honor, ese honor de que siempre os jactáis las muchachas de aquí, ¿no es eso?

—Por supuesto —respondió Alma, alejándose con el aire más digno que le fue posible adoptar.

Una vez en su estudio, pensó en los comestibles de la alacena y en la velada insolencia de Antoinette. Probablemente, ésta contaría a sus compañeras de segundo grado lo de la lata de piña y todas se darían codazos y cuchichearían cuando la vieran pasar.

Alma hubiera dado cualquier cosa por ir con el cuento para estropearles la fiesta. Pero ¿quién la escucharía? No se atrevía a decírselo a la señorita Theobald o a la señorita Cornwallis, ni estaba segura de que Hilary, la delegada de quinto grado, quisiera escucharla.

De pronto, tuvo una idea. ¿Y Mirabel? Mirabel concedía mucha importancia al deporte y, como había un partido para dentro de dos días, no vería con buenos ojos que las alumnas de primer y segundo grado celebrasen una fiesta la noche anterior al partido. Mirabel debía ser advertida y tal vez suspendiera la fiesta, con sus bruscos e imperiosos ademanes, con lo cual Antoinette sería castigada.

Sin embargo, Alma no se atrevía a acudir a Mirabel directamente. En lugar de ello, escribió una nota con letras de imprenta, a fin de que no fuera reconocida su escritura y se abstuvo de firmar la misiva. La nota rezaba así:

«NO ESPERES QUE EL TERCER EQUIPO GANE EL PARTIDO DEL VIERNES.
TODAS SUS COMPONENTES PERDERÁN LA NOCHE».

Aquella tarde, Mirabel encontró la nota en la mesa de su estudio. Al verla, la leyó con curiosidad.

—¡Gladys! —exclamó, pasándosela a su compañera.

¿Qué diablos significa esto?

—Gladys la leyó de mal grado.

—Es un detestable anónimo —masculló—, enviado por una que quiere ir con chismes y no se atreve a hacerlo abiertamente. ¡Qué asco! Rómpela y échala a la papelería. No lo tomes en cuenta. Ésa es la forma de proceder con las cartas de esta clase.

—Sí, pero el tercer equipo de *lacrosse* no ganará el partido si esas chicas pierden la noche —objetó Mirabel—. Y quiero que lo ganen. He puesto todo mi empeño en ello. Me figuro que esas estúpidas chiquillas se proponen celebrar una fiesta de medianoche o algo por el estilo. Y al día siguiente estarán molidas.

—Sí, pero ¿no te divertías tú también con las fiestas de medianoche cuando pertenecías a los primeros grados? —respondió Gladys—. ¿Has olvidado lo bien que lo pasábamos?

—Pero no las celebrábamos en vísperas de un partido importante —gruñó Mirabel—. Ten en cuenta eso, Gladys.

—Por amor de Dios —rogó Gladys, alarmada—, no intentes desbaratarles la diversión, Mirabel. No debes entrometerle hasta ese punto. No seas aguafiestas.

Mirabel reflexionó unos instantes.

—Ya sé lo que haré. Mandaré una nota a Katie, la delegada de segundo grado, diciendo que me he enterado de que piensan celebrar algo mañana a medianoche y que me gustaría que aplazasen la fiesta hasta después del partido. Estoy segura de que las muchachas respetarán mis deseos. Así podrán jugar el partido en plena forma y celebrar su fiesta después.

—Yo, en tu lugar, ni siquiera haría eso —objetó Gladys.

No creo que la fiesta influya mucho en el resultado del partido y, además, sólo intervienen en él una cuarta parte de las muchachas. ¡Escasamente!

—No sé qué te pasa ahora —refunfuñó Mirabel con expresión hosca—, pero el caso es que nunca me apoyas en nada.

Y, sin añadir palabra, la delegada de deportes procedió a escribir una breve nota a la delegada de curso.

Katie la recibió aquel mismo día y, tras leerla sorprendida, se la mostró a Antoinette y dijo:

—¿Cómo se ha enterado Mirabel de nuestros planes? ¿Se lo has dicho a alguien, Antoinette?

—Sólo a Alma, contestó la francesita.

Y contó a Katie lo sucedido en la alacena.

—¡Qué horrible! —exclamó Katie, pasmada por el incidente y por la conducta de Alma—. ¡A lo mejor fue ella la que robó nuestras provisiones!

—Es posible —convino Antoinette—. No es una persona simpática.

Katie convocó una asamblea de alumnas de segundo grado en la sala común y les leyó la nota de Mirabel. Como es de suponer, la misiva pecaba de arrogante y perentoria. Saltaba a la vista que Mirabel esperaba ser obedecida.

—Propongo que celebremos la fiesta mañana por la noche según lo convenido —expuso Yolanda—. Mirabel se ha vuelto demasiado exigente últimamente. Ésta nota es el colmo de la descortesía. Además, ¿a ella qué le importa? Siempre se mete en lo que no debe.

Todas se mostraron de acuerdo con Yolanda. Era curioso comprobar lo impopular que se había hecho Mirabel. En su afán por manejarlas a todas a su antojo, sólo había conseguido despertar su oposición y descontento.

—Es preferible que no conteste a Mirabel hoy, ¿no os parece? —decidió Katie—. Le contestaré después de celebrada la fiesta. ¡Así no podrá desbaratarla!

A Mirabel le sorprendió no recibir una contestación de Katie en la que le garantizara que se aplazaba la fiesta hasta después del partido, pero no se le ocurrió ni por un momento que las alumnas de primer y segundo grado se atreviesen a desafiarla. Algo desconcertada, se dijo que Katie no demostraba ser muy educada, pues su obligación era saber que toda petición de una de las mayores exigía una rápida respuesta.

Las chiquillas de primer y segundo grado estaban realmente excitadas. Era la primera vez que celebraban una fiesta nocturna y el acontecimiento se les antojaba terriblemente emocionante. Todas, sin faltar una, pensaban asistir. Violet ya había vuelto de la enfermería, tras superar su gripe, y también esperaba la fiesta con muchísima ilusión.

Jane se esforzaba en hacer otro tanto, pero se sentía muy desdichada. Para colmo, tuvo una reyerta con Violet que acabó con su resistencia.

Violet había vuelto de la enfermería con la esperanza de servir a Ángela en sus pequeños quehaceres como de costumbre. Estaba algo desilusionada porque Ángela ni siquiera le había mandado unas letras durante su enfermedad. Pero no importaba. Sin duda, Ángela estaría muy satisfecha de volver a verla por su estudio, atendiendo a la limpieza y al repaso de la ropa, como antes.

Pero Ángela no tenía interés en quedarse de nuevo con Violet. Se había acostumbrado a la callada y eficiente Jane, que parecía contentarse con una sonrisa o una palabra de elogio de vez en cuando. En cambio, Violet era demasiado charlatana y se pasaba el tiempo contando sus cosas. Naturalmente, eso fastidiaba terriblemente a Ángela, que sólo se ingresaba en su persona.

De modo que, con gran consternación de Violet, Ángela le dispensó una fría acogida, limitándose a indicarle que pasara a ver a Pauline, por si ésta necesitaba sus servicios, pues Jane atendía ya a todo debidamente. Violet no se atrevió a discutir con Ángela, pero corrió enseguida a encararse con Jane.

—¡Eres una traidora! —exclamó, con ojos centelleantes de cólera—. ¡Mira que aprovecharte de mi enfermedad para atraerte de nuevo el favor de Ángela a espaldas mías y ocupar mi puesto! ¡No volveré a hablarte en mi vida, Jane Teal! ¡Y la mitad de la clase de primer grado seguirá mi ejemplo!

Jane intentó defenderse, pero Violet tenía mucha labia y, en un momento dado, era capaz de soltar palabras muy mordaces e insultantes. Y como Jane se sentía muy fatigada y desdichada, rompió a llorar.

—¡Esto es muy propio de ti! —dijo Violet con desdén.

¿Crees que inspiras compasión con tus lágrimas? ¡Pues bien! ¡Ve a llorarle a Ángela y verás qué dice! ¡No puede soportar esas ñoñeces!

Jane se quedó con la sensación de que tal vez había jugado una mala pasada a Violet. Aquélla noche apenas pudo dormir y por la mañana se despertó con jaqueca y dolor de garganta, cosa que acentuó su tristeza.

«¡Menos mal que no tengo que jugar en el partido de mañana!», pensó, dudando de que Mirabel volviese a convocarla alguna vez para un partido.

Jane se sentía algo rara aquel día. Ignoraba que tenía fiebre muy alta. Jugó tan mal en el campo de *lacrosse*, que Mirabel la reprendió. No pudo concentrarse en clase y la señorita Roberts tuvo que llamarle la atención. Violet la esquivó abiertamente y algunas amigas de ésta tampoco le dirigieron la palabra.

«Daría cualquier cosa por estar en casa —pensó Jane, vehemente—. Si pudiera contárselo todo a mamá, me sentiría mejor. No puedo decírselo por carta. Ojalá pudiera irme a casa».

La idea progresó en su abrumadamente y, por fin, Jane concibió un plan que no se le habría ocurrido nunca de haber estado centrada. ¡En lugar de ir a la fiesta, iría a casa! Afortunadamente para ella, su casa estaba en el pueblo vecino, a cuatro millas de distancia. Pero Jane tenía la certeza de que podría ir andando a altas horas de la noche. Entonces, vería a su madre, se lo contaría todo y las cosas se arreglarían.

No sospechaba que tenía un principio de gripe, con temperatura muy alta y que, por tanto, no razonaba normalmente. Sally no pudo arrancarle ni una palabra y, naturalmente, se quedó preocupada. ¡Pobre Jane! ¡Qué mal rato estaba pasando!

«No importa —pensó—. ¡Ésta noche me iré a casa!»

Capítulo 18

UNA NOCHE SORPRENDENTE

Aquél viernes por la noche reservaba un sinfín de sorpresas a *Mademoiselle*, que no sospechaba ni remotamente lo que le aguardaba. El caso es que la profesora nunca lo olvidó y, siempre que se tomaba unas vacaciones en su amada Francia, refería a sus amistades los acontecimientos de aquella noche, para mostrar a su arrobado auditorio cuán raras eran las muchachas inglesas.

Era la noche de la fiesta, y las alumnas de primer y segundo grado se disponían a celebrarlo a las doce en punto en uno de sus dormitorios. Antoinette había escondido ya varias cosas de comer en la parte superior de un alto armario de su dormitorio y tenía intención de ir en busca de las demás un poco antes de medianoche.

Desgraciadamente, Mirabel había visto a Antoinette por el pasillo, cargada con varios paquetes sospechosos y, aunque la había llamado, la francesita juzgó muy prudente hacerse la desentendida y escabullirse rápidamente por la esquina del corredor, donde estuvo a punto de tropezar con la señorita Willcox.

Mirabel se quedó mirando a la fugitiva Antoinette con exasperación. A decir verdad, aquellas chiquillas se mostraban cada vez más descorteses. Su actitud era incalificable. Mirabel volvió al estudio enfurruñada. ¿No sería que aquellas chicas se proponían celebrar su fiesta aquella noche a pesar de que ella les había pedido que la aplazaran? ¿Era posible que hubiesen desatendido su ruego? ¡Casi no podía creerlo! No obstante, persistía la duda, y Mirabel no podía librarse de aquella sensación. No dijo nada a Gladys, pero decidió quedarse despierta aquella noche y dirigirse a los dormitorios de las pequeñas alrededor de las doce para ver qué sucedía.

«*Si me han desobedecido, les daré un buen rapapolvo y, además, las delataré* —pensó Mirabel, sombríamente—. *¡Así aprenderán a acatar mis órdenes!*».

Por su parte, Anne-Marie había planeado hacerse pasar por sonámbula aquella noche. Se le habían ocurrido muchas cosas raras para llamar la atención de sus compañeras e impulsarlas a exclamar: «*¡Hace eso porque es un genio!*», como solían decir a menudo de la distraída Felicity. Pero Anne-Marie dudaba de su habilidad en llevarlas a cabo ante los perspicaces y agudos miembros del quinto grado.

No le interesaba representar una de aquellas genialidades para que las otras prorrumpiesen en carcajadas y le dijeran que todo era comedia. Lo que se imponía era que la considerasen realmente inteligente. Debía hacer algo para contrarrestar el deprimente efecto de las palabras de la señorita Willcox.

¿Quién era más fácil de engañar? La muchacha pensó un rato y, por último, llegó a la conclusión que acaso *Mademoiselle*. Había oído contar las innumerables bromas que las alumnas del colegio habían gastado a la profesora francesa en el curso de los años, y estaba segura de que *Mademoiselle* tragaría el anzuelo e iría contándoselo a todo el mundo, con gran aparato de gestos

y ademanes.

—¿Sabéis? —exclamaría—. La petite Anne-Marie es sonámbula y recita poesías mientras anda dormida. ¡Es un genio! ¡Debemos cuidarla! ¡Debemos apreciar a esa talentada muchacha! ¡Algún día será famosa!

Sí, no cabía duda de que *Mademoiselle* era la persona más indicada para el caso. La mejor hora sería por la noche. Buscaría algún medio de despertarla y atraerla al pasillo, y entonces ella se dejaría ver haciéndose la sonámbula mientras recitaba versos y más versos. *Mademoiselle* se impresionaría y tal vez incluso la señorita Theobald pensaría que Anne-Marie era un genio y querría leer algunas de sus bonitas poesías.

De hecho, Anne-Marie estaba satisfechísima de su idea y esperaba ponerla en práctica aquella noche.

«*Saldré a eso de las doce y media —pensó—. Será la mejor hora. Todo el mundo estará durmiendo*».

En realidad, había escogido la peor noche para su sesión de sonambulismo, porque muchas de las alumnas estarían despiertas. Todas las chiquillas de primer y segundo grado estarían celebrando su fiesta. Jane Teal vagaría por los pasillos del colegio para escaparse a su casa. Mirabel estaría al acecho para averiguar si las pequeñas celebraban su fiesta. Alma merodearía por el pasillo para ver si quedaba algo que comer en la alacena. Y Antoinette, con una o dos de sus compañeras, iría en busca del resto de los comestibles.

Para colmo, Felicity también iba a practicar su sonambulismo aquella noche, aunque, en su caso, sin ficción. Habría bastante gente vagando por el pensionado, aunque Anne-Marie no tuviera la menor idea de ello.

Todas las muchachas se acostaron a la hora habitual. Las de primero y segundo grado fueron las primeras en retirarse, cloqueando con excitación y haciendo votos para no dormirse hasta medianoche. Antoinette y Sally serían las delegadas de despertar a las que se durmiesen. Era emocionante tener en perspectiva semejante aventura.

Las alumnas de tercer y cuarto grado se acostaron más tarde.

Las de quinto y sexto grado podían velar hasta las diez y, por lo regular, no se retiraban hasta entonces. Aquella noche, Todas se acostaron a la hora acostumbrada, incluso Felicity, que a menudo no lo hacía hasta mucho más tarde, abstraída en su música, como de costumbre. Era un milagro que ninguna profesora hubiese descubierto aún la luz de su lámpara encendida en su estudio hasta altas horas de la noche.

Por último se retiraron las profesoras, bostezando, tras cambiar unas palabras de despedida. *Mademoiselle* fue la última en hacerlo. Tenía un montón de ejercicios de las alumnas de sexto grado que corregir y se quedó hasta muy tarde.

—«*Corregiré estos que faltan y luego me acostaré* —pensó, al consultar el reloj—. *¡Las once y media ya! ¡Qué despacio he ido esta noche!*».

A las doce menos cinco, *Mademoiselle* se dirigió a su dormitorio. Y a las doce, cuando se disponía a acostarse y su cama estaba a punto de crujir bajo su pesado corpachón, la profesora de francés percibió un ruido.

Era como si hubiese caído un objeto duro en el suelo de la habitación de arriba. *Mademoiselle* se sentó al borde de la cama y reflexionó sobre las posibles causas del extraño rumor.

No era el gato. Tampoco se trataba de ninguno de los inesperados crujidos o chirridos que producían a veces los muebles por la noche. Tampoco era ninguna de las profesoras, porque todas se habían acostado ya. ¿Qué sería, pues? *Mademoiselle* pasó revista a todas las posibilidades. Sabía que los estudios de las alumnas de quinto grado estaban sobre su dormitorio, formando dos largas hileras a lado y lado de dos pasillos. Pero era imposible que aún hubiese alguna alumna levantada. ¡Todas las de quinto grado debían estar acostadas ya!

Un nuevo ruidito decidió a *Mademoiselle* a ir a investigar.

A lo mejor era un ladrón. *Mademoiselle* tenía horror a los ladrones, pero consideraba su deber averiguar si había uno en la escuela. Sintióse muy valiente y armada con un cepillo para el pelo, la profesora se puso el batín y las zapatillas, se lijó la cinta a la gruesa cintura y abrió la puerta del aposento.

Todos los pasillos y corredores de Santa Clara permanecían iluminados por la noche, si bien con luces algo mortecinas especialmente reservadas para ello. Se podía distinguir una figura, más no su fisonomía. No es de extrañar, pues, que aquellos corredores se le antojasen algo imponentes a *Mademoiselle* mientras ésta emprendía su viaje de inspección.

Lo primero que hizo la profesora de francés fue tropezar con el gato del colegio, un enorme felino negro muy dado a corretear por la noche. *Mademoiselle* no lo vio. Pero como los gatos ven de noche, él se apresuró a avanzar hacia ella para refregarse por sus tobillos, encantado de descubrir una compañera de correrías nocturnas.

Mademoiselle lanzó un grito ahogado y estuvo a punto de perder el equilibrio. Uno de sus grandes pies rozó el costado del gato y éste dio un fuerte maullido. *Mademoiselle* reconoció su voz y suspiró, aliviada, al comprobar que no se trataba de un ladrón tendido en el suelo para apresar su pie, sino simplemente del inofensivo gato de la escuela.

—¡Chist! —exclamó con un sibilante y agudo cuchicheo.

Y el gato huyó, agraviado por la falta de cordialidad de *Mademoiselle*.

—Ésta subió la escalera que conducía al piso superior, es decir, al lugar del que procedía el ruido que había oído. Antoinette andaba por el pasillo, acompañada de Sally, en su tercer viaje a la alacena para recoger los comestibles. De improviso, la chiquilla percibió con horror el penetrante «chist» de *Mademoiselle* en el piso de abajo.

—¡Alguien anda por ahí! —susurró, agarrando a Sally.

¿Has oído? ¿Qué contratiempo, Sally! ¿Qué haremos ahora?

Aquí cerca hay una alcoba —cuchicheó Sally—. ¿Ves?

Allí donde está aquella cortina. Nos esconderemos detrás con nuestras latas y botellas. ¡De prisa! ¡A lo mejor esa persona pasa de largo! ¡No estornudes, ni hagas ruidos de ninguna clase!

Las dos muchachas se ocultaron tras la cortina, con el corazón palpitante. Al poco rato percibieron los pasos de *Mademoiselle*, acompañados del suave rumor de sus grandes zapatillas. Ambas permanecieron inmóviles.

Mademoiselle llegó a la altura de la alcoba y, observando que la cortina sobresalía demasiado,

con un sospechoso pandeo, tendió una mano temblorosa y palpó un cuerpo blando detrás de ella. La profesora ahogó una exclamación. Por su parte, Antoinette y Sally decidieron jugarse el todo por el todo y, súbitamente, salieron disparadas de la alcoba, dejando caer una botella de cerveza de jengibre sobre los pies de la pobre *Mademoiselle*. Ésta lanzó un gemido de dolor y, levantando el pie lastimado, se dirigió a la pata coja a la pared de enfrente y, en cuanto consiguió alcanzarla, tendió una mano para apoyarse en ella.

Al propio tiempo, vislumbró dos figuras corriendo por el oscuro pasillo hasta desaparecer por la esquina. No tenía idea de si eran ladrones o muchachas. Mientras se palpaba suavemente los callos, la invadió una oleada de ira. ¿Cómo se atrevía la gente a tirar cosas en sus pies en plena noche y a echar a correr luego, sin siquiera disculparse? *Mademoiselle* resolvió perseguir a aquellos bribones —o bribonas— y darles caza aunque tuviera que revolver cielo y tierra.

No vio la botella de cerveza de jengibre a sus pies y tropezó con ella en cuanto echó a andar presurosamente por el pasillo, con lo que esta vez se lastimó el otro pie. La botella rodó hasta dar en la pared. *Mademoiselle* se detuvo de nuevo mientras lanzaba un lastimero gemido.

Acto seguido, recorrió precipitadamente el pasillo, pero al llegar a la esquina, no vio a nadie allí. El pasillo daba la vuelta a todo el tercer piso del edificio, por lo que acababa donde empezaba. *Mademoiselle* optó por recorrerlo en su totalidad para comprobar si andaba alguien por aquel piso. Así pues, se puso en marcha, dispuesta a dar caza a las trasnochadoras.

Tras, tras, tras, retumbaban sus pies. De cuando en cuando, *Mademoiselle* se ajustaba los quevedos, pues éstos tenían una irritante propensión a caérsele de la nariz cuando corría. Tras, tras, tras. ¡La caza continuaba!

Capítulo 19

MADEMOISELLE NO SE ARREDRA

Alma fue la siguiente figura vagamente vislumbrada por *Mademoiselle*. La muchacha tenía la certeza de que Antoinette haría dos o tres visitas a la alacena aquella noche. Probablemente, entre una y otra, dejaría la puerta abierta y entonces, se dijo la golosa Alma, ella podría acercarse y coger algo para sí, una lata de piña, por ejemplo. ¡Al parecer, la piña era lo que más le apetecía!

Así pues, tras cerciorarse de que sus compañeras dormían profundamente, Alma se levantó en silencio de la cama y subió al tercer piso. Una vez allí, se encaminó a la alacena en el preciso momento en que *Mademoiselle* doblaba, jadeante, la última de las cuatro esquinas del corredor, para desembocar de nuevo en el lugar dónde se hallaba la alcoba. La alacena estaba a poca distancia.

Mademoiselle vio una figura en el pasillo. ¡Por fin! Sin duda se trataba de uno de los merodeadores nocturnos. ¡Ella les enseñaría a no dejar caer cosas sobre sus pobres pies! Animada por aquella idea, se deslizó detrás de la confiada Alma, que se hallaba ante la alacena buscando a tientas alguna lata de lo que fuera.

Alma tuvo un susto de muerte al notar que se posaba una mano en su hombro. Echó a correr, asustada y, en su precipitación, dio un golpe a la pobre *Mademoiselle* en pleno estómago. La profesora dobló el cuerpo hacia adelante, lanzando tal gemido, que Alma se horrorizó. E incapaz de dar un paso más, la muchacha se quedó allí de pie, temblando como una hoja.

Mademoiselle se recobró enseguida del dolor. Estaba segura de que se trataba de un ladrón dispuesto a desvalijar todos los armarios. ¡Era un tipo peligroso! ¡El muy cobarde le había propinado un tremendo golpe! *Mademoiselle* no tenía intención de vérselas con él. Así pues, tras dar a Alma un súbito empujón que la precipitó entre las latas, las botellas y las mantas viejas, cerró la puerta y se guardó la llave.

—¡Ahí! —exclamó, dirigiéndose a la alarmada Alma, encerrada en el armario—. ¡Y ahora que ya te tengo encerrado bajo llave, voy a llamar a la policía!

Con esta terrible amenaza, la profesora de francés se fue a telefonar a la policía. Bajó al otro piso, mientras se felicitaba cordialmente por su habilidad y valentía, y se palpaba al propio tiempo el dolorido estómago para comprobar si estaba magullada.

En cuanto llegó abajo, vio a Jane Teal, que había elegido aquel momento para escabullirse de su dormitorio, ponerse el abrigo y el sombrero, y dirigirse a una puerta lateral que se abriera fácilmente. Pero la pobrecilla Jane se encontraba muy mal. Bajo la creciente temperatura producida por la gripe, le parecía estar soñando. Todo cuanto deseaba era reunirse con su madre y le constaba que para ello debía salir de Santa Clara y andar algunas millas sin descanso.

De modo que, sin saber apenas lo que hacía, palpó la pared con mano febril mientras andaba, en busca de la puerta lateral, murmurando al mismo tiempo:

—Tengo que encontrar la puerta. Eso es lo primero y más importante. Encontrar la puerta.

Mademoiselle oyó aquel murmullo y se detuvo al instante, sorprendida y alarmada. ¿Sería otro ladrón? ¿Quién era aquella persona que andaba a tientas junto a la pared, con un sombrero puesto? *Mademoiselle* no distinguía qué clase de persona era bajo la mortecina luz del pasillo, pero convencida de que se las había con ladrones, pensó que probablemente se trataba de una de las dos figuras que había visto correr al principio por el pasillo del piso superior. Cautelosamente, pues, siguió a Jane de puntillas.

Jane siguió andando a lo largo de la pared hasta llegar a una puerta.

—Aquí hay una puerta —murmuró—. Ahora la abriré y saldré al exterior. He encontrado una puerta...

Pero no era la puerta lateral que conducía al jardín, sino la puerta del armario donde las alumnas del segundo grado guardaban sus objetos deportivos. El armario estaba lleno de raquetas de *lacrosse*, mallas viejas, varios impermeables desechados y algunas otras cosas por el estilo. Jane abrió la puerta y entró en la alacena. Entonces, *Mademoiselle*, triunfante, entrevió la oportunidad de repetir su reciente hazaña y encerrar también en un armario a aquel segundo ladrón.

En consecuencia, se precipitó hacia la puerta, cerró con llave y dejó a la pobre Jane en la oscuridad entre una serie de objetos que se le antojaban rarísimos al tacto de sus pequeños dedos febriles.

—Quiero ir a casa —murmuró Jane.

Y bruscamente cayó sobre un montón de mallas y raquetas, pues sus piernas se resistían ya a sostenerla. La muchacha permaneció allí, febril y amodorrada, sin preocuparse en lo más mínimo del lugar donde se hallaba.

Mademoiselle no pudo evitar sentirse muy orgullosa de sí misma. ¿Qué otra profesora de Santa Clara hubiera sido capaz de capturar y encerrar a dos ladrones en una noche como aquella? *Mademoiselle* se dijo que, en realidad, era una lástima que se hubiese dedicado a la docencia. Su verdadero puesto estaba en el cuerpo de policía.

«*Ahora iré a telefonar*», pensó, imaginándose, alborozada, el asombro de la policía cuando se enterase de lo ocurrido.

Pero, por lo visto, estaba de Dios que no iba a poder difundir la noticia, porque apenas llegó al vestíbulo vio otra extraña figura.

Aquella vez se trataba de Felicity, en pleno sonambulismo, deseosa de encontrar la sala de actos y subir a la tarima para tocar una vez más su imaginario violín. La muchacha andaba sonámbula, con los ojos abiertos y tarareando una melodía en voz baja y suave. Llevaba un batín blanco y *Mademoiselle* se quedó petrificada al ver avanzar a aquella figura hacia ella con un quedo murmullo.

—*¡Tiens!* —exclamó *Mademoiselle*, que retrocedió unos pasos.

Por primera vez se preguntó si los acontecimientos de aquella noche eran reales o fruto de un sueño. Era inusitado que hubiese tanta gente merodeando por la casa, de ordinario tan tranquila, a aquellas intempestivas horas de la noche.

Sin duda, en esta ocasión no se trataba de un ladrón. Parecía algo sobrenatural, un espíritu errante, perdido y solitario. *Mademoiselle* se estremeció. Con los ladrones se atrevía. Pero los espíritus eran harina de otro costal. Se desvanecían, desaparecían como por encanto, si alguien los tocaba, y a *Mademoiselle* aquello no le hacía ni pizca de gracia.

Decidió, pues, no ir a telefonar de momento para no tener que enfrentarse con aquel espíritu errante. Se refugiaría un rato en su habitación hasta que el espíritu se fuera por donde había venido. Así pues, *Mademoiselle* dio media vuelta y emprendió la retirada.

Pero sucedió que Felicity, pese a hallarse profundamente dormida, percibió a *Mademoiselle* en tanto ésta desaparecía en dirección a la escalera, y concibió la idea, en sueños, de que tal vez aquella persona la conduciría a la tarima, a fin de que pudiera interpretar sus maravillosas composiciones, por lo que siguió a *Mademoiselle* al piso superior, con los ojos abiertos y vidriosos, y las manos extendidas.

Al volverse a mirar, *Mademoiselle* comprobó con alarma que el espíritu blanco la seguía. No había contado con aquella posibilidad. Y, atemorizada, se dirigió a toda velocidad a su dormitorio del primer piso.

Felicity la siguió, casi flotando por la escalera, pues era alta y delgada, incluso demasiado frágil para su edad. *Mademoiselle* entró en su habitación y se sentó en la cama, sin aliento.

Al poco rato se abrió la puerta y en su marco apareció Felicity, con los ojos aún abiertos. Como la luz estaba encendida, *Mademoiselle* vio enseguida que la que había tomado por una espantosa aparición era simplemente su alumna Felicity.

—*¡Tiens!* —exclamó *Mademoiselle*, llevándose la mano a la frente—. *¡Tiens!* Pero ¿qué pasa esta noche con tantos ladrones y muchachas merodeando por la casa? Felicity, hija mía, ¿estás despierta?

Había algo aterrador en el pálido e inexpresivo semblante de Felicity. *Mademoiselle* advirtió que la muchacha estaba profundamente dormida y no se atrevió a despertarla. Su alivio fue inmenso al ver que Felicity palpaba la cama, abría el embozo, se acostaba y cerraba los ojos. A los pocos instantes, la muchacha dormía apaciblemente.

Mademoiselle contempló el pálido rostro que descansaba en la almohada. Era, en verdad, desconcertante tener a dos ladrones encerrados en sendas alacenas y a una sonámbula acostada en su cama. La profesora no sabía qué hacer, si telefonar a la policía o ir a llamar a la señorita Theobald para que viera a Felicity. Tenía la suficiente experiencia escolar para comprender que el sonambulismo no era nada bueno. Algo inducía a Felicity a actuar de aquel modo y aquel algo debía ser descubierto lo antes posible.

Procedente del piso superior, llegó otro extraño ruido. Antoinette y Sally habían vuelto a la alacena en busca de más comestibles y, al llegar junto a ella, se habían encontrado con que la puerta estaba cerrada y la llave había desaparecido. ¡Para colmo, había una persona encerrada en el armario! Sorprendidas y asustadas, ambas volvieron corriendo a su dormitorio a decírselo a las demás. Al oír el rumor de sus pasos, *Mademoiselle* salió de su habitación y, tras recapacitar, dio vuelta a la llave por si a Felicity intentaba reanudar sus paseos de sonámbula.

Tuvo el tiempo justo de ver las dos vagas figuras de Antoinette y Sally, precipitándose a su

dormitorio.

—*¡Tiens!* —repitió *Mademoiselle*, estupefacta al ver vagar más gente por la casa aquella noche—. ¿Estoy dormida o despierta? ¡Adondequiera que voy, veo gente huyendo por los pasillos!

La siguiente persona que vio *Mademoiselle* fue Mirabel, en el momento en que ésta bajaba la escalera para averiguar si las alumnas de segundo grado celebraban su fiesta o no. *Mademoiselle* no daba crédito a sus ojos. ¿Sería que toda la escuela se dedicaba a vagar aquella noche, o se trataba de otro ladrón?

Mirabel era una muchacha alta y robusta y, como llevaba pijama, parecía un hombre a la mortecina luz del pasillo, por lo que *Mademoiselle* tuvo la certeza de que debía de tratarse de otro miembro de la banda de ladrones que, al parecer, invadían Santa Clara aquella noche. Por tanto, siguió a la muchacha, procurando no hacer ruido. Por lo visto, aquella noche estaba destinada a encerrar gente y acariciaba ya la fascinadora idea de apresar también a aquel ladrón.

Mirabel se dirigió hacia los dormitorios del segundo grado. *Mademoiselle*, temiendo que el ladrón asustase a las muchachas, apretó el paso. Pero en aquel momento reapareció el gato del colegio y la hizo tropezar. Al oír el ruido del pequeño encontronazo, Mirabel echó una mirada a su alrededor y se metió rápidamente en uno de los cuartos de baño instalados frente a los dormitorios. No le interesaba que ninguna de las pequeñas la sorprendieran merodeando por allí, por si acaso resultaba que no se celebraba la fiesta.

Mademoiselle entrevió, regocijada, una nueva posibilidad de encerrar a otra persona sin esfuerzo. Empezaba a creer que apresar ladrones era la cosa más fácil del mundo. ¡Bastaba con dar vuelta a una llave! Procedió, pues, a girar la de la puerta del cuarto de baño, segura de dejar allí encerrado a otro intruso.

Mademoiselle pensó, ilusionada, en la sorpresa y la admiración de las otras profesoras cuando se enterasen de sus proezas. En caso necesario, estaba dispuesta a encerrar a otra media docena de ladrones en otros tantos armarios y cuartos de baño.

Mirabel se quedó horrorizada al verse encerrada. No tenía idea de quién había dado vuelta a la llave, pero supuso que se trataba de una broma de algunas de las pequeñas. Así que se dispuso a esperar a que alguien la liberase. Estaba segura de que ninguna muchacha se atrevería a tenerla encerrada toda la noche.

Mademoiselle decidió ir a avisar a la señorita Theobald, convencida de que ningún policía se mostrara inclinado a dar crédito a sus palabras si telefoneaba diciendo que había encerrado a tres ladrones en el colegio. Se dirigió a la escalera pero, en el momento en que se decidía a bajarla, entrevió otro paseante nocturno.

Ésta vez era Anne-Marie, que se fingía sonámbula para imitar a Felicity y estaba dispuesta a despertar a *Mademoiselle* para tener un testigo propicio. La profesora se quedó boquiabierta al ver otra sonámbula. ¿No sería que estaba perdiendo la razón? ¡Era imposible que hubiese tanta gente merodeando por la noche por los pasillos del colegio!

Anne-Marie vio a *Mademoiselle* bajo una de las mortecinas lámparas y enseguida la reconoció. Primero tuvo un sobresalto, pues se imaginaba a *Mademoiselle* acostada y no vagando por los corredores. Pero en cuanto se cercioró de que era realmente *Mademoiselle*, actuó como una

verdadera sonámbula y pasó junto a ella con los ojos abiertos y fijos en el vacío como los de Felicity, murmurando su poema.

Mademoiselle vaciló en tocarla, pues había oído decir que era peligroso despertar bruscamente a los sonámbulos. Optó, pues, por no hacerlo y la siguió, murmurando para sí:

—¡Pobrecilla! ¡Otra sonámbula! Voy a seguirla.

Anne-Marie dio un buen paseo a *Mademoiselle* y finalmente desembocó en el pasillo correspondiente a los dormitorios de segundo grado. La muchacha que montaba guardia frente a la habitación en que se celebraba la fiesta dio la señal de alarma al ver que se acercaban dos figuras, y en las habitaciones sobrevino un momento de tremenda agitación, las muchachas procedieron a esconder las botellas, los botes y los platos debajo de la cama, apagaron las velas y se acostaron precipitadamente, algunas se metieron en los armarios o debajo de las camas, pues muchas de ellas dormían en otra habitación.

Anne-Marie, que seguía con su representación, entró en el dormitorio del segundo grado con intención de recorrerlo de extremo a extremo y retroceder, pero tropezó con una botella y lanzó una exclamación. *Mademoiselle* la siguió a la habitación y encendió la luz.

Deslumbrada por la súbita claridad, Anne-Marie parpadeó, confusa, ante el asombro de las muchachas acostadas. Entonces, recordando su papel de sonámbula, volvió a fijar la vista y se deslizó entre las camas.

Las muchachas se incorporaron, murmurando.

—¡Está fingiendo! —exclamó Antoinette.

—No —respondió *Mademoiselle*—. La pobrecilla anda dormida. ¿Qué podríamos hacer por ella?

—Yo la curaré, *ma tante* —dijo la incorregible Antoinette, mientras saltaba de la cama.

Y, tomando un jarro de agua fría, se lo arrojó a la pobre Anne-Marie. Entonces ésta, mojada y encolerizada, se volvió a su pequeña agresora y le dio tal reprimenda, que todas las muchachas comprendieron al momento que su sonambulismo había sido pura comedia. *Mademoiselle* llegó a la misma conclusión e intentó llevarse a Anne-Marie de la estancia, riñéndola severamente y ordenándole que fuese a cambiarse de ropa sin demora. En su excitación, *Mademoiselle* ni siquiera se dio cuenta de que había algunas muchachas escondidas en los armarios o debajo de las camas, ni acertó a ver ningún indicio de la fiesta de medianoche.

—¡Canastos! —exclamó Sally, en cuanto *Mademoiselle* desapareció con Anne-Marie. ¡Aseguraría que ni siquiera se ha fijado en esa botella que ha rodado debajo de la cama!

—Afortunadamente para nosotras —suspiró Violet—. Vamos, acabemos pronto todo esto, escondamos las cosas y acostémonos antes de que a *Mademoiselle* se le ocurra darse otra vuelta por aquí.

Las muchachas murmuraron. Mirabel, encerrada en el cuarto de baño de enfrente, las oyó y comprendió que estaban celebrando la fiesta. La invadió una oleada de cólera. Estaba segura de que la había encerrado una de las pequeñas y se propuso delatarlas a todas para que recibieran su justo castigo.

Mademoiselle condujo a Anne-Marie a la habitación del ama y, tras despertarla, le explicó con

todo lujo de detalles el proceder de Anne-Marie y la causa de que estuviera tan mojada. Ante el fracaso de su intento, Anne-Marie lloró copiosamente, temiendo ser el blanco de las burlas de todo el colegio al día siguiente.

—Vamos, déjate de lloriqueos —gruñó el ama, dándole una fuerte friega con una áspera toalla.

De hecho, hacía tiempo que consideraba a Anne-Marie una tontaina con la cabeza a pájaros, muy capaz de portarse de aquel modo.

—Debo irme —dijo *Mademoiselle*, que recordó a sus prisioneros—. Tengo que ocuparme de unos ladrones.

El ama la miró, pasmada.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó.

—He dicho que tengo que ocuparme de unos ladrones —repitió *Mademoiselle* con dignidad—. He pasado la noche persiguiendo a gente por los pasillos y encerrándola bajo llave. ¡Voy a informar a la señorita Theobald para que telefonee a la policía! ¡Si supiera usted a cuánta gente he apresado esta noche, ama! ¡No lo creería!

En efecto, el ama no daba crédito a aquella declaración.

Sin duda *Mademoiselle* estaba soñando.

—De acuerdo —masculló el ama, mientras frotaba con tal fuerza a Anne-Marie, que ésta lanzó un gemido—. Vaya usted a buscar a la señorita Theobald, a la policía y a quién quiera. Pero no me traiga más chicas mojadas a altas horas de la noche, porque no las secaré.

Mademoiselle se alejó. Al llegar ante el dormitorio de la señorita Theobald, llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una sorprendida voz desde el interior.

—Perdone que la moleste a estas horas, señorita Theobald —contestó *Mademoiselle* abriendo la puerta—, pero tengo varios ladrones encerrados en unas alacenas y una sonámbula en mi habitación.

Capítulo 20

APERTURA DE PUERTAS

La señorita Theobald escuchó, la historia de *Mademoiselle* con creciente estupefacción. A juzgar por las explicaciones de la profesora de francés, todos los pasillos de Santa Clara habían estado poblados de ladrones, facinerosos y malhechores durante toda la noche. Pero lo más sorprendente era que *Mademoiselle*, que se asustaba de un ratón o un escarabajo, hubiese sido capaz de perseguir valientemente a los ladrones y encerrarlos como si tal cosa.

—La señorita Theobald no podía creerlo. Miró atentamente a *Mademoiselle*, preguntándose si no lo habría soñado. A pesar de todo, se levantó de la cama y, tras ponerse el batín, dijo: —Creo que, antes de telefonar a la policía, será preferible que me enseñe usted dónde ha encerrado a esos hombres.

Mademoiselle la condujo a la alacena donde había encerrado a la pequeña Jane Teal. De su interior no llegaba ningún ruido. La desconcertada señorita Theobald llamó a la puerta. Todo siguió en silencio. Jane había caído en un febril sopor. Súbitamente, la señorita Theobald percibió el rumor de una respiración fuerte, rápida y fatigosa.

Segura de que allí no había ningún ladrón, abrió la puerta con gran consternación de *Mademoiselle* y encendió la luz del interior de la gran alacena. Y allí, ante la atónita mirada de la pobre *Mademoiselle*, yacía la pequeña Jane Teal, evidentemente indispuesta, vestida de pies a cabeza, sombrero incluido.

—Ésta chiquilla está enferma —murmuró la directora, palpando la ardiente mano de Jane—. Aseguraría que es gripe con temperatura muy alta. ¿Qué diablos hace así vestida, con el sombrero y el abrigo puestos? ¿Iba a salir?

Mademoiselle estaba confusa, sin acertar a pronunciar palabra. La señorita Theobald despertó suavemente a Jane y la ayudó a levantarse. La pequeña apenas podía sostenerse en pie. Entre las dos profesoras la llevaron a la habitación del ama, que, al primer vistazo, comprobó que Jane estaba gravemente enferma.

—La llevaré a la enfermería —decidió la mujer—. Y esta noche dormiré allí con ella.

Con sus fuertes y robustos brazos, el ama levantó fácilmente a la semiinconsciente Jane y la llevó a la apacible y confortable enfermería. En aquel momento no había ninguna otra niña enferma en ella. El ama no tardó en desvestir a Jane y en meterla en la cama con una botella de agua caliente.

—Bien —suspiró la señorita Theobald, dando gracias al cielo por haber encontrado a la pobre Jane antes de que ésta sufriera mayores males—. ¿Dónde está su segundo ladrón, *Mademoiselle*?

Mademoiselle hizo fervientes votos porque su próximo prisionero fuese realmente un ladrón, aun cuando emprendiese la fuga en sus propias narices. Con este pensamiento abrió la marcha en dirección al cuarto de baño situado frente al dormitorio de segundo grado.

Las alumnas que lo ocupaban estaban aún despiertas y percibieron extrañadas el rumor de pasos y de voces. Al oír que las pisadas pasaban ante su puerta, todas se incorporaron, cuchicheando:

—¿Quién será? ¿Qué pasará?

Antoinette saltó de la cama y, acercándose a la puerta, se asomó a mirar con cautela. Su asombro fue mayúsculo al ver a la directora ante la puerta del cuarto de baño en compañía de su *tante Matilde*. Su sorpresa fue en aumento cuando vio que la señorita Theobald llamaba suavemente a la puerta y decía:

—¿Quién está ahí dentro?

Una voz airada masculló unas palabras desde el interior.

Al comprobar que no era una voz de hombre, sino de muchacha, la señorita Theobald abrió la puerta. Mirabel salió disparada, esperando ver un grupo de sonrientes alumnas de segundo grado, pero se detuvo en seco, sorprendida al ver a *Mademoiselle* y a la directora.

Mademoiselle la miró con ojos desorbitados. ¡Pensar que había creído encerrar al ladrón más peligroso de la noche en el cuarto de baño y ahora resultaba que sólo era aquella detestable y mandona Mirabel, que no sabía hablar más que de juegos y deportes! *Mademoiselle* resopló, contrariada.

—Protesto enérgicamente —gruñó Mirabel, con voz recia, asombrada pero en absoluto intimidada por la presencia de la directora—. Vine a ver si las de segundo grado celebraban una fiesta de medianoche, contraviniendo mis órdenes, y una de ellas me encerró en esta nevera de cuarto de baño. Deseo acusarlas, señorita Theobald. Me consta que han celebrado la fiesta, sin tener en cuenta que mañana hay un partido importantísimo. Y exijo que la chica que me encerró sea castigada.

—La persona que lo hizo fue *Mademoiselle* —respondió la señorita Theobald—. No tenías derecho a vagar por los pasillos a esas horas de la noche: *Mademoiselle* pensó que eras un ladrón y te encerró ahí dentro.

Antoinette ahogó un cloqueo y, tras retroceder al dormitorio, contó a las demás en voz muy baja lo que había oído. Sus compañeras la escucharon entre regocijadas y enojadas, regocijadas ante la idea de que Mirabel hubiese sido encerrada, y enojadas por el hecho de que las hubiera estado espiando y las hubiese delatado.

De pronto llegó al interior del dormitorio la sonora voz de *Mademoiselle* profiriendo estas palabras:

—¿Qué mentiras estás diciendo, Mirabel? Las alumnas de segundo grado no han celebrado ninguna fiesta esta noche. Después de encerrarte a ti, entré en su dormitorio siguiendo a Anne-Marie, y todas las muchachas estaban acostadas y dormían. No había ninguna lata ni botella a la vista. ¡Está muy mal que acuses a las demás para justificarte tú!

Mirabel se quedó sin habla, mirando a *Mademoiselle* con expresión incendiaria. La señorita Theobald se apresuró a intervenir:

—Bien, si *Mademoiselle* estuvo en el dormitorio del segundo grado y vio a las muchachas acostadas, me inclino a creer que estás equivocada, Mirabel.

—No lo estoy —replicó Mirabel, groseramente—. *Mademoiselle* no dice la verdad. Vaya usted al dormitorio del segundo grado, señorita Theobald, y pregunte a las muchachas quién tiene razón, si *Mademoiselle*, o yo. Entonces sabrá usted a qué atenerse.

—No pienso hacer nada de eso —respondió la directora, fríamente—. Procura ser más cortés, Mirabel. Estás olvidando tus modales.

Temblorosa de ira, Mirabel no se atrevió a añadir una palabra más.

—Vuelve a la cama —ordenó la señorita Theobald.

Mañana hablaremos de esto. Estoy muy descontenta de ti, Mirabel.

Mirabel volvió a la cama, muy irritada. Sabía que ella tenía razón. Aquéllas chicas habían celebrado la fiesta y, sin duda, *Mademoiselle* las encubría para proteger a Antoinette.

—En fin, aquellas desalmadas se las pagarían todas asambleas. —¡Suspendería el partido! Nadie jugaría. ¡Demostraría a aquellas jovencitas que ella era la delegada de deportes y las haría apechugar!

—Bien —suspiró la señorita Theobald, mirando a *Mademoiselle* mientras Mirabel se retiraba —, ¿dónde está su tercer ladrón, *Mademoiselle*? La profesora de francés condujo a la directora por el pasillo que discurría alrededor de los estudios de quinto grado, algo nerviosa por el hecho de que todos sus ladrones se convirtieran en muchachas. ¡Qué cosa más rara!

La señorita Theobald llamó a la puerta de la alacena donde estaba encerrada Alma.

—¡Déjenme salir! —exclamó la muchacha—. ¡Es horrible estar aquí!

La directora abrió la puerta y, al momento, salió Alma, tambaleándose, envarada y aterida. La señorita Theobald la miró sorprendida.

—¿Por qué merodeabas por los pasillos? —preguntó severamente.

—Porque... porque oí un ruido —tartamudeó Alma, temerosa de la directora—. Y alguien me encerró en esta alacena.

La señorita Theobald encendió su linterna e inspeccionó el interior del armario. Con una sola ojeada comprobó que el lugar había sido utilizado para guardar algunos comestibles.

—Me figuro, Alma, que viniste aquí a buscar comida, ¿no? —indagó—. ¿Era tuya?

—No toqué nada —aseguró Alma—. Me... me limité a mirar qué había.

—Ésta chica no para de comer —gruñó *Mademoiselle*, disgustada—. No para nunca de masticar.

—Vuelve a la cama, Alma —ordenó la señorita Theobald—. Te veré mañana por la mañana.

Alma se alejó presurosamente, aliviada.

—¿Algún otro ladrón? —preguntó la señorita Theobald, volviéndose hacia *Mademoiselle* con cierta frivolidad.

—¡Oh, señorita Theobald! —exclamó *Mademoiselle*, que se pasó la mano por el pelo, aturdida—. ¡Siento en el alma haber cometido tantos errores! Le ruego que me perdone, que...

—No se preocupe usted —interrumpió la señorita Theobald—. Tal vez sea francamente preferible que haya sucedido todo esto. Al parecer, en este curso ocurren ciertas anomalías en Santa Clara que me conviene investigar. Y ahora, dígame usted, ¿quién es esa muchacha sonámbula que tiene usted en su habitación?

—Felicity —respondió *Mademoiselle*, rogando en silencio que la muchacha estuviera aún en el aposento.

Y, tras bajar presurosamente la escalera en dirección a su dormitorio, dio vuelta a la llave de la puerta.

Felicity seguía durmiendo en la cama. Se la veía muy joven y frágil, e incluso dormida tenía una expresión inquieta y angustiada en el semblante. La señorita Theobald la miró fijamente unos instantes.

—Salta a la vista que esta muchacha trabaja demasiado —murmuró, suspirando—. La música la lleva de cabeza, pero sus padres insisten en que se examine. Creo, *Mademoiselle*, que, si no tiene usted inconveniente, es mejor que la dejemos dormir aquí. Usted vaya a la habitación de la señorita Harry, aprovechando que ésta se ha ausentado unos días. Supongo que no tiene usted más muchachas encerradas que mostrarme esta noche, ¿verdad?

—No —musitó *Mademoiselle*, tan abatida, que la directora no pudo por menos que dirigirle una sonrisa y darle unas palmaditas en su regordete brazo.

—Su intención fue buena —la tranquilizó—. Si hubiesen sido ladrones, habría hecho usted un buen trabajo. De todos modos, gracias a ello hemos averiguado muchas cosas. Buenas noches.

La señorita Theobald volvió a su habitación, un poco preocupada por la pequeña Jane Teal, Alma, Mirabel y Felicity. Al parecer, Jane había intentado escaparse. Debía averiguar sus motivos.

Mademoiselle se acostó en una cama extraña, estaba atarida y perpleja. ¿Por qué vagaban tantas muchachas por los pasillos aquella noche? ¿Pensar que aquella detestable Mirabel se había atrevido a insinuar que ella, *Mademoiselle*, no decía la verdad! ¿Y aquella repulsiva Alma? ¿Se dedicaría a merodear todas las noches para robar comida de los armarios? ¿Sin duda, aquella chica era algo rara!

«Mañana hablaré con Claudina y Antoinette —pensó *Mademoiselle*, cerrando los ojos en un intento de conciliar el sueño—. Como son muy sensatas, me lo contarán todo. Es una lástima que las muchachas inglesas carezcan del buen sentido que poseen las francesas. Será un placer hablar con mis queridas Claudina y Antoinette. ¡Ellas no se dedican a vagar por los pasillos a altas horas de la noche para inducirme a cometer errores! ¡Ay de mí! ¡Pensar que hice tantos prisioneros en balde!»

Capítulo 21

VARIOS CONTRATIEMPOS

Al día siguiente todo el colegio se enteró de la historia de las correrías nocturnas y de la hazaña de *Mademoiselle*. Se sucedieron las risas y los comentarios, y Anne-Marie tuvo que pasar por el ridículo de que las demás le tomaran el pelo por su intento de sonambulismo.

—¿Y qué voy a hacer si soy sonámbula? —exclamó la muchacha, tratando de asumir una dignidad que estaba muy lejos de sentir—. Felicity también es sonámbula, ¿no? Y no os reís de ella.

La señorita Willcox se enteró también de la comedia de Anne-Marie y, no contenta con unirse a la hilaridad general, llegó al extremo de ponerla en ridículo en clase, cosa que molestó sobremanera a Anne-Marie y la indujo a tomar la determinación de vengarse de la profesora a la primera ocasión.

Felicity no asistió a clase aquel día. La directora informó a las profesoras de que la muchacha había ingresado en la enfermería para descansar unos días y de que no se presentaría al examen que debía efectuarse la semana siguiente. Jane Teal también estaba muy enferma. Sally obtuvo permiso para verla y volvió de la enfermería visiblemente asustada.

—El ama y el doctor están preocupados por ella —explicó Sally—. Su madre está también en la enfermería. Apenas he podido verla. El ama me ha mandado salir. He oído que decía que Jane está preocupada por algo, pero que no ha podido averiguar el motivo de su preocupación. ¡Yo sí sé lo que le pasa! Es todo ese lío con Ángela y Mirabel. Además, me consta que Jane estudia en la cama a la luz de una linterna hasta altas horas de la noche. Así aprende las lecciones de literatura y de latín. Ella misma me lo dijo.

—Pues será mejor que vayas a contar al ama lo que sepas —aconsejó Katie—. Es posible que así ponga en claro qué le sucede a Jane.

—Nada de eso, boba —objetó Sally—. En realidad, lo que tiene preocupada a Jane es que Mirabel se figura que ella fue la que tocó la alarma de incendios aquel día para desbaratar su asamblea. Por eso Mirabel se portó mal con ella. Si pudiéramos averiguar quién tocó la alarma y obligar a la culpable a confesar, la pobre Jane se quitaría un enorme peso de encima.

Violet Hill se sintió algo molesta aquella mañana cuando supo que Jane estaba tan enferma. Recordaba la disputa que había sostenido con ella y se arrepentía de haber dicho cosas tan desagradables.

—Será un consuelo jugar en el partido de esta tarde —comentó Sally—. ¡Así nos distraeremos un poco, ya sea como jugadoras o como espectadoras!

Pero aquella mañana Mirabel salió con una andanada.

Puso un aviso en la tablilla de anuncios y, al poco rato, todas lo leyeron, profundamente sorprendidas e indignadas.

El aviso, firmado por Mirabel, decía así:

Se suspende el partido de hoy, debido al comportamiento de las componentes del equipo.

—¿Os dais cuenta? —exclamó Sally—. ¿Cómo tiene la desfachatez de poner un aviso como éste? ¿Y con qué derecho suspende nuestro partido?

—Con el que le da su cargo de delegada de deportes —respondió Violet—. ¡La muy perversa! Propongo que la mandemos a paseo y nos abstengamos de sonreírle, dirigirle la palabra y presentarnos en el campo de entrenamiento.

Todas se mostraron de acuerdo. Era inusitado que las pequeñas trataran a una mayor de aquella forma, pero estaban todas tan indignadas, que ninguna se retractó de esa determinación. ¡Simplemente porque se habían atrevido a celebrar su fiesta a pesar de Mirabel, ésta se permitía tratarlas abominablemente y a poner un aviso público para humillarlas!

Al ver el anuncio, Gladys tuvo un sobresalto y salió disparada en busca de Mirabel y le gritó:

—¡Mirabel! ¿Cómo se te ha ocurrido poner ese aviso? ¿En qué estabas pensando? ¡No puedes suspender el partido!

—Sí puedo —respondió Mirabel enfurruñada—. He enviado un telegrama al colegio con el que íbamos a jugar. No vendrán. En lugar de eso, jugaremos un partido de entrenamiento. He escrito otra nota anunciándolo. Se celebrará a las tres y todas las muchachas de los dos primeros grados deben asistir.

—¿Estás loca, Mirabel? —barbotó Gladys, alarmada al ver la ceñuda expresión de su amiga—. No puedes indisponerte así con todas las muchachas. Saldrás perdiendo en todos los aspectos.

—Ya te dije el otro día que no consentiré que discutas mis decisiones —gruñó Mirabel.

—Entonces, ¿de qué me sirve ser subdelegada? —se lamentó Gladys—. ¡De nada absolutamente! ¡No puedo ayudarte porque no me dejas!

—Si quieres que te sea franca, no sirves para eran cosa —volvió a gruñir Mirabel, fríamente.

Dicho esto, salió de la habitación para ir a fijar en la tablilla el nuevo aviso para el entrenamiento de *lacrosse*.

Las muchachas celebraron una asamblea para discutir lo del entrenamiento y todas por unanimidad decidieron no acudir. Era sábado y, si querían, podían ir a dar un paseo instructivo. Todas las alumnas de primer y segundo grado optaron por ello, incluso Antoinette, que detestaba las caminatas.

Así pues, ante la estupefacción de la señorita Roberts y la señorita Jenks, todas las componentes de los dos primeros grados salieron de excursión bajo el resplandeciente sol, con sus cuadernos de ciencias naturales, potes y latas, en animada charla al pasar ante las ventanas de la sala de estar de las profesoras.

¡Qué raro! —comentó la señorita Roberts, siguiendo con la mirada a las risueñas muchachas—. ¿Qué les habrá pasado a estas chicas? ¿A qué viene ese súbito interés por las ciencias

naturales? Creí que tenían que jugar un partido o entrenarse al *lacrosse*.

Mirabel acudió al campo de deportes a las tres menos cinco, ceñuda y resuelta. Pero no se presentó nadie. La muchacha aguardó hasta las tres y diez, y entonces, muy pálida, volvió al colegio. Una alumna de tercer grado, que a duras penas podía disimular sus sonrisas, le dijo cortésmente que todas las muchachas de primer y segundo grado habían salido a dar un paseo instructivo.

Entonces Mirabel comprendió que había perdido la partida. Su voluntad se había opuesto a las voluntades de aquellas pequeñas y éstas habían ganado, desobedeciendo sus órdenes y dándole a entender lo que pensaban de ella y de su autoridad. Mirabel se sentó en su estudio, profundamente consternada.

Sobre la mesa vio una nota dirigida a ella. Era una dimisión formal de Gladys.

Deseo renunciar a mi cargo de subdelegada por considerar que no te soy de ninguna utilidad.

Gladys

Mirabel tiró la nota al suelo, contrariada y amargada. Pensar que estaba tan satisfecha de ser delegada de deportes, que había trabajado tanto para obtener aquel cargo y que había concebido tantas esperanzas de colocar a Santa Clara a la cabeza de todos los equipos escolares de tenis y *lacrosse* Pero las muchachas la habían desafiado, e incluso su mejor amiga la había abandonado. Era una experiencia muy amarga.

Las chicas regresaron de su paseo con las mejillas encendidas y el corazón alegre. Por las de tercer grado se enteraron de que Mirabel había ido sola al campo y aguardado allí en vano. También fueron informadas de que Gladys había dimitido de su cargo de subdelegada, cosa que las alegró en grado sumo.

—Gladys es una buena chica —comentaron—. Siempre nos pareció raro que apoyara las impertinencias de Mirabel.

Cuando ésta apareció en público aquel fin de semana, las muchachas le hicieron el vacío.

«¡Ni que estuviese apestada!», pensó Mirabel, amargamente.

Estaba preocupada y se sentía desdichada, pero su orgullo le impedía acudir a Gladys en busca de consuelo. Gladys sufría también por lo ocurrido y no hubiera vacilado en hacer las paces con Mirabel si su amiga hubiese acudido a ella o reconocido que había sido demasiado arbitraria con las pequeñas pero Mirabel se mostraba fría y distante, y no dio a Gladys ninguna oportunidad de acercamiento.

El examen estaba anunciado para la semana siguiente y la mayoría de las muchachas estaban ya muy nerviosas. Sólo algunas, como la inteligente Pam o la apacible Hilary, parecían tranquilas. Felicity no podría examinarse.

Había acudido un especialista de Londres para visitarla. Tras reconocerla, el doctor habló con

la señorita Theobald muy seriamente.

—Ésta muchacha está al borde de una depresión nerviosa —declaró—. Parece ser que sólo piensa en la música. Observe usted cómo toca un violín imaginario y se esfuerza en oír la melodía. No debe estudiar más música en todo el año.

La señorita Theobald asintió en silencio. Ojalá los engreídos padres de Felicity no hubiesen insistido tanto en que su extraordinaria hija se preparase para aquel difícil examen de música. ¡Cuánto mejor habría sido que hubiese dejado la música una temporada y compartido la vida normal de las demás alumnas de quinto grado en lugar de dedicarse día y noche a su amado arte! De momento tendría que renunciar absolutamente a ella por haber abusado de sus fuerzas.

—Me figuro que la culpa es de sus padres —murmuró el especialista, escribiendo unas notas en su recetario—. ¿Por qué será que los padres de los niños bien dotados fuerzan tanto a sus hijos?

—Por egoísmo —suspiró la señorita Theobald—. Bien, doctor. ¿Usted cree que debemos obligar a Felicity a guardar cama una temporada y luego dejar que se levante un poco y alterne gradualmente con las demás, sin lecciones ni música de ninguna clase?

—Puede tocar alguna pieza, pero no estudiar —dijo el especialista—. Déjenla disfrutar de la música sin la ansiedad del estudio. Probablemente dejará de preocuparse cuando sepa que no debe prepararse para el examen hasta dentro de dos años, por lo menos.

Los padres de Felicity acudieron a ver a su hija, inquietos y consternados. Recordaban las súplicas de la señorita Theobald y se arrepentían de su actitud. Ambos se asustaron mucho al ver el pálido rostro y las enormes ojeras de la muchacha.

—No se preocupen en exceso —les tranquilizó la señorita Theobald—. Afortunadamente, hemos llegado a tiempo. Su sonambulismo nos puso sobre aviso. *Mademoiselle* lo descubrió y, gracias a ello, hemos podido atajar el mal a tiempo. Su hija pronto volverá a ser una muchacha normal y feliz y, cuando sepa que no debe estudiar día y noche para su examen, se sentirá liberada y compartirá alegremente las risas y las charlas de sus compañeras.

Los padres de Felicity regresaron a casa desanimados.

La señorita Theobald ha sido muy amable al no echarnos nada en cara —comentó la madre de la muchacha—. ¡Pobre Felicity! Reconozco que nosotros somos en gran parte responsables de lo que ocurre.

La otra «sonámbula», Anne-Marie, tampoco lo estaba pasando muy bien. En cuanto la veían, las alumnas de primero y segundo grado fijaban la vista, extendían las manos y procedían a pasearse de un lado a otro en actitud sonámbula. Anne-Marie detestaba aquellas burlas y cuando éstas se propagaron al quinto grado, la muchacha dijo, llorando, a las burlonas Alison y Ángela:

—Eso está muy mal. Si os mofáis de mí de esta manera me suspenderán. Sois unas mezquinas.

—Y tú otra que tal —soltó Alison—. No en balde sigues haciéndome perrerías a todas horas. ¿Dónde has puesto la caja de compases que me quitaste la semana pasada?

Anne-Marie la miró sorprendida. ¡No tenía la menor idea de qué insinuaba Alison!

—Vamos, no adoptes ese aire inocente —masculló Alison, impacientemente—. Todas sabemos que eres buena actriz, pero no intentes engañarnos. Me consta que estás celosa porque la señorita Willcox me prefiere a mí. Por eso te vengas escondiendo todas mis cosas y causándome

contratiempos.

—Eso no es cierto —protestó Anne-Marie con voz trémula de indignación—. Jamás se me ocurriría hacer semejante cosa. ¡Yo no he tocado nada tuyo! En cuanto a lo de que estoy celosa de ti, no debes preocuparte. Ahora la señorita Willcox me importa un comino. Estoy segura de que no es tan lista como crees. Es más, pienso demostrártelo muy pronto.

—No seas necia —respondió Alison—. Y no hables de la señorita Willcox en ese tono. Salta a la vista que estás muerta de envidia y que me quitas las cosas para vengarte de mí.

—¡Te repito que no te he quitado nada y que no estoy celosa! —exclamó Anne-Marie—. ¡Puedes quedarte con la señorita Willcox! ¡Yo no quiero verla más! Conque Deirdre Willcox, ¿eh? Se llama Doris, simplemente Doris. Lo vi escrito en uno de sus libros. Apuesto a que se hace llamar Deirdre porque considera que Doris es demasiado vulgar para ella. ¡Es una estúpida presumida!

Dicho esto, Anne-Marie salió a la carrera de la estancia; Alison la siguió con la mirada.

—¡Qué par! —exclamó Ángela, echándose a reír.

¡Cómo me divertís! Me alegro de no estar, como vosotras, tan chiflada por nadie. Lo considero una estupidez.

—¿De veras? —replicó Alison con voz tajante—. Pues permíteme que te diga que tú eres peor que nadie en otro aspecto. Sonrías dulcemente a las pequeñas, las atraes a tu alrededor para que te sirvan y, cuando te cansas de ellas, las despides como si tal cosa, indiferente al mal que les haces, ¡apuesto a que eres en parte responsable de la intentona de fuga de Jane Teal!

Ángela abrió la boca para contestar airadamente, pero en aquel momento Anne-Marie asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—¡Mañana desenmascararé a la señorita Doris Willcox delante de toda la clase! ¡Te doy mi palabra, Alison! Luego tendrás que darme la razón y te arrepentirás de no haber tenido más vista. ¡Conque ya lo sabes!

Anne-Marie desapareció dando un portazo.

—Estoy harta de Anne-Marie y de sus estupideces —refunfuñó Alison, aún convencida de que era ella la que le quitaba las cosas, sin sospechar en absoluto de Alma—. ¡Qué haga lo que quiera! ¡Yo siempre admiraré a la señorita Doris Willcox!

Capítulo 22

ANNE-MARIE TIENDE UNA TRAMPA A LA SEÑORITA WILLCOX

Anne-Marie había preparado una pequeña trampa para la señorita Willcox. Todas las semanas, ésta encargaba una composición a las muchachas y leía y calificaba cuidadosamente sus ejercicios.

Aquella semana el tema era una poesía. Debía constar sólo de ocho versos rimados en la siguiente forma: el primero con el tercero, el segundo con el cuarto, el quinto con el séptimo y el sexto con el octavo. El título elegido era: *Pensamientos*.

Las alumnas de quinto grado refunfuñaron. No les gustaba escribir poesías, porque no sabían rimar, aparte de que aquello representaría una estúpida pérdida de tiempo en plena semana de exámenes. ¡Era muy propio de la señorita Willcox encargarles una poesía en aquellas circunstancias!

En consecuencia, gruñeron y se lamentaron, pero lograron escribir algo que parecía una poesía.

Anne-Marie había buscado entre los diversos libros de poesía una, poco conocida, que sirviese a su propósito y, por chiripa, encontró exactamente lo que buscaba. Era una breve poesía de ocho versos de Matthew Arnold, titulada *Desaliento*, justamente lo que deseaba Anne-Marie.

Procedió a copiarla con su letra grande y algo desigual. ¡Parecía realmente de su cosecha! Acaso porque resultaba tan triste como las que ella solía escribir.

Anne-Marie entregó la poesía conjuntamente con las de sus compañeras. Al pie de la misma figuraba su firma, ¡había llegado la hora de que la señorita Willcox demostrase si sabía valorar la buena poesía!

Al empezar la clase de literatura, Alison miró curiosamente a Anne-Marie. Ésta parecía excitada. ¿De veras se proponía llevar a cabo su estúpida amenaza y jugar alguna mala pasada a la señorita Willcox? Alison se sintió algo inquieta. ¿Debería haber prevenido a Deirdre?

La señorita Willcox llegó con su legajo de poesías en la mano. Presentaba el aspecto romántico de siempre y llevaba un chal carmesí alrededor de su cuello de cisne.

La primera parte de la lección fue dedicada a la lectura de una obra teatral. Luego llegó el tiempo reservado a comentar los trabajos de las alumnas. Entonces la señorita Willcox, tomando el legajo de poesías y despojándolo de la cinta de goma que lo sujetaba, declaró:

—No os habéis lucido mucho, que digamos. Me figuro que los exámenes han mermado vuestras facultades creadoras. La mejor es la de Pam. Su poesía constituye un loable esfuerzo, simple y honesto. En cambio la tuya, Claudina, es inadmisibile. Es posible que te hayas propuesto escribir algo precioso, pero no lo has conseguido.

Claudina hizo una mueca que, afortunadamente para ella, pasó por alto la señorita Willcox. Ésta comentó rápidamente las poesías de todas, citando algunos pasajes de un par de ellas, con

alguna que otra alabanza aislada, y condenó los esfuerzos de Doris, Ángela y Carlota.

Por fin llegó a la última, la firmada por Anne-Marie. Y, echando una mirada general a la clase con una expresión algo malévolamente en sus grandes ojos, profirió:

Y ahora, por fin, llegamos a la poetisa de la clase, Anne-Marie. Se trata de una poesía triste y deprimente, como de costumbre. Escuchad los lamentos de nuestra poetisa:

PENSAMIENTOS

Los pensamientos que vierten su uniforme resplandor, cual estrellas, enfrío mar de la vida, y otros conocen, o dicen conocer, nunca brillaron para mí.

Algunos iluminan, como destellos, el cielo de mi espíritu más no subsisten.

Me iluminaron un instante, huyen, raudos, y jamás me vuelven a aparecer.

La señorita Willcox leyó esos versos en tono zumbón y patético, exagerando su sentimiento y burlándose de su contenido. Luego, al dejar el papel sobre la mesa, preguntó:

—Oye, Anne-Marie, ¿por qué escribes así? Todo resulta memo, insincero y carente de sentido. Por ejemplo, ¿qué quieres significar con «*estrellas en el frío mar de la vida*»? ¿Qué es el frío mar de la vida? Sólo palabras que te pasan por la imaginación. Luego, las escribes porque te parecen grandilocuentes. ¡El frío mar de la vida! ¡Qué ridiculez!

Anne-Marie miró fijamente a la señorita Willcox. Se sentía triunfante. ¡Aquella poesía no era suya! ¡Estaba escrita por un gran poeta! ¡Aquello bastaba para demostrar que la señorita Willcox no sabía una palabra ni entendía de poesía!

A la profesora no le gustó la mirada fija, y extrañamente triunfadora de Anne-Marie y sintió una oleada de cólera contra ella.

La rima y la extensión son perfectamente correctas —dijo con desdén a Anne-Marie—, pero, a pesar de todo, considero que tu poesía es la peor de la clase.

—Señorita Willcox —exclamó de pronto Anne-Marie con voz clara y sonora—. Lo siento en el alma, pero creo que he cometido un error al entregarle esa poesía. ¡Me temo que no es mía!

Todas se volvieron a mirarla. La muchacha permanecía sentada, muy tensa, ostentando aún aquella triunfante expresión en su rostro.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la señorita Willcox, impacientemente—. Si esa poesía no es tuya, ¿quién es su autor? De todos modos, parece obra tuya.

—Es... es muy amable su apreciación —dijo Anne-Marie—, porque sepa usted que esa poesía es de Matthew Arnold, no mía. Me alegro de que considere usted que su estilo poético es igual que el mío. Me siento muy honrada. Aunque me figuro que si Matthew Arnold viviera, no le gustaría en absoluto oír los comentarios que acaba usted de hacer sobre su poesía. ¡Es curioso que la considere usted la peor de la clase!

Sobrevino un silencio sepulcral. Alison se puso como la grana al ver la trampa que Anne-Marie había tendido a la señorita Willcox y con qué facilidad ésta había caído en ella. Anne-Marie sacó un volumen de poesías de Matthew Arnold de su pupitre y lo abrió en la página correspondiente.

—Aquí está la poesía —dijo levantándose—. Se titula *Desaliento*, no *Pensamientos*. Permítame enseñársela, señorita Willcox.

La profesora había palidecido, consciente de que se trataba de una trampa de Anne-Marie, en venganza de sus crueles palabras de unos días atrás. La había humillado delante de toda la clase. ¿Por qué, por qué afirmó que la poesía era la peor de todas? ¿Por qué había sido tan mordaz? Sólo para herir a Anne-Marie y porque consideraba necesario bajarle un poco los humos.

Alison estaba realmente desolada. Detestaba ver a la señorita Willcox burlada de aquel modo y, al propio tiempo, se lamentaba al pensar que la profesora se había dejado cazar por culpa de su mezquino rencor. Alison miró con antipatía a la triunfante Anne-Marie.

—Has obrado de mala fe, Anne-Marie —murmuró la señorita Willcox, intentando recuperar su dignidad—. Tendré que dar parte a la señorita Theobald de tu incalificable proceder.

—Sí, señorita Willcox —dijo Anne-Marie, maliciosamente.

La profesora de literatura comprendió al punto que sería contraproducente delatar a Anne-Marie, pues ésta daría también su versión del asunto, y la señorita Theobald no tendría en gran concepto a una maestra que condenaba los versos de un gran poeta por el mero hecho de creer que estaban escritos por una colegiala que no era santo de su devoción.

Sonó el timbre, con gran alivio de la señorita Willcox. La profesora recogió sus libros y se marchó. Las muchachas rodearon a Anne-Marie.

—¡Eso ha sido una mala pasada! —comentó Hilary.

—A mí me ha parecido muy gracioso —dijo Claudina.

—¡A ti, sí! —protestó Pat—. Pero, aunque ingenioso, no lo considero digno.

—Ya sé que no lo es —saltó Anne-Marie, con aire retador—. Pero necesitaba vengarme. Y lo he conseguido.

—Supongo que ahora estarás satisfecha —reconvino Alison, amargamente—. Has tratado de humillar a una buena profesora delante de toda la clase.

—¿Habéis visto? —ironizó Anne-Marie—. ¡Ahora resulta que se muere de pena por la pobrecilla Doris-Deirdre!

Pero Hilary no estaba dispuesta a permitir aquellas malévolas chanzas.

—Callaos las dos ahora mismo —ordenó—. Tal vez ahora dejarás de sentir esa estúpida idolatría por la señorita Willcox, Alison. En cuanto a ti, Anne-Marie, puesto que ya te has vengado, acaso te apaciguarás y procurarás portarte debidamente lo que queda de curso. Alison se ha quejado de tu innoble comportamiento con ella y esto tiene que acabarse.

—No sé lo que quieres significar con lo de «*mi comportamiento con Alison*» —replicó Anne-Marie desconcertada.

Me acusa de robarle sus cosas y de gastarle bromas, pero eso no es cierto. ¿Por qué iba a hacerlo? No estoy celosa de ella ni por asomo. ¡Si quiere, puede quedarse con la señorita Willcox!

¡No me importa!

La mayoría de las muchachas, pese a considerar que no estaba bien humillar a una profesora públicamente, habían gozado en secreto con el incidente, en particular Alma, pues con frecuencia había sido puesta en ridículo por la señorita Willcox por su absoluta ineptitud para apreciar la buena literatura. La muchacha se alegraba de verla vencida por Anne-Marie y se alegró también al oír que Alison acusaba abiertamente a Anne-Marie de las malas pasadas que ella, Alma, había jugado a la confiada Alison.

«*Le gastaré otra broma y basta*» —pensó la muchacha—. «*Sé que hoy le han mandado una caja de dulces. Me colaré en su estudio para quitársela y ella acusará a Anne-Marie*».

Pero Alma abusaba de sus tretas. Cuando entró en el estudio de Alison, el aposento estaba vacío, por lo que no tuvo dificultad en llevarse la caja de dulces a su estudio. Pero al irrumpir en él, se encontró con que Alison y Ángela estaban allí esperando a Pauline para hacerle una pregunta. Alma las miró, aterrada. Inmediatamente, Alison vio la caja de dulces que la recién llegada llevaba en la mano.

—¡Ésos dulces son míos! —exclamó—. ¡Los has cogido de mi estudio! ¡Alma, eres una ladrona! Estoy segura de que también fuiste tú la que hurgaste la alacena cuando las de segundo grado guardaban sus comestibles allí. ¿Te das cuenta, Ángela? ¡Qué chica más detestable!

Alma permanecía inmóvil, tratando de dar alguna excusa.

—No pensaba comérmelos —dijo al fin—. Sólo deseaba gastarte una broma porque me eres antipática.

—¡Estabas robando! —replicó Alison, furiosamente.

¡Te proponías comértelos! Tendremos que decírselo a Hilary. Es imperdonable que una alumna de quinto grado sea sorprendida robando.

Súbitamente, Alma se sintió muy asustada. Había sido interrogada muy seriamente por la señorita Theobald acerca de su presencia en la alacena la otra noche y le había resultado imposible convencer a la directora de que no se proponía nada malo. Si ahora llegaba aquel nuevo incidente a sus oídos, la cosa se pondría todavía más seria.

—Te aseguro que no los he robado, Alison —dijo desesperadamente—. Sólo quería vengarme de ti porque, sin saberlo, me impediste volver a la alacena donde las de segundo grado guardaban su comida. Te quité las agujas de media, la caja de compases y otras cosas. Pero sólo para fastidiarte, no para robarlas. ¡Mira, aquí está todo!

Alma abrió el escritorio de la esquina y, ante los asombrados ojos de Alison, aparecieron todos los objetos que había echado de menos durante las dos últimas semanas.

—Llévalos a mi estudio —ordenó Alison, sin saber que hacer ni qué decir—. Tendré que reflexionar sobre esto. Eres despiadada, Alma, tanto más cuando sabías que yo acusaba a Anne-Marie.

Alma se lo llevó todo, llorando. Alison miró de reojo el fofo y seboso semblante de la ladronzuela, preguntándose cómo era posible que una muchacha que había pertenecido al sexto grado se portase de aquel modo. Tal vez aquél era el motivo de su descenso a quinto. ¡Alguna fechoría de las tuyas!

Capítulo 23

SE ACLARAN VARIAS COSAS

—Antes de armar jaleo con Alma, aguarda a que pasen los exámenes —aconsejó Ángela a Alison—. ¡Dios mío! ¡No es de extrañar que Anne-Marie no supiera de qué le hablábamos cuando la acusábamos de robar tus cosas!

—Tendré que pedirle excusas —decidió Alison, sombríamente—. ¡Dichosa Alma! ¡Qué estúpida es! No la comprendo en absoluto. A veces creo que está chiflada.

Los exámenes estaban al caer y las muchachas trabajaban febrilmente. Tan sólo Pam parecía tomárselo con calma. Cuando llegó el temido momento, Hilary completó las pruebas metódicamente, al igual que Pat, Isabel, Bobby y Janet.

En cambio, Carlota, Claudina y Ángela se acaloraron y aturullaron mucho. Y, cosa rara, Mirabel hizo otro tanto, contra su costumbre. Sin duda, aquella vez había dedicado tanto tiempo a la organización de los deportes del colegio que no había estudiado tanto como las demás.

«¡Qué preguntas más horribles! —pensó al leerlas—. ¡Creo que no sabré contestar a ninguna!».

Por fin, los exámenes terminaron y todas las muchachas lanzaron un suspiro de alivio. ¡Qué semana de agobios! Todas ansiaban gritar, reír y correr. Se tornaron muy bulliciosas, incluso la reposada Pam. Pero las profesoras hicieron la vista gorda y los oídos sordos a todo aquel bullicio, e incluso fingieron no ver a Carlota cuando hacía cabriolas por todo el gimnasio.

—A Dios gracias no tendremos que esperar mucho para saber los resultados —comentó Doris—. Me fastidia tener que esperar semanas. La señorita Cornwallis dice que lo sabremos dentro de unos días.

—¿Cómo está la pequeña Jane Teal? —preguntó Pat, recordando a la chiquilla por primera vez en unos días—. ¿Se encuentra mejor?

—Ya ha superado la gripe —respondió Isabel—, pero el ama dice que sigue preocupada. Durante su enfermedad deliraba constantemente sobre la alarma de incendios, Mirabel y Ángela. Creo que pronto se procederá a una investigación acerca de determinados miembros de nuestro grado. ¡Pobre Jane! ¡Es indignante pensar que la verdadera culpable no ha confesado nunca la verdad y ha permitido que Jane pague las consecuencias! Mirabel se ha portado pésimamente con ella. Es la única que no ha ido a verla a la enfermería.

—Eso es muy propio de ella —masculló Pat.

Por fin llegaron los resultados del examen y fueron expuestos en la tablilla. Pam e Hilary habían obtenido la máxima calificación. Las demás seguían a respetable distancia. Carlota tuvo una alegría al ver que estaba aprobada. Doris pasó muy justita también, al igual que Claudina y Alison.

Pero había tres suspensos: Ángela, Alma y, cosa rarísima, Mirabel.

Alma no esperaba aprobar. Ángela se sorprendió de su fracaso. En cuanto a Mirabel, se sintió indeciblemente humillada. ¡Pensar que ella, la delegada de deportes de Santa Clara, había fracasado en los exámenes! La muchacha se refugió en su estudio, llena de vergüenza y horror. ¡Cómo se reirían todas!

Gladys, que apenas había cambiado una palabra con Mirabel desde su dimisión del cargo de subdelegada, contempló, asombrada, los resultados de los exámenes. ¡Mirabel suspendida! Casi no podía creerlo. Con el corazón rebosante de afecto y simpatía, la muchacha corrió en busca de su antigua amiga.

Mirabel estaba sentada junto a la ventana, abrumada aún bajo el peso de la humillación. Gladys se acercó a ella y, tomándole una mano, murmuró:

—Mala suerte, querida. Lo siento muchísimo. Trabajaste demasiado en los partidos y demás. Pero no te preocupes. Hay otras dos en tu caso.

Mirabel se conmovió ante la inesperada compasión de Gladys. Se sentía sola y abandonada. Con lágrimas en los ojos, miró a Gladys e intentó hablar.

—No puedo soportarlo —dijo al fin—. Todas se reirán de mí. ¡Yo, la delegada de deportes! ¡Cómo se alegrarán! Me detestan. ¿Por qué motivo? Siempre he procurado hacer las cosas bien.

—Seamos amigas otra vez —propuso Gladys—. Me necesitas, ¿verdad? Éste curso no me has permitido que te ayudara, pero ahora no puedes oponerte a que lo haga. En realidad, las muchachas no te detestan. A principios de curso te admiraban profundamente. Nada impide que vuelvan a hacerlo.

¡Pobre Mirabel! ¡Y pobre Ángela! A las dos les gustaba brillar y ambas habían fracasado. ¿De qué servía ser delegada de deportes, de qué servía ser la muchacha más bella del colegio, si luego la materia gris no estaba siquiera a la altura de la de Doris o Alison?

Claudina llevaba un par de días muy pacífica. Había ido a visitar a Jane Teal y obsequiado a la chiquilla con un bonito pañuelito bordado por ella misma. Luego buscó a Antoinette y le hizo una proposición que llenó de sorpresa a la pequeña.

—¿Cómo? —exclamó Antoinette, disgustada—. ¿Decir a la señorita Theobald que yo toqué la alarma? ¿Estás loca, Claudina?

—Es posible —murmuró Claudina, pensativa—. ¡Temo que se me ha pegado un poco ese sentido inglés del honor! Me molesta pensar que Jane Teal esté tan preocupada con ese asunto y que Mirabel la considerase culpable. Es una lástima, pero creo que se me ha contagiado ese sentido del honor, Antoinette.

—Pero ¿es que eso se contagia? —farfulló Antoinette alarmada—. No quisiera pillarlo. Es un sentido muy molesto.

No hay más que ver cómo te hace obrar, Claudina.

—Iré a ver a la señorita Theobald y le diré que yo fui la culpable de todo —exclamó Claudina, al fin—. No hay necesidad de que tú intervengas para nada en el asunto, Antoinette. Al fin y al cabo, fue idea mía y tú te limitaste a ponerla en práctica. Iré y confesaré.

Y, lanzando un profundo suspiro, la muchacha se dirigió al despacho de la directora.

La señorita Theobald quedó alarmada y divertida al ver entrar a Claudina con una expresión

formal y resuelta en el rostro.

—Señorita Theobald, en Santa Clara he adquirido el sentido del honor —declaró la muchacha—. He venido a hacer una confesión. Cuando Mirabel estaba a punto de celebrar su estúpida asamblea, dije a mi hermanita que tocara la alarma de incendios. No pensaba descubrirme, pero siento un peso muy grande aquí y no puedo callarlo por más tiempo —agregó Claudina, oprimiéndose con las manos el estómago.

La señorita Theobald la escuchó gravemente.

—Me alegro de que hayas confesado, Claudina —le dijo. Fue una tontería, pero la cosa se agravó al recaer las sospechas en otra persona. Haz el favor de decírselo a Hilary. No castigaré a Antoinette, pero ella también debe dar una explicación a Jane Teal para tranquilizarla.

Claudina se retiró, consciente de que su castigo consistiría en tener que confesar su acción a la formal delegada de curso. Hilary no veía con buenos ojos semejantes desmanes entre las alumnas de los grados superiores y tenía una forma de expresarse que a veces despertaba en Claudina un sentimiento de humillación. Y así fue, en efecto, una vez más.

—¿No te das cuenta de que el próximo curso pasaremos todas a sexto grado? —dijo a Claudina—. De allí, saldremos al mundo. No podemos, pues, portarnos como chiquillas traviesas de primer grado. Tenemos que dar ejemplo a las pequeñas y aprender a tener sentido de la responsabilidad.

—Servirías para predicadora, Hilary —bromeó Claudina.

Pero Hilary no estaba para bromas. Se tomaba muy en serio su cometido de delegada del grado, tanto más cuando sabía que no volvería a serlo en sexto grado. Sólo se quedaría en el colegio otro trimestre y la delegada debía permanecer tres trimestres en Santa Clara. Todas se preguntaban sobre quién recaería la elección.

Muy avergonzada, Claudina fue en busca de Antoinette, que se indignó mucho al saber que debía confesarlo todo a Jane Teal. Pero cuando vio la cara que ponía ésta al oírlo, no se arrepintió de haber obedecido a su hermana.

—¡Oh! —exclamó Jane—. ¿De veras fuiste tú, Antoinette? ¡Cuánto me alegro de que me lo hayas dicho! ¿Sabes? Estaba tan preocupada, que ya empezaba a creer que la culpable era yo. ¿Qué dirá Mirabel?

Gladys no tardó en informar del hecho a Mirabel. Una oleada de rubor cubrió su rostro al pensar en la mala temporada que había hecho pasar a la pobre Jane con sus injustas sospechas. Tras reflexionar unos instantes, la muchacha fue directamente a la enfermería a ver a Jane.

—Jane —murmuró, rehuyendo su mirada—. Acabo de enterarme de quién tocó la alarma de incendios. No fuiste tú, contra lo que suponía. Me he portado pésimamente contigo al excluirte injustamente de los partidos y jugarte otras malas pasadas. Lo... lo siento en el alma. Yo...

—No te preocupes, Mirabel —la interrumpió Jane, con vehemencia—. Ahora no me importa ni pizca lo sucedido.

Todo cuanto deseo es ponerme bien pronto y volver a entrenarme bajo tus órdenes. Tal vez pueda jugar en algún partido antes de que termine el curso.

La cálida respuesta y la lealtad de Jane complacieron vivamente a Mirabel y disiparon su

malestar. La muchacha sonrió a la pequeña y, tras obsequiarla con unas golosinas, volvió a su estudio, satisfecha de que alguien volviese a mirarla con simpatía.

La visita de Mirabel a Jane produjo gran impresión entre las alumnas de los grados inferiores. Jane no tardó en propagar la noticia a los cuatro vientos y habló con tal entusiasmo de las amables palabras que Mirabel le dirigió, que las pequeñas empezaron a superar la antipatía que sentían por la delegada de deportes. Desde que ésta había suspendido su partido, habían abandonado el campo de deportes y mostrado poco o nulo interés por los juegos, pero ahora cambiaron de táctica gradualmente y Mirabel comprobó que sentían por el deporte el interés de siempre.

Gladys retiró su dimisión y Mirabel procedió de nuevo a preparar sus listas y a concertar partidos con humildad y alegría, procurando ceder parte de la iniciativa a Gladys y escuchar sus consejos cuando convenía. Ambas se sentían felices como nunca y Gladys se alegraba de que su amiga hubiese sacado tanto provecho de sus antiguos errores.

—Parece que Mirabel será una buena delegada —comentó Bobby, sorprendida—. ¡Bien, bien! ¡Estamos mejorando mucho todas! Ahí está Felicity, como una más de nosotras, sin sus preocupaciones musicales de otro tiempo, y Anne-Marie, alegre y cordial desde que Alison le pidió disculpas por sospechar de ella injustamente, y Alison, sensata como nunca desde que tiene una visión más clara de su querida Deirdre, y Ángela, mucho más persona con las pequeñas desde que la suspendieron en el examen.

—Sí, aquel disgusto la hizo reaccionar un poco —convino Pat—. Y ahora estudia mucho. ¿Sabías que Hilary le dio un rapapolvo de padre y muy señor mío? Lloró como una Magdalena y se puso furiosa con Hilary, pero lo cierto es que, desde entonces, se porta bien.

—La única incorregible es Alma —gruñó Isabel—. Incluso me da reparo dirigirle la palabra. Me consta que Hilary fue a contar a la señorita Theobald que se dedicaba a robar cosas a Alison. Apuesto a que, si no se enmienda, la expulsarán del colegio.

Pero Alma no fue expulsada. En lugar de ello, Hilary explicó una cosa a las muchachas que las hizo sentirse algo molestas.

—Le conté a la señorita Theobald todos nuestros apuros con Alma —declaró Hilary—, y me dijo que debemos ser pacientes con ella y tolerarla, porque ella no puede reprimirse por ahora. Por lo visto, padece alguna enfermedad de glándulas y no puede ser intervenida hasta dentro de seis meses. Por eso está tan gorda y hambrienta y tiene ese aspecto tan raro y seboso. La expulsaron de otro colegio, pero la señorita Theobald quiere retenerla aquí y ayudarla hasta que la sometan a una maravillosa operación que la curará por completo.

—¡Pobre *Pudding!* —lamentó Doris—. Me figuro que ella es su propia enemiga... o de sus glándulas. En fin, supongo que debemos hacer las paces con Alma y sonreír con amistosa tolerancia cuando haga funcionar las mandíbulas.

Entonces Doris se puso a imitar a Alma con tal gracia, que todas sus compañeras se desternillaron de risa.

Pero no era una risa malévola. Todas estaban realmente dispuestas a hacer las paces con Alma y ayudarla en lo posible, incluso la egoísta Ángela y la alocada Carlota. Eran ya muchachas mayores de quinto grado y tenían obligación de portarse correctamente. ¡De hecho, cuando

llegaban a quinto grado, todas llevaban impreso el sello de Santa Clara!

Capítulo 24

¿QUIÉN SERÁ DELEGADA DEL COLEGIO?

Después del examen, las muchachas respiraban complacidas y aliviadas. Las profesoras les dieron menos ejercicios que hacer, y las alumnas de quinto grado pasaban agradables tardes en sus estudios o en los de sus compañeras, riendo y charlando.

—Pronto será Navidad —comentó Pat—. Pasará el tiempo volando. Siempre me ha gustado horrores este trimestre navideño. Empieza en verano, cuando el sol de septiembre calienta todavía, y suele terminar con nieve, en vísperas de Navidad.

—Estás muy poética —bromeó Doris—. ¡Anne-Marie solía decir cosas así!

Anne-Marie se rio. Hacía tiempo que no escribía ninguna poesía, pues, tras el éxito de su truco con la señorita Willcox, se había sentido muy avergonzada de sí misma. Al fin y al cabo, ella también había fingido, como la profesora, ella también había pretendido que escribía poesías muy grandilocuentes, pero sin verdadero valor. Ahora Anne-Marie estaba dispuesta a esperar a tener algo que decir antes de reanudar sus actividades poéticas.

Había hablado con la señorita Theobald, una vez se hubo enterado ésta de la trampa que Anne-Marie tendió a la señorita Willcox. La directora no tenía en gran concepto a la profesora de literatura por considerarla insincera y algo vanidosa, pero no podía consentir que ninguna de las muchachas se insolentase con la autoridad sin recibir una severa reprimenda.

Así que Anne-Marie pasó unos veinte minutos muy malos tras los cuales se convirtió en una alumna de quinto grado más seria y sensata, dispuesta a no escribir más poesía «*de altura*» hasta, como decía la señorita Theobald, tener algo sincero y honesto que decir, digno de ser expresado poéticamente.

Mirabel había superado el disgusto de su fracaso en el examen y procuraba hacer olvidar a las pequeñas su estúpida arrogancia y aspereza. Su voz era aún recia y clara, más no altanera ni autoritaria, aparte de que la muchacha ya no se daba aquellos aires de superioridad como si fuese la dueña del mundo. En conjunto, se mostraba mucho más discreta y las colegialas la respetaban por ser capaz de cambiar tan radicalmente.

Jane Teal volvía a trabajar intensamente por Mirabel, liberada del peso que abrumaba su mente y gozosa de disfrutar de nuevo de fuerza y salud. Ángela ya no daba tanto trabajo a las pequeñas y ella misma repasaba su ropa, en compañía de Alison. Hilary la había impresionado y asustado mucho con su rapapolvo.

—Eres una mezquina, Ángela —le había dicho la delegada de curso—. Te vales de tu lindo rostro y de tus sonrisas para ahorrarte trabajo y te estás volviendo una holgazana, pues obligas a las demás a hacer lo que deberías hacer tú. No es de extrañar que fracasaras tan lastimosamente en los exámenes. Si no tomas medidas, seguirás fracasando en todos los aspectos, y la gente se reirá de ti en lugar de admirarte y respetarte. ¿Qué supones que piensan ahora Jane, Sally, Violet y las

demás esclavas de primero y segundo grado de su amada y bella Ángela, al ver que compartes con Alma el último puesto en los exámenes? ¡Por el amor de Dios, Ángela! ¡Procura enmendarte!

Cada curso surgían nuevas cosas que aprender, además de las lecciones. Aquéllas muchachas que arrastraban las dificultades, veían y comprendían sus defectos, superaban sus fracasos y fortalecían su carácter, se convertirían en excelentes esposas y madres en el futuro. La señorita Theobald observaba atentamente a las alumnas de quinto grado y estaba orgullosa de muchas de ellas.

Recordaba los tiempos en que eran traviesas alumnas de primer grado y un poco más juiciosas alumnas de segundo grado. Recordaba a Pat e Isabel O'Sullivan, las «mellizas estiradas», como las llamaban sus compañeras en la época que habían ingresado en el colegio. Recordaba la promesa de Mirabel de no quedarse más de medio trimestre y su pésimo comportamiento durante aquel período. Recordaba la fuerza de Carlota, que había ingresado en Santa Clara procedente de un circo y con un carácter indómito y testarudo.

Recordaba con cariño las ocasiones en que estaban dedicadas a maquinar ingeniosas e insensatas travesuras en los primeros tiempos en Santa Clara, y a la mentirosa y despreocupada Claudina que, al fin, parecía haber adquirido sentido de la responsabilidad y del honor. Ahora, todas aquellas muchachas se distinguían por lo formales, estudiosas y responsables. Verdaderamente, Santa Clara era un colegio del que todo el mundo podía enorgullecerse.

Antes de fin de trimestre, la directora debía elegir a la muchacha delegada de todo el colegio. Todas las de sexto grado se marcharían y las de quinto debían ascender, conjuntamente con una o dos nuevas alumnas. Hilary era la única de quinto grado que no se quedaría otro año. Permanecería sólo otro trimestre y luego se iría a la India para vivir allí con sus padres.

De no haber sido por eso, Hilary habría sido delegada del sexto grado, y muy eficiente y responsable, por cierto. Pero debido a su marcha había que elegir a otra persona. Las muchachas se preguntaban sobre quién recaería la elección. Dicho cargo representaba un gran honor, pues la delegada de sexto grado sería la delegada de todo el colegio y, por lo tanto, una persona de gran influencia.

—A buen seguro, no seré yo —comentaba Doris, aliviada—. Soy demasiado estúpida.

—Ni yo tampoco —murmuró Carlota—. Todavía soy demasiado alocada.

—Ni yo —sonrió Bobby—. Aún soy muy dada a gastar bromas. ¿Habéis visto el sobresalto que ha tenido esta mañana *Mademoiselle* cuando ha bebido un vaso de leche y ha encontrado un escarabajo negro en el fondo?

Las muchachas cloquearon. Era una broma estúpida, pero había resultado muy divertida. Bobby había echado un pequeño escarabajo negro de hojalata en el vaso de leche que solía tomar *Mademoiselle* a media mañana, y el horror que se reflejó en el rostro de la profesora al acabarse la leche y ver súbitamente el escarabajo en el fondo fue algo inenarrable.

—¡*Tiens!* —exclamó la maestra—. ¿Qué es este bicho negro? ¡Por poco me lo trago! ¡*Oh, la, la!* ¿Por qué habrá escogido mi vaso precisamente?

Las muchachas recordaban todas las bromas que Bobby y Janet habían gastado a la pobre *Mademoiselle*, como la de los platos danzarines, la de las horribles bombas fétidas y otras muchas.

Todas habían sido divertidísimas y *Mademoiselle* siempre había acabado uniéndose al regocijo general.

Siguieron comentando la situación.

—Nos iremos dentro de tres días —profirió Bobby—. Luego disfrutaremos de las vacaciones y, cuando volvamos, seremos todas alumnas de sexto grado, formales, serias y sensatas. Entonces, se acabarán las bromas, las risas y las travesuras.

—¡Bah, tonterías! —protestó Carlota—. No podemos cambiar tan de repente por el mero hecho de ser alumnas de sexto grado. Seremos las mismas. Me pregunto quién será la alumna elegida para delegada de curso. Tal vez una de las mellizas.

—Ojalá te equivoques —exclamó Pat al instante—. Me fastidiaría mucho ser algo al margen de Isabel, y a ella le ocurriría lo mismo. Es lo que más deseo en el mundo en este momento. Siento gran afecto por Santa Clara y estoy orgullosa de pertenecer a este colegio. Si pudiera hacer algo por él, lo haría con mucho gusto, pero no quiero ningún cargo si no puedo compartirlo con Isabel.

A mí me ocurre lo mismo —confirmó Isabel—. Pero si alguna de nosotras tuviese el honor de ser propuesta para delegada de curso, renunciaría. Además, hay otras muchas que harían mejor papel que nosotras.

Mientras las muchachas comentaban este asunto, la señorita Theobald procedía a discutirlo con la señorita Cornwallis y con *Mademoiselle*. Las tres profesoras se habían reunido en el despacho de la directora para resolver la importante cuestión de quién sería la próxima delegada de sexto grado. La cosa revestía mucha importancia, porque la que fuese elegida ejercería una gran influencia en todo el colegio, según era proverbial en Santa Clara.

Las maestras consultaban la lista de muchachas aptas para el cargo.

—Hilary, no, desde luego —dijo la señorita Cornwallis.

Es una lástima, porque tiene mucha experiencia después de haber sido delegada dos o tres cursos. Con todo, tal vez ya es hora de que otra muchacha tenga la oportunidad de ejercer autoridad.

—¿Janet? —propuso la señorita Theobald.

Sus colegas menearon la cabeza. No, Janet solía tener aún arrebatos de mal genio y momentos de testarudez. Y una delegada de curso debía tener absoluto dominio de sí misma.

—Bobby, tampoco, por supuesto —suspiró la señorita Cornwallis—. Es inteligente y digna de confianza, pero todavía un poco desigual. ¿Qué les parece Gladys?

—Demasiado blanda para delegada —respondió la señorita Theobald, que conocía muy a fondo el carácter de todas las muchachas—. En cuanto a Claudina, me temo que también tendremos que tacharla, *Mademoiselle*.

Mademoiselle suspiró, desilusionada. Durante dos o tres cursos había albergado el secreto deseo de que Claudina, su pequeña Claudina, se convirtiese en delegada de Santa Clara, el colegio en que ella llevaba enseñando tantos años. Pero, a pesar de su manifiesta preferencia por su sobrina, comprendía que Claudina no era idónea para mandar a las demás.

—Si mi pequeña Claudina hubiera ingresado en Santa Clara a los tres años, habría tenido

tiempo de aprender a ser la mejor del colegio —se lamentó repetidamente *Mademoiselle*.

Pero tanto la señorita Theobald como la señorita Cornwallis tenían sus dudas respecto al particular. De hecho, la señorita Cornwallis opinaba que, aunque Claudina hubiese estado en Santa Clara desde su más tierna infancia, no habría servido para el cargo. No obstante, ambas se abstuvieron de hacer comentarios al respecto para no molestar a *Mademoiselle*, que adoraba a sus dos sobrinas.

—Desde luego, Alma queda descartada, pobre muchacha —prosiguió la señorita Theobald—. Es muy desdichada. Tal vez cuando goce de mejor salud, cambiará. En cuánto a Carlota, no, creo que no. Sigue teniendo un genio bastante raro e indomable. Tengo la sensación de que aún sería capaz de abofetear a alguien si no estuviera conforme con él.

Mademoiselle esbozó una sonrisa al recordar varios episodios de aquel tipo en la vida escolar de Carlota.

—¡Apuesto a que abofetearía a las pequeñas si no se portaban bien! —exclamó, complacida—. Sería una delegada muy original, pero acaso poco eficiente.

—Felicity, tampoco sería apropiada —comentó la señorita Cornwallis—. Es propensa a olvidarlo todo cuando piensa en su música. Quizás algún día será una gran intérprete o compositora, pero sólo en su arte será capaz de dirigir a las demás.

—Ángela y Alison tampoco sirven para delegadas —murmuró la señorita Theobald—. A las dos les convendría mucho serlo y sentir sobre sus hombros el peso de la responsabilidad. Pero el colegio saldría perjudicado con ello. Alison sigue siendo una cabeza de chorlito y Ángela todavía tiene mucho que aprender. Tal vez con otros tres trimestres tendrá suficiente.

—Anne-Marie y Pauline serían un fracaso —exclamó *Mademoiselle*.

—Pues ya sólo quedan Doris, Pam y las mellizas —observó la señorita Theobald, consultando la lista.

—Doris es demasiado estúpida —gruñó *Mademoiselle*—. Aún no sabe pronunciar la «r» francesa correctamente. No dudo que obtendrá un gran éxito en las tablas, pues es una actriz excelente. Pero para todo lo demás es una verdadera nulidad, aunque reconozco que es muy buena chica.

Sus colegas asintieron.

—Pam sería una delegada ideal —dijo la señorita Theobald—, pero es demasiado jovencita. Tiene casi dos años menos que las mayores de quinto grado. Seguirá viniendo a Santa Clara otros dos años, de modo que tal vez podrá ser delegada en el futuro. Es una chiquilla simpática, estudiosa, reposada y formal.

—Según eso, sólo quedan las mellizas O’Sullivan —coligió la señorita Cornwallis—, y estoy segura de que no podemos elegir a una sola de ellas. Son inseparables y siempre lo han sido. Si eligiéramos a una, la otra se sentiría muy postergada.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto *Mademoiselle*, dando un puñetazo en la mesa, con gran sobresalto de sus compañeras—. ¡Ya está resuelto! ¡Sí, tendremos dos delegadas! ¿Por qué no? ¿Acaso Santa Clara no es mayor que antes? Ahora la delegada del colegio no da abasto con sus obligaciones. En realidad, necesitamos dos que trabajen asambleas. ¿Entonces, por qué no elegir a

las mellizas O'Sullivan?

La señorita Theobald y la señorita Cornwallis cambiaron una mirada. Era una buena idea. Dos delegadas mellizas trabajarían muy bien asambleas y compartirían, gustosas, la responsabilidad. Pat e Isabel habían trabajado mucho y actualmente eran dos espléndidas muchachas, sensatas y juiciosas.

—Sí —convino, al fin, la señorita Theobald—. Es una idea excelente. Las mellizas serán unas delegadas magníficas. Además, el cargo les hará mucho bien, pues hasta ahora nunca han ejercido ningún mando. Serán delegadas conjuntas. Mañana lo anunciaré oficialmente al colegio.

Así pues, al día siguiente la directora convocó a todo el colegio para anunciar los cambios que sobrevendrían en el siguiente trimestre y dio el nombre de las dos nuevas delegadas.

—Hemos estudiado detenidamente la cuestión del nombramiento de la delegada del colegio para el próximo año —declaró la señorita Theobald—. Y creo que nuestra elección ha sido acertada y os satisfará. Santa Clara crece constantemente y la delegada tiene mucho trabajo, a veces demasiado. De modo que hemos decidido nombrar dos delegadas conjuntas y hemos elegido un par que han pasado por todos los grados escolares con tesón y constancia, granjeándose el respeto y la admiración de todas. ¡El próximo trimestre las mellizas O'Sullivan serán nuestras delegadas!

Éstas palabras fueron acogidas con una tremenda explosión de vítores, aplausos y pataleos. Todas conocían a las mellizas, exactas como dos gotas de agua, y todas simpatizaban con ellas y les tenían la máxima confianza. ¡Magnífico! ¡Y ahora iban a ser delegadas conjuntas del colegio!

Pat e Isabel se quedaron anonadadas. Ambas se pusieron como la grana y, al oír la explosión de vítores, notaron un súbito escozor de lágrimas en los párpados. Fue un momento maravilloso para ellas. El hecho de ser elegidas para ponerse al frente del colegio y ostentar el más grande honor que Santa Clara dispensaba a sus alumnas, era más de lo que ninguna de las dos se atrevía a ambicionar.

—Gracias —musitó Pat, puesta en pie con Isabel, cuando amainaron los aplausos—. ¡Haremos... haremos lo que podamos!

Sin duda, cumplirán su promesa y su actuación será excelente. Y ahora debemos dejarlas, en víspera de ver realizado su más caro deseo, esto es, el de ser delegadas de Santa Clara, el mejor colegio del mundo.

Notas

[1]«Pudden» y «pudding» se pronuncian casi igual en inglés. (N. del T.)<<

[2]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<